

Diario del Jabalar y otras historias, 1966-1973

Diario del Jabalar

Uno nunca sabe cuándo va a suceder pero hay que estar preparado. A la aparición del Jabalar, me refiero. Ayer, por ejemplo, leí en el periódico: “Pánico producido por Jabalar. Autoridades gravemente preocupadas. Luto en el zoológico”. Y tuve que salir a buscarlo, primero porque sólo yo sé dónde está, y luego porque sé que cuando se pierde vaga horas y días por la calle sin tener a dónde ir. Sé que estará triste.

DESCRIPCIÓN: animal joven, familia de los hurraños, de pelo suave. Ataca cuando está herido, cuando lo van a herir, por si lo hieren, en caso de que lo hieran. Siempre lo hieren. No tocar. Niños y mujeres abstenerse meter mano en la jaula. Hombres precaución.

Mi Jabalar creo que me reconoce entre el numeroso público que visita curioso su jaula los domingos en el parque. Alguna vez he tratado de alimentarlo con resultados negativos. Reacciona en forma extraña a los halagos y mimos. En realidad yo quiero a mi Jabalar, algunas veces que llueva y estoy triste lo llamo y viene, se restriega contra mis piernas cariñoso y me lame la mano buscando comida. Yo le acaricio el pelo y le doy palmadas en el lomo. Generalmente se va pero siempre pienso que otro día que llueva y esté triste lo puedo llamar y vendrá, intuyendo látigos y palos. A veces hasta deseo que llueva, no encuentro, si no, excusas para llamar a mi Jabalar.

COMO BUSCAR UN JABALAR PERDIDO. INSTRUCCIONES (no tomarlas al pie de la letra):

PRIMERO. Sentarse en una piedra y pensar qué querría uno si estuviera perdido, desear que lo buscaran o morir de asco.

SEGUNDO. Resuelta la cuestión anterior, salir a buscarlo cantando su canción preferida.

TERCERO. Al sospechar su hocico y su pelo suave detrás de un árbol, pasar junto a él disimuladamente con las manos en la espalda y hacer una leve seña que pueda interpretarse ambiguamente.

INSTRUCCIONES DESESPERADAS (tomarlas al pie de la letra) que consisten en

PRIMERO. Hacerle sospechar que uno no ha salido a buscarlo por puro amor al zoológico.

SEGUNDO. Confirmarle su sospecha.

TERCERO. Sugerirle que quién busca a quién, y cómo estar seguros de cuál es el perdido.

No sé cómo me lo encontré, a mi Jabalar, pero de pronto lo vi ahí y ya esta siempre conmigo. Es como esos cuentos tan tristes en los que un perro ciego o medio cojo se empeñaba en seguir a un hombre pobre, aventurero o fotógrafo, y el tipo cargaba con el perro hasta el final y después el perro se moría de pulmonía y el hombre se ponía a llorar porque a última hora había decidido amar al perro. Aunque en este caso del Jabalar no hay ni parecido y no sé porque me lo recuerda, pero alguna razón habrá.

Ahora yo me paseaba con mi Jabalar y mi Jabalar me preguntaba cosas y quería hacerlo todo bien para que yo le acariciara la orejota, y pedía mi opinión y, lo peor del caso como ocurre siempre, la tenía en cuenta. Cosas tremendas que a uno le hacen pensar, aunque débilmente vaya perdiendo esa costumbre. No sé, de veras, no sé cómo me lo encontré. Estaba ahí, sin mirar a nadie, envuelto en su piel y pasando frío. Le vi los ojos perdidos entre los pelos del morro y le silbé para que viniera moviendo la cola tipo perro. No vino, por supuesto, pero ya se quedó fijo, clavado, ligeramente mimetizado, y bastó silbar dos o tres veces más para que enseñara un colmillo entre la pelambre y me preguntara una dirección. El Jabalar siempre requiere información. Afortunadamente yo tengo un caudal bastante amplio de respuestas tontas, por lo menos para tres o cuatro Jabalares a la vez.

No me gusta dejarlo solo pero a veces no tengo más remedio. “Quédate ahí –le digo-. Espérame que ya voy a terminar, no te vayas.” Es muy sensible a estas indicaciones y a toda clase de sugerencias más o menos frustrantes, yo lo sé y por eso me angustio pero hay millones de partes a donde no puedo llevarlo. “No se permiten animales”. Sería mejor que prohibieran la entrada de viejos pendejos, pero nada, no se convencen y mi Jabalar se queda en la puerta esperándome. Eso es lo que me da miedo, que a veces no espera a que yo termine con mis obligaciones convencionales, de persona respetable y cortés, y un poco boba, y se va detrás de una mariposa y después, claro, le pierde la pista y se pega de narices contra un árbol como un oso ciego. O se pone a seguir un rayo de sol (actividad que le critico siempre) y se quema las patas. Total, que vuelve llorando y tengo que curarle la pata herida y limpiarle los pelos ensangrentados de las uñas. Todo esto contribuye a poner dificultades en las relaciones yo-mi Jabalar. Pero seguimos juntos, andamos mano en pata, hombro con lomo, por la calle, y nos sonreímos ante las vidrieras de zapatos horribles, adornos de carnaval, letreros de “Compre ahora, aquí, ya”, luces elaboradas y niños desamparados. Entonces aprovecho para contarle mis andanzas y otras cosas que

no se relacionan con el caminar. No sé si me oye porque se distrae con gran facilidad, un ruido, la sospecha de un ruido, una cerilla apagándose en un cenicero, son motivos suficientes para que me pregunte por mi salud, si me duele la cabeza, cómo van las cosas en el mundo, y el porqué de las burbujas en la Coca Cola. Cosas así, sin importancia, y que yo podría contestar pero me duele hacerlo.

A veces me desespera hablarle y que no me oiga, y no es que uno tenga algo importante que decir, ya uno esta acostumbrado a lo estéril de muchas palabras, es simplemente que uno desea a veces jugar ping-pong con el Jabalar. Yo muy a menudo quiero oír mis palabras resonar en sus orejas, oír que caen en el fondo y el ruido del agua chapoteando y ver las ondas concéntricas efecto de la piedra en el agua, como hace años todos los niños en el parque. No sé si es mucho pedir que el Jabalar me conteste, uno está lleno de deseos inconfesables, yo lo sé, pero aun y todo éste es el más legítimo, y sobre todo porque a veces las palabras cargan con algo más que buena dicción, correcta pronunciación, uso y acertado sentido.

Para el Jabalar la lluvia se confunde con el agua de la regadera, quizá son ganas de quitarle poesía a la realidad, ¿por qué no? ¿por qué la lluvia –agua que cae- no es igual al agua que cae de la regadera? ¿Tú ves? Este es el peligro de los Jabalares, uno los ama y quisiera no tener que corregirlos tan a menudo, lo que lleva consigo el gran peligro de querer ser uno de ellos para bañarse en la lluvia de la regadera; una vez por día, eso sí, para no perder las respetables costumbres humanas.

A veces me dolía como una caricia perdida, como un caballo espoleado y detenido en su carrera, como una punta de estrella desprendida. El Jabalar lejano y bello se quejaba desde la atalaya azul de la distancia y yo no sabía si correr hacia él y abrazarlo y secar sus lágrimas o ensimismarme en mi tarea por débil y vaga que pareciera. Otras veces me olvidaba de mi-su-nuestro dolor y lo abandonaba terriblemente solo, triste y perdido, mi Jabalar. Y generalmente cuando era de noche tenía que escribir estas cosas, un poco como los niños que piden un cuento antes de dormirse, palabras, palabras, para destruir el miedo.

Intersticio

Siempre que sentía sus pasos próximos hojeaba un libro, me limaba las uñas o sacaba cuentas. Todo con tal de no ser sorprendida en la nada, todo antes de mostrar abiertamente que dejaba pasar las horas como arena entre las manos. El transcurrir del tiempo era como un bello mamut archivado, un gigante animal que sensualmente se despereza y los pelos se le paran poco a poco, y la sombra negra se hace figura, mientras se va erigiendo el casi-oso. La lengua afuera, las patas hacia atrás, el miembro hacia delante todo-mamut todo-oso se arquea orgásmico soñoliento caliente recién mamadito. Debe ser por esas cosas que me daba pena ser descubierta viviendo el tiempo, desenrollando mis horas en el atardecer, hora comprometedora.

Me gustaba cuando me dejaba así, levemente incompleta, y desaparecía sonriendo prometiéndome volver. Era el alma de Jabalar lo que hacía su presencia vaga e inconstante, siempre promisoro: vivir con el Jabalar era tomar una eterna curva a la derecha, otra a la izquierda, otra a la derecha, otra a la izquierda.

Y el deseo oculto de encontrarnos en la noche. En la noche de ruidos, de LP33 y luces psicodélicas. Mi Jabalar embriagado, mi dulce Jabalar con su whisky en los labios. Y yo, desde mi mesa. La noche afuera abierta como una herida, silenciosa porque alguien canta Chain of Fools. Luminosa porque no veo y tropiezo contigo, mi Jabalar, que estás sentado en la primera mesa a la derecha con alguien que no conozco. Mi Jabalar que me ha abandonado, me has dejado en la estacada. Aretha Franklin. Más whisky. Sudamos todos juntos alrededor de la gran pelota iluminada. “Morocota”, diminuto zoológico, cueva de los animales tristes.

Estoy tan triste, a causa de mi Jabalar. A veces creo que me traiciona ligeramente y no sé si tengo derecho a pedirle cuentas, a exigirle que no se vaya, a explicarle que me debe cierto respeto y consideración, y está mal que me abandone aunque sea así, ligeramente, bobamente.

Ahora no tengo ganas de ir a ninguna parte, me fastidia no poderlo ubicar con seguridad, saberlo ahí, quieto, inmóvil sin grandes actitudes. Pero no lejos, bañándose en ríos extraños, fuera de mi alcance geográfico y durmiendo en cualquiera sabe qué lugares.

Eso es lo que me molesta profundamente de su conducta, que es del todo imprevisible y súbita, uno no está preparado para nada con él, todas las anticipaciones son pocas.

Mi Jabalar tiene una cosa increíble: un colmillo en el lado izquierdo que enseña algunos días solamente. Cuando hace mucho calor, hay ruido de chicharras y yo intento convencerlo de las ventajas de leer el periódico, usar las maquinas automáticas de lavar platos y tener una agenda de direcciones. No creo que consiga nada de estas cosas tan bobas pero, no obstante, me queda la satisfacción del deber cumplido, de los días redondos y de los “Estuviste bien, ¿qué más podías hacer?” –cosas que a veces tienen su importancia, a veces no, pero siempre están bien vistas.

Mi Jabalar tiene un sentido del humor satisfactorio, la verdad es que a veces es bastante indulgente –a pesar de su habitual intolerancia con mis chistes fáciles. A mí me gusta eso, que se ría conmigo, que no me deje en la estacada, porque es sumamente desagradable la risa de uno mismo delante de los Jabalares. Es como pisar una concha de plátano, o toser en un concierto o derramarse el agua en una comida de etiqueta, entre bobo y triste.

Los días transcurrían así, un poco pesadamente, como si les costara trabajo avanzar, a todas estas mi Jabalar crecía joven y bello “en edad y sabiduría” como dice el Evangelio, y yo lo observaba desde mi jaula, entre papeles escritos por los dos lados, libros abiertos en la pagina 30 y otras cosas que por aquel tiempo poseía. Todo esto en forma tranquila, apaciguada, sin grandes estridencias. No sé si me hubiera gustado hacer un viaje. Por lo menos para evitar el árbol estático del jardín y el perro tímido en el zaguán de tu casa. Son esas cosas las que me hacían dudar que tu fueras un Jabalar, que es un animal extraño y escaso - peligroso + tímido- y que hubiera perros esquivos, huidizos y púdicos, que les da vergüenza cuando ladran, y que tu tuvieras uno en el zaguán de tu casa, más o menos tan estático como el árbol. No sé, a lo mejor otra persona no duda de nada, ni siquiera de que ahora sean las 12.20 en el Vaticano, de que la tierra sea redonda, y de que haya marcianos, sólo por estas nimias historietas zoológicas en las que yo me sumerjo de vez en cuando, a veces porque no tengo sueño y es de noche, a veces porque es de noche y no tengo sueño.

Otra cosa terriblemente incierta es reírse a la vez –dos personas o dos animales, o un animal y una persona o yo y mi Jabalar- y tener la vaga noción de que es por lo mismo aunque no hay pruebas empíricas. No sé, hay muchos datos raros, poco sólidos, ligeramente incómodos y fuera de lote que son de naturaleza sospechosa, en lo que atañe a la estructura y funcionamiento general del sistema, entre los cuales incluyo el color azul de los cuerpos cuando la tarde está avanzada y yo sé que van a dar las 7 y viene el guarda de mi jaula a darme la comida y se van los niños del parque, de espaldas, con sus globos en la mano, caminando despacio y dándole pataditas a una piedra lisa que se ha roto un poco por la parte de arriba, mientras las mamás se comen las últimas papas fritas de la bolsa.

Hoy no puedo salir de mi casa. El Jabalar está enfermo y él no lo sabe. Lo sospecha ligeramente pero se defiende todavía con las garras, los dientes y todo lo que tiene. Yo me escondo en mi habitación y cierro las puertas y las ventanas para no oír los gritos de dolor, los chillidos y lamentos que emite constantemente. Está sufriendo mucho mi Jabalar, el Jabalar, lo Jabalar.

Cuando pienso en otras épocas en que el Jabalar era joven, fuerte y bello. Me defendía de los animales peligrosos, de los días de lluvia y de las sobremesas largas. Ahora me mira dulcemente, extrañamente, asegurando la entrada de su cueva. Y yo sufro, encerrada en la mía, arrinconada por su pelo gris y su sonrisa intemporal de lejanía alucinada.

Me da miedo dormirme y, sin embargo, por la noche estoy tan cansada de mirarlo que caigo en la cama y cierro los ojos y me duermo. Me da miedo dejarlo solo, que necesite cualquier cosa y no esté yo para ayudarlo, que quiera decir algo, sin mayor importancia, y no haya nadie para escucharlo, no sé, cualquier cosa así. También me asusta que salga a pasear solo, que coja la calle y no encuentre después el camino, o se lo lleve engañado un engaña-Jabalares, o se distraiga con la vidriera de una tienda, el vuelo de un papelito de envolver helados, o la cabeza de un niño perfecto. O que le griten, le den órdenes demasiado bruscas, se rían de sus errores y no comprendan sus tonterías. Me da miedo todo eso y que un día se sienta solo en medio de todos los juguetes que yo le compro para que se distraiga, a pesar de todos los animales de peluche que tiene para jugar, de las medicinas que le dan, de los caballos alados que lo acompañan y, qué sé yo, del enorme colchón que amortigua los golpes. Me da miedo eso, que un día se canse de mirar y se vaya, roto en dos, truncado, y caiga al suelo dejando sólo las huellas impresas de una naranja partida por la mitad, que se canse de sus alas que no vuelan y las doble como un paño sucio, arrinconado en una esquina de la habitación. No sé si él se va, a quién pediré perdón una noche de esas, cuando me acuerde del Jabalar, tan débil, tan perdido, tan ridículamente orgulloso, tan fracasado. A lo mejor lo reencuentro y me lo explica todo y lo comprendo. Y yo le digo que tengo la sospecha de quererlo vagamente más de lo necesario. Ahora no sé nada, repito su nombre muchas veces para que no se nos olvide, ni a él ni a mí, trato de llevar el ritmo de sus labios, sus ruidos, sus lágrimas. Y no puedo. O no sé. O no quiero. Tengo ganas de llorar un enorme llanto y perder por un momento la conciencia de todas esas cosas que me entristecen y salir a la calle con los pies desnudos y sentir las piedras frías y la grama húmeda, y bajo la luz gris, correr otra vez sin tener que llegar a ningún sitio. Solo para sentir que soy un animal joven y fuerte, y a ratos puedo retozar, tipo cachorro.

De noche oía sus pasos en la redoma de la escalera, inciertos, desatinados, centrífugos. Eran toques sonoros de alerta, entonces agudizaba el oído, contenía la respiración esperando el estruendo final que, sin embargo, no llegaba. Pasados unos minutos volvía la noche a convertirse en “ocho horas de descanso” y me dormía hasta el día siguiente. Así noche tras noche, con la esperanza cortada por el miedo, deseaba que algún día se reventara el huevo podrido, se abriera la caja de los animales y empezaran a salir, atropellándose unas a otras las bestias temidas y desconocidas, fieros tigres que acechan detrás de las puertas, serpientes enroscadas en las lámparas, arañas, cucarachas, ratas repugnantes, elefantes de paso opresor, monos histriónicos y burlones. No llegaba, sin embargo, el día de enfrentarse a los animales, de luchar a brazo partido contra los peligrosos seres que invadían la calma, de sacar el cuchillo y matarlos uno a uno hasta que se hiciera otra vez el silencio de los animales escondidos. Mientras tanto vivíamos así, rodeados por las fieras sin saberlo y no las temíamos. El único que las conocía y estaba en trato con ellas era el Jabalar que mantenía largas conversaciones zoológicas y por eso caminaba de noche, dando palos de ciego. Porque ya él sabía de su fuerza y los temía, y había probado sus mordiscos y coletazos, y estaba en cierta forma herido de muerte, y sumamente asustado de que pusieran en práctica sus macabros planes que, si bien no entendía completamente, intuía. Y yo, que cuando daba de comer al Jabalar, le veía un brillo en los ojos que nunca había tenido antes y una inquietud y una tristeza que no sabía interpretar pero que entraba en mi alma, y comprendía que era mía ya, desde la primera noche que oí los pasos en la redoma de la escalera. Yo también luchaba contra los animales pero como no los veía ni los oía ni sabía dónde estaban, eran esfuerzos inútiles, y cuando estaba tranquila porque el olor a fiera desaparecía por algunos días de la casa, sin darme cuenta volvían a surgir y en una forma u otra hacían evidente su reaparición, ya porque el Jabalar se inquietara, ya porque rechazaba la comida o se refugiara solo, acosado, tristemente perdido entre los libros de mi biblioteca. Se sentaba frente a los numerosos y para él exotéricos volúmenes y escogía uno al azar, lo abría en cualquier página y de vez en cuando leía algún nombre, alguna palabra, para tener el pretexto de seguir mirando por la ventana y, quizás conjurar con la magia de las palabras el temible aliento de las bestias que detrás de él esperaban un momento de descuido, un hueco entre sus pensamientos, una fisura de la acción, para irrumpir victoriosos y devorarlo. Yo, que conocía también la magia de las palabras y la existencia de huecos insospechados, me acercaba despacio por detrás, para no asustarlo, y dulcemente le recordaba la hora, la fecha, las

efemérides, de modo que me introducía en la conversación y ahuyentaba a los animales que viven en el silencio y la oscuridad. El Jabalar entonces se alegraba y comprendía que yo era una buena muchacha, sencilla, y que aun cuando estaba muy lejos de comprender las cosas importantes, era por lo menos oportuna e incansable en mi tarea de arrojar cotidianamente su saco de arena para tapar los huecos del mar. Yo no descansaba en mi labor porque había entendido que “la gota orada la piedra” y “la constancia es una virtud”.

Otros días estaba triste. Después de noches largas en que enfrentábamos el terror juntos –el Jabalar y yo- y él se iba vagamente tranquilo y yo me quedaba a solas con sus fantasmas que huían de él y, por castigo hacia mí que los alejaba, se quedaban conmigo y se corporeizaban en las sombras de los árboles, en los pliegues de las cortinas, y bailaban desafiantes a mi alrededor para darme a entender lo estéril de mi lucha. A veces el día siguiente era rosa y verde y el Jabalar desde la mañana me veía desde sus profundas cuevas negras, cada vez más profundas y brillantes, como espejos que no devuelven la imagen, y yo sabía que me estaba llamando por mi nombre, débilmente, húmedamente, desde el foso negro y mojado. Me buscaba para que estuviera con él y le hablara tonterías, y yo sentía la felicidad triste de ser la única vista y oída del Jabalar.

Me quedaba en esos días leyendo y mirando por la ventana y cualquier detalle de la existencia me parecía importante, como si estuviera más despierta, más ensimismada en el desencadenamiento de las horas, más absorta en la tarea de vivir los minutos, precisamente porque entre los huecos de las horas –entre las 5.59 y las 6.00- se deslizaba la imagen del Jabalar y yo quería llorar, llorar de pura y vieja melancolía. No me importaba ni yo misma, sólo mi abatimiento, mi caída en el abismo de estar triste, y no hubiera querido salir por mí misma si no fuera porque las horas me devolvían a la vida, porque el tiempo inflexible continuaba desenrollándose como una serpiente gigantesca de millones de anillos y me empujaba al mundo como la marea empuja los cadáveres a la orilla, por detrás del torbellino.

Esperaba que hubiera noche, encima del rosa de las montañas, que los colores sucumbieran debajo de los anillos de la Anaconda del Tiempo y hubiera de nuevo la esperanza de un amanecer.

Una noche terrible el Jabalar se encontró solo. Estaba en un cuarto desnudo –me lo contaba extrañado- sin mesas ni sillas, ni lámparas, envuelto en soledad, vestido de vacío. Yo me lo imagino corriendo de uno a otro lado de la habitación, chocando con los huecos de aire, alucinado, embriagado de espacios. A través de la ventana el cielo se pintaba de morado y amarillo, y el Jabalar

extasiado en los colores, esperaba las cinco. A las cinco era la hora de morir. Me cuenta, él mismo, sin saber porqué que cuando daban las cinco fuera de los relojes del mundo, cuando eran las cinco de su alma, se moría. Se quedaba quieto, acurrucado, y esperaba y pronto no-esperaba, no-estaba, no-vivía. Dos manchones rojos se iluminaban en sus patas como semáforos sangrantes. Esa era la última noche del Jabalar. De sus encadenadas resurrecciones y muertes quedaba enganchado en la soledad del cuarto vacío después de haber nadado por subterráneos canales y volado por invisibles rectángulos del firmamento hacia países desconocidos en los que me cuenta, las gentes hablaban idiomas extraños y todos los rostros eran igualmente lejanos. Yo me imaginaba la soledad del Jabalar, perdido una vez más en lo disímil, lo incomparable, y la asemejaba con la soledad del cuarto sin objetos, su última morada. No pensaba en otra cosa durante el resto del día y parte de mi noche, también vagamente sola, ávida de resurrecciones, ligeramente acordonada entre las barras de la ventana.

Anoche te atacaron. Mi amado Jabalar. Mi sorprendido Jabalar. Mi vulnerable Jabalar. Hice cuanto pude por escudar su débil presencia de los mordiscos y arañazos de los animales salvajes. Hasta ofrecí mi cuerpo por mantener su vida unos días más y ni siquiera era suficiente, tan terribles y sangrientos eran los golpes, tan mortales las heridas. Atravesé el terreno baldío llevándolo de la mano, se me atragantaba el aliento hinchado de polvo y sudor, los ojos ciegos de sangre y tierra, y el pecho oprimido por la carrera y el dolor. El Jabalar parecía no darse cuenta de los terribles acontecimientos que estaban ocurriendo, ligeramente estremecido me miraba sin entender y su pudor del peligro me desesperaba aún más porque era yo sola y los dientes afilados que resplandecían como fogonazos de luz en el amanecer gris. Y no era la primera vez que lo atacaban y eso me desesperaba más porque ya yo empezaba a sentir el cansancio final, el agotamiento del que ha sido devastado en su fuerza, el mar inmenso del que no tiene ya más arena. Y como al que ha perdido todo recurso no le queda sino llorar, recuerdo que anoche llore y grite y pedí la ayuda última antes de vivir el final del Jabalar, presentimientos de cocodrilo.

1966-1967

La ratonera

Había una vez un hombre encerrado en una ratonera. Era una caja grande de paredes negras con varios orificios. La caja era lo suficientemente grande como para que el hombre no se entumeciera. Podía caminar, correr, brincar. Podía cansarse incluso si la recorría a paso ligero. La caja tenía la suficiente luz para que el hombre no se quedara ciego, podía leer y escribir, y también cerrar los ojos y dormir sin que le molestara la claridad. En la caja había aire suficiente para que sus pulmones se oxigenaran, para que pudiera fumar sin toser. Podía prender un fósforo sin que el aire lo apagara y podía refrescarse en verano con la brisa. La caja contenía suficiente comida para no morir de hambre, para engordar incluso, pero también había comidas dietéticas si lo deseaba. En la caja había una oficina para que el hombre trabajara y también podía hacer piezas de automóvil, un atril si quería pintar y varias probetas para hacer experimentos. En la caja podían llevarse a cabo actividades variadas porque era lo suficientemente espaciosa y bien distribuida. En la caja había mujeres y bebidas que podían ser utilizadas los fines de semana y vaginas mecánicas y antibióticos contra el chancro sifilítico. En la caja había también un gran tesoro para que el hombre tratara de aumentarlo o peleara si temía que alguien lo disminuyera. La caja contenía también una urna con la guirnalda colocada convenientemente a un lado para ser utilizada si el hombre quería morir.

El hombre que vivía en la ratonera tenía cuatro ventanas. En los diez primeros años de su vida abrió la ventana 1 y vio que detrás no había nada, sólo pintura negra. En los siguientes quince años de su vida abrió la ventana 2 y vio que era la misma pintura. Tardó veinticinco años en abrir la ventana 3 porque temía encontrar lo mismo y cuando la abriera únicamente quedaría una ventana por abrir. Después de haber visto la pintura negra por tercera vez no se atrevió a abrir la ventana 4. Si era igual que las anteriores, no resistiría la decepción, si era distinta y había algo detrás ya no tenía tiempo para buscarlo. Por eso era una ratonera.

Todo tiempo pasado

¡Quién sabe cuándo regresara! Se fue regañándome por las manchas del tapete en la mesa vestida, advirtiéndome que Enrique quedaba solo en el patio y que no me olvidara de llamar a papá para recordarle la fiesta de los Zambrano. ¡Si supiera qué poco me importan sus recomendaciones! Nunca las cumplo y nunca se entera, debe ser que tienen aún menos significación de lo que se evidencia. Tampoco me gusta discutirle a no ser que esté fastidiada, entonces sí lo hago para oírle decir otra vez lo de “eres igualita a tu padre”, y eso que le queda tan dramático de “he perdido mis mejores años en...” Indudablemente que mamá ha tenido una vida bellísima, siempre está en sus mejores años.

Yo, en estas tardes así, me siento muy sola y muy nostálgica. Salgo al jardín de atrás a ver las hojas moradas de una mata cuyo nombre no conozco pero que me recuerda intensamente cuando venía César a jugar a la casa. Creo que César fue mi primer amor, buscábamos lagartijas en el seto y mariposas que tuvieran manchas negras en las alas y hacíamos la prueba de si las pepitas coloradas que se daban en el seto eran venenosas o no (lo del veneno porque Sebastiana decía que eran “lo que comen las serpientes”). Todavía cuando las veo siento miedo y me parece un peligro público que su cultivo no esté controlado por el SAS. Cosas de niños.

Pero hablando de mamá, no sé por qué nunca entendió mis juegos, ni siquiera los dignificó con la categoría de actividad lúdica; se expresaba de ellos como “ya estás haciendo cochinas” (referencia a mis incursiones en el campo de la química del jabón, desodorante y otros cosméticos diluidos en alcohol) y también “no martirices más al perro” (equivocada y maligna alusión a mis luchas con animales salvajes en medio de la selva), y sobre todo, “¿para qué te metes dentro de esa tienda a ahogarte de calor?” (incomprensión absoluta por mi identificación Jefe Indio yo ser Toro Sentado tú Cara Pálida). Siempre el jardín me recuerda eso: unas caraoatas que quise sembrar y que para mi asombro la idea recibió el apoyo entusiasta de mi abuela (por cierto que no se dieron). El sudor dentro de mi tienda How Jefe Indio, los inmensos peligros acechantes que yo suponía en cada recodo y la planta de agua cubierta de hiedra a la que me estaba prohibido acercarme a menos de un metro “porque había hilos de alta tensión”, muerte que me imaginaba como un chisporroteo y después mi cuerpo como un fósforo retorcido y quemado. Sí, mamá, por eso no hago mucho caso de tus recomendaciones, porque te parecía peligroso sudar demasiado y acercarse a la planta de agua, porque no tenías fe en Manitowa, dios de los guerreros bravos, porque nunca supiste de César. Sigo pensando como entonces que tus recomendaciones obedecían a extrañas arbitrariedades que tú misma desconoces y que has ido descubriendo en tus mejores años.

No sé por qué, pero esta tarde que hace calor, que me acerco a las hojas malvas y que me imagino las conversaciones de los mayores en el salón, siento que me ahoga este olor a cofia recién planchada, a chocolate caliente, a perfumes mezclados en conversaciones inodoras, que todo esto era una gran mentira, que ustedes representaban un papel cuyo significado todavía ignoro y que elaboraban el mío que, por circunstancias ajenas a nuestras voluntades, nunca encontré. Pienso que es un gran guiñol encomendarme a Enrique que juega solo en el patio porque su vida no le importa a nadie y que él recoge, como yo en otra época, cadáveres de lagartijas reseca, ajeno a todo esto; que es una farsa llamar a papá para recordarle la fiesta de los Zambrano porque a última hora tendrán una discusión y papá se quitará la corbata del esmoquin que tanto trabajo le cuesta hacer, y que a ti, mamá, no te importan un coño las manchas de los tapetes ni ninguna otra clase de manchas. No sé para qué eligieron esta comedia y no otra; no entiendo, al fin, por qué no entendían ustedes mi comedia de Toro Sentado ni de explorador africano, qué diferencia puede haber y por qué la suya es mejor que la mía. Yo también sigo la representación: yo también me acerco a las matas dulzonas y las huelo y me vienen estos falsos recuerdos.

Hace calor

Tal vez pensabas junto a la ventana que hacía demasiado calor. Te levantaste a buscar un refresco en la nevera y chupabas despacio del pitillo. Sin prestarle mucha atención veías el café de enfrente y te imaginabas el sudor de los hombres que fumaban sentados. En el edificio Granada, arriba del café, colgaba impúdica la ropa interior de tus vecinos y el olor de aceite. Adentro, de tu casa, salía el mismo olor, la misma ropa interior, la misma canción por la radio. La tibieza de la plancha, la humedad del coleteo, la acidez de los pañales. De pronto los matices domésticos podían ser excesivos. Sofocantes. Súbitamente la idea de regarlo todo con una manguera de agua. Anegarlo todo en desinfectante hasta suprimir el último vestigio de la última gota de aceite. Jugabas con el pitillo en la boca, soplando en la botella vacía, apenas entreviendo las figuras de los hombres allá abajo, más pendiente de la laca de las uñas. Alargada sobre el sofá cama, sonriéndole discretamente a los negros del afiche de Turismo, en una vaga resonancia exótica. Repentinamente la sensación más fuerte de sudor, acompañada del deseo de buscar otro refresco, si no fuera por la flojera de pararse. La habitación se humedece lentamente, hace casi más calor que afuera en el café. Seguramente toman limonada, entre otras voces se oye la de alguien que pide una limonada. Los ruidos se amplifican y se distinguen las risas a los chistes obscenos, los llantos, los motores, las cornetas, el freír del aceite, los comentarios de ventana a ventana, el maullido de la aspiradora, la voz de tu madre hablando con la vecina, la máquina de escribir de tu padre en el cuarto de al lado, el Desfile de Éxitos de tu hermana, y las aspiradoras y máquinas de escribir, y radios y madres y vecinas del edificio Granada. De nuevo la fugacidad de una campana de cristal que absorba los sonidos y deje un universo para sordos. Paulatinamente ir entrando en un mundo ajeno, que es el tuyo propio, indebidamente opacado por sensaciones prestadas. El aceite se fríe en la punta de tus dedos, la aspiradora te recorre las venas, la tibia acidez de los pañales es un sabor a limonada, la máquina de escribir son carcajadas obscenas en el estómago, interceptadas rítmicamente por voces de vecinas, el sudor y la humedad del coleteo dejan pasar un desfile de éxitos en tu vagina.

Tarde de domingo

Voy a escuchar a Vivaldi, ese disco que me regaló Juan tan bello del Concerto de Piccolo. Está tan azul la tarde... se ve todo tan clarito, los cerros con los ranchitos y las quintas con los jardines tan cuidados. Menos mal que aquí salió todo el mundo y paso un domingo en paz. Mele no me deja oír esta música, claro, es la edad, 16 años, sólo piensa en el Soul y esas cosas. Mamá con su Fauré y papá con su Berlioz. Yo, en cambio, prefiero a Vivaldi. Realmente es tan espiritual y a la vez tan vivaz. Suena divertido eso de Vivaldi vivaz. Una aliteración como me enseñaba la señorita Adriana. La verdad es que el disco es muy bello y la dedicatoria de Juan también, muy espiritual sobre todo. Menos mal que todavía quedan hombres espirituales que saben gozar de las cosas bellas, hoy en día la gente piensa tan distinto. Todo es hedonismo, sensaciones, goce. La gente se olvida de los placeres del espíritu. Por curiosidad voy a escuchar un disco de Mele, éste como que está bueno: *That loving feeling* de Dionne Warwick. Claro, una cosa completamente diferente y de calidad muy inferior a lo que uno puede esperar de la música clásica. No se puede negar que tiene ciertos méritos, una bella voz, es melodioso, un poco monótono sin embargo. Siento un poco de calor, me voy a quitar la blusa, ya que no hay nadie. Tiene algo esta negra, no sé, como canta, expresa tanta emoción, y la letra también, eso de *Woman you've lost that loving feeling* me gusta, suena tan...sensual. ¿Se referirá al sentimiento amoroso? No sé qué me está pasando que siento más calor, voy a servirme algo fresco. Quizás un *gin tonic*, papá lo prepara tan sabroso. Sí, queda bien agradable con mucho hielo y limón, como una limonada. Que no se me suba a la cabeza, después llegan los demás y qué van a pensar. *That loving feeling, that loving feeling*. Casi me da la impresión de que yo siento ese *loving feeling* como algo muy íntimo entre un hombre y una mujer. Como la unión espiritual entre dos seres que se aman. Caramba, qué sabrosito está el *gin tonic* pero como que me dio más calor, la tarde se está poniendo pesada. No me había fijado en esa portada del Time, ¿por qué tienen que fotografiar gente desnuda? La belleza se refiere a las cosas imperecederas del alma, no a la materia. ¿Sonó el timbre? Me pareció oír... Bueno, ¿no hay nadie en casa? ¿Bonos para una revista? Ah, para una beca. 100 puntos más y le dan la beca. ¿Qué revistas tiene? ¿Alguna de arte? Pase y lo discutimos cómodamente. ¿Quiere una bebida? Yo me estoy tomando un *gin tonic* para celebrar este domingo solitario. ¿Así que si me suscribo a la revista le dan 100 puntos? Y con eso la beca para estudiar en Londres. Como echo de menos mis tiempos de estudiante, claro que quiero ayudarlo. Pero ¿qué hace? Déjeme firmar...la...suscripción...con este calor...se me subió.....el *gin tonic*.....es muy espiritual....no le parece....sentir que dos extraños.....pueden de pronto sentir....una gran unión.....una gran hermandad....que.....tengo más calor....no sé

lo que me pasa....todas las burbujas de la tónica.....las siento en....*that loving feeling*
es algo....que se siente en.....lo más profundo
y.....espiritual, ¿no cree?

Playas

Lejanas y desleídas las rocas al fondo. La playa como un animal dormido, negro, abultado, cuyo único movimiento es la turgencia al respirar, chupando el agua que recurrente lo baña. La mujer camina solitaria, increíble heroína moderna atravesando el más peligroso de los caminos. Avanza implacable, terca, momentáneamente distraída por los cangrejos. La soledad es tan decidida que la mujer trata de recordar, de tener algún pensamiento que la enlace con el mundo de afuera. El animal-playa, la lejanía-roca conversan un dialogo telúrico incomprensible. La mujer trata de traducir a términos estéticos, humanos, las palabras vegetales. Humedece sus pies en la arena gris, rebosante, henchida, preñada pero seca para otra cosa que su propia placenta: toda belleza desaparece si se la enfrenta al vacío.

Mira la luz fría y amarilla de las rocas y siente la presencia luz imponderable, inasequible, indemostrable. Se deja morder los pies por los cangrejos para sentir el dolor como aviso de la vida. El dolor se transforma en una sorda sensación inconexa, ni el cangrejo sabe en qué consiste eso que producen sus tenazas al aprisionar un cuerpo.

El erotismo de las algas, apreciar sus matices, sentir su voluptuosa humedad marrón, sus movimientos retráctiles al ser palpadas, como vagina virgen. ¿Tendrán orgasmo las algas si se las toca con pasión?

La mujer escala las rocas, confiada en que su altura impide traspasarlas. Las recorre transversalmente. Quizás las rocas sí sientan el orgasmo. ¿Por qué, si no, se dejan avanzar y se repliegan misteriosas?

La mujer desciende exhausta, súbitamente recuerda que lleva una máquina de fotos al hombro. Se reconforta al saber que es una turista. Todo adquiere sentido de pronto. Las rocas, el mar, las algas, son maravillosas escenas archivables. Ya casi las ve en puesto de honor en el álbum de fotos. Subtitulo: Etretat 1968. Eso cambia la escenografía y la mejora: todo es ahora bellos paisajes a recordar en merecido viaje de turismo. El llanto rompe bruscamente la cálida visión de amigos contemplando fotos de último viaje. Entre las lagrimas distingue el bello cuerpo de un muchacho que pesca en las rocas, ajeno a todo dolor y orgulloso de ser semen y agua.

Coincidencias

Sentados en la piedra miraban los círculos del agua. El remolino concéntrico les chupaba las palabras. Roberto le explicaba a su compañero, lento, la determinada coincidencia de la hoja con la gota de rocío. Cómo había revuelto miles de hojas, buscado y rebuscado en miles de bosques antes de dar con su hoja, y entonces, las dificultades de identificación porque no era ni más verde ni más peluda que otras hojas. Y las preguntas de rigor, rellenar formularios, y las huellas dactilares, y que si este número no corresponde con el serial, y por qué la hoja no tiene cédula y cómo le averiguamos el sexo. Para no hablar de la gota que no era más húmeda ni más circundante y englobante. Sin embargo, a pesar de los milagros espeluznantes, de los misterios de las Tres Torres y del Fantasma de Canterville, la gota y la hoja se encontraron bajo el ala sucia de Roberto. Entonces el Aparecido se sintió con ánimos de, a su vez, contar una historia de miedo y de terror, y relató algo nervioso, hay que reconocerlo, porque era la primera vez que se aventuraba en este terreno, y temeroso, también es verdad, de que Roberto se riera, la búsqueda y encuentro de una nota musical. Cómo se le ocurrió una tarde hueca, o una noche después de comida (ya uno está harto de la televisión) que tenía una nota escondida en alguna parte, aunque desde luego, no me puedo acordar dónde la he puesto pero ahí debe estar. Y estimulado con la idea de tener de nuevo consigo la nota que no veía desde que era niño, levantó la tapa de todos los pianos, metió los dedos en todas las trompetas, separó las cuerdas de todos los violines, olió todos los fuelles de acordeón, sacudió todas las flautas y pateó en el lomo (o barriga) de todos los tambores (y no sigo porque aquí se termina mi cultura musical) hasta que por fin, registrando sin esperanza un álbum de discos viejos, ting, ting, ting, la nota resbaló por el piso y rodó hasta sus pies. Roberto, por supuesto, no creyó esta absurda historia pero le hizo gracia, hasta que el Aparecido se fue con su música a otra parte.

Exposiciones

Una triunfante comprobación del reloj les demostró que habían sorteado todas las trampas y emboscadas de la ciudad. A pesar de los hambrientos tigres disfrazados de camionetas, las escurridizas culebras pitón, ahora reeditadas como culebras tubo-de-escape que serpeaban a la velocidad y peligro de motos, los gigantescos elefantes con patas de autobús y los canibalísticos aborígenes alucinados como fiscales de tránsito, llegaron a su punto de destino a una hora apropiada.

Sintieron el terror de la multitud organizada y convencida pero avanzaron heroicamente porque eran jóvenes. Comprendieron de pronto la responsabilidad de no haber envejecido, el coraje que les exigía su fecha de nacimiento y ni siquiera miraron hacia atrás. Otras luces, otros ruidos, otras gentes de la ciudad pasaban paralelos, inalcanzables. Dos metros de asfalto las definían, antes pasantes ahora introducidas, tomaban un nuevo sentido: los sociólogos llaman a esto muchedumbre → grupo. (¿Verdad, mi querido profesor de Sociología I?)

Un primer peligro las acechaba al traspasar los límites de su nueva composición social: a derecha e izquierda agencias de turismo adornaban el edificio, afiches de compañías de aviación, carteles que denunciaban: “Usted puede disfrutar de esto también” y debajo una joven bronceada que apenas rozaba con los dedos los Bs. 1.730,75 17 días. Más allá una indiecita peruana sonreía debajo de las alas del Jet “que le hará vencer el espacio” y “Colón viajaba así en 1492, usted vive en 1970”. Un impulso a saltar dentro pero no tenían los Bs. 1.730,75, y después de todo, 17 días.

Un mesonero pasó con el habitual sabroso obsequio pero ellas avanzaban implacables, desafiantes, erguidas como sólo Juana de Arco y María Antonieta; sonreían a su paso como quizás Eva Perón e Isabel II; aceptantes como posiblemente María de Nazareth después del telegrama del improvisado ginecólogo, el Dr. Gabriel Arcángel, hijo. Rehuyen las conversaciones, las preguntas, las indiscreciones, como Jacqueline Kennedy cuando Jacqueline Onassis, y se cruzaron la mirada para darse confianza y valor como seguramente las esposas de los astronautas.

Ya estaban adentro. Estructuradas en el Museo de Cera, Mme Truffaut mediante. Pertenecen a la Galería de Retratos, Dignificados, Retóricos, Majestuosos retratos de Nuestra Sociedad. Honor, Respeto y Seriedad, el acto va a comenzar. Menos mal que estamos todos junticos, que todos nos entendemos, que somos todos tan decentes, tan bien vestidos, tan olorosos, menos mal que no hay hippies, ni comunistas, ni maricos, ni marihuaneros, ni negros. Menos mal que no hay traidores. (¡Ha, si supieran!) Bueno, y ¿a qué venimos? Estamos preparadas, tenemos los ojos jóvenes para conocer, queremos ver el misterio, la Develación. Nos costó trabajo llegar, hay mucho tráfico en Caracas. Atención,

atención, redobles de tambor a la derecha, canto triunfante de las trompetas a la izquierda (Roma recibiendo a sus centuriones). Cascos dorados al frente, caballos enjaezados aplastando las viles hormigas a su paso pretórico. Súbito cambio de telón. Música de laúd, por favor, decorado siglo XVIII. Rueden coloreados los bufones, risas grotescas para (y de) el público, agiten sus campanillitas señores bufones, el sonido combina muy bien con el campaneo de los vasos de whisky. Momentos álgidos se avecinan pero antes, ah, lo más enternecedor, el detalle sutil y delicado, ah, la belleza pálida de las princesas, sus finos rasgos enmarcados por los cabellos a la par de Rizos de Oro. Ah, las damas, lo más encantador y puro de nuestra corte. Y sus risas, y sus ademanes tan graciosos, y su paso ligero, y sus delicadas manos, dignas de un orfebre renacentista. Con esto pasamos de una vez al Re-parto (o Re-nacimiento pues así es más conocido el termino). ¡Qué vemos! Los artistas. Paso triunfal a los Miguelangeles, entra Leonardo (¿cómo que vino con Rafael?). Entren hijos dilectos de las Musas, nuestros Della Robbia y Mantegna, nuestros queridísimos etc, etc,.

¿Y por allá? No es nada, las damas entregadas a sus seductores devaneos, a sus juegos inocentes y pícaros, un galán por aquí, otro por allá, ¿una cita en el Centro Comercial? No, por Dios, ¡quién va a pensar! Esto es sólo una delicia estética más del Acto. Mientras tanto los mecenas avanzan su ampulosa mano con un gesto lleno de *savoir faire* y de bolívares. Son ellos los grandes patrocinadores de nuestra cultura, de nuestro Fabuloso Despliegue de las Artes Plásticas. Un poco vacilantes los hijos de las Musas (¿eran solteras estas señoras?) se apoyan en el brazo seductor del Más Grande, del Magnífico, el Magnífico no es Lorenzo sino el que abrió esta galería. ¿Cuál? Cualquiera. ¡Qué amor por las Artes! ¡Qué pasión! ¡Qué desinterés! ¡Qué sacrificio! Pensar que podría estar bañándose en las aguas del Egeo, o esquiando en las heladas montañas de Suiza, pero no, no, está aquí en este humilde acto de inauguración. Y los artistas, ya menos vacilantes, y definitivamente apoyados en su brazo mitológico, avanzan en círculo, entusiasmadísimos, con cloqueos y aspavientos de pavo real. Y el Mecenas sonrío, la próxima vez, la próxima vez serás tú. Hay muchas solicitudes. Todo se otorgará. Y sus caras palidecen de envidia porque El ha entrado. Una hora de retraso. Lo necesario para impresionar. El efectismo chequeado. Pelo platinado, traje bien cortado, corbata discreta. Decoración: chequeada. Asalto de los fotógrafos, saludos a las damas, abrazo conmovedor Artista-Mecenas. Proceso en marcha, todo bajo control. Luces centrales, acceso al Santuario, previo descordonaje por gerente de la Galería, últimas sonrisas y fotos. Intensificación de los mesoneros en el paso de bandejas. El Arte no espera, entremos. Entra tú primero. Bueno, pero pasa. No entro. Acabo de ser deslumbrada por la luz de los cuadros, estoy enceguecida, extática, arrebolada... ¿qué viste? Dime qué viste. No puedo ver nada, tengo cuatro siglos de matronas por delante. No puedo explicarte, es sencillamente INAUDITO o INVISTO,

mejor dicho. ¿Qué es? La gorda del vestido verde me esta asfixiando. Quisiera encontrar las palabras, no lo logro, cómo expresar con mi vocabulario rudimentario lo que está ante mis ojos. Trata, por favor, trata. La señora del vestido de plumas me acaba de meter una en el ojo. Bueno, es algo como... fíjate bien, escucha. Te oigo, no soporto la impaciencia. Es...

¡!! UNA PALMERA!!!

NOOOOOOOOO

Y detrás, óyeme bien, EL MAR!!!

¡AAAAAAAAAH!!

Y aquí a mi derecha ¡UNAS GUAYABAS!

OOOOOOOOOH!!!

y....y....también....CAMBURES!!!

Cállate, cállate, tengo un nudo en la garganta.

No puedo ver más de tres cuadros, el tercero representa, es como, Dios mío, como

UN RAMO DE ROSAS

¿de qué color? Rápido, ¿de qué color?

Ama- amarillas.

Vámonos, vámonos. Es demasiado.

Y salieron bajo la lluvia, caminaron un rato mojándose.

Nadia en el espejo

Siempre a las nueve llegaban gozosas dándose codazos y moviendo las nalgas como cochinos somnolientos. Nadia las esperaba con su sonrisa-Yoga, emergente de especies orientales y pesadillas indias. No despertaba de su sueño para recibirlas, más bien las introducía en un camino largo y las acostumbraba al ruido de los tigres y las culebras y los monos y los pájaros que llenan una selva. Siempre sentada sobre un increíble coxis sonreía ante el espejo especialmente colocado para que Nadia se viviera de frente y se reprodujera. Eran dos Nadias a la vez y un solo círculo trazado por cuatro talones y cuatro manos, es posible que el vientre de Nadia fuera el aire de la habitación. Grandulonas, culonas, matronas, se apilonaban las señoras en la alfombra y Nadia desde el sueño dirigía sus contracciones, sus resoplidos, sus quejas. Lejana, interceptada, las veía y transformaba en bellas monas amaestradas, hasta que por fin todas bostezaban el mismo letargo. Entonces Nadia Uno y Nadia Dos sonreían y comenzaban la ascensión. Nadia-tara, Nadia-pescado, aleteaba los talones y se impulsaba al ritmo del pandero escalando las quebradas del orgasmo. A través de su sonrisa muestra el camino-terciopelo, el camino-pelos, el camino-roca, aquí resbalón, allá mano lacerada que agarra la roca para no caer, ahora un paso atrás, después un halón desgarrado, ligeramente un descenso húmedo. Nadia-mariposa, Nadia-sapo, Nadia-flor negra frente a Nadia Dos se mueve al ritmo del pandero mientras cantan en su vagina temblorosos pájaros de colores. Cuando desciende laxa, la sonrisa-Nadia es una forma negra que cierra el canto final. Las sudorosas señoras acarician sus doloridas coyunturas y su vergonzante celulitis, ajenas quizás al sueño. Nadia sonríe por última vez y mostrando sus dientes pasa la bandeja donde caen los honorarios.

Nadia lavando los vasos al día siguiente y preparando un Alka-Seltzer para Rubén. Rubencito, Beruncito, Ciberún. Qué linda rasca la de anoche. Seguro te duele la cabeza y tienes diarrea. Siempre te da diarrea cuando tomas. Alka-Seltzer y Enterobioformo para el pichoncito que se pasó de tragos. En zapatillas rosadas y alcanforadas emergía Rubén de la noche cargada de humo y alcohol como todas las noches. Su batín de seda traído del Japón, especialmente para él con cariños del Baby. Su barba sin afeitarse, endulzándose el despertar con una tostada y el quesito y la mermelada. Rubencito, pichoncito, tómese su Alka-Seltzer para que se sienta como nuevo. Y después una ducha caliente y unos masajitos ahí, ahí que me duele. Y la colonia para que se note menos el mal aliento que deja ese ron. Gran ayuda estos productos. Rubén-Lavanda, Rubén-Alka, está muy lejos de Rubén Ron. Y Nadia que le lava sus pantaloncitos y sus camisitas y sus slípcitos y lo entiende tan bien cuando está enratonado. Y eso que ella no ha probado una gota de alcohol en su vida, bueno, ya se sabe, las bailarinas. Se cuidan mucho y

sólo comen lechuga y tostadas; en cambio él, esa barriguita se está acentuando y esos rollitos en la espalda, claro que vestido se nota menos, pero en traje de baño. Dígame ese pavo que me preguntó ¿te vas a bañar? No, ¿por qué? Como llevas la rueda puesta. Qué cretino. Pero sí, sí, sí es verdad que me tengo que cuidar el peso. Nadia, tráeme el peso del baño. 74 kilos, 300 gramos. Dos kilos esta semana. ¿Estás oyendo? ¡NADIA!, me he engordado dos kilos esta semana. Por detrás de las burbujas del Alka-Seltzer Nadia responde un infatigable ¿ah sí? Claro, ella siempre pesando los cuarenta y tres mismos kilos, siempre pegando brincos, el entrenamiento, la lechuga. Y ni una gota de esa broma que engorda muchísimo. ¿El whisky engordará lo mismo? Yo creo que no porque los ingleses son más bien delgados pero a mí no me gusta. Nadia, ¿a ti te gusta el ron? Yo no sé cómo hace para no fastidiarse cuando viene ese gentío sin echarse un palo. Ni la marihuana, eso sí que no debe engordar y dice el Baby que se ven cosas bellísimas aunque no creo mucho. Pero la verdad es que me da un poco de miedo, uno después no sabe lo que hace ni lo que dice y dígame si uno sale y mata a una gente. Aunque no me parece porque uno es lo que es de todas maneras y yo siempre he sido pacífico. Aunque a veces..., esa Nadia, me provoca matarla. Claro que sin ella yo no soy nadie, esa es la verdad, lo que pasa es que Nadia, carajo, con la sonrisita y la cuestión pero tiene un carácter insoportable. Yo no sé cómo la aguantan las señoras que vienen a la clase. Cuando paso por delante para irme a dar una vueltica a eso de las diez, porque caminar hace bien, yo no sé, están todas como hipnotizadas y suben y bajan las piernas, bueno, la verdad es que son medio viejonas y algo tienen que hacer. ¡NADIA! Desde hoy estoy en dieta. ¿OÍSTE? No juegue, ni me oye. Ya estoy harto, harto, completamente harto. Me tiene chantajeado, inutilizado, como si fuera un imbécil. Rubén, cuidado te resfrías, Rubén, no me ensucies la cocina, Rubén, no me fumes aquí. Claro que el apartamento lo paga ella, y la caña es de ella, y los amigos de ella y yo de ella. Y sin ella no tengo para dónde coger y esa es la verdad porque lo que es para aquella tienda no vuelvo, y soy malísimo decorando. ¿Y no lo tiene en verde? ¿Y el sofá no podría ser de cuatro puestos? ¿Y la lámpara no podría tener menos bombillos? Ni de vaina. De todos modos voy a salir porque es lo único que puedo hacer y además estoy solo y fastidiado porque Nadia se fue al cine con sus amigas. Rubencito, te dejó la comida lista, ¿oíste? Y cómo será que ni hambre tengo.

Nadia-cama sonreía hacia el techo. La música le llegaba cerca, envuelta también en el calor de la ropa. Nadia desnuda era otra malla de ballet más amarillenta. Los ojos-sapo se asombraban en el hueco de la luz, los dientes-Lama dejaban escapar una respiración entrenada, el vientre hueco se elevaba perezosamente, mientras las manos contaban minuciosas las horas. El cassette se apagó. Por fin apareció su figura adolescente matizada por la luz detrás de la cortina. Los surcos húmedos de sudor marcaban los límites de sus miembros

hasta que el cuerpo brilló frente al sol. Nadia sonreía casi sin prestarle atención, pensando siempre en espejos y panderos, oliendo siempre el benjuí y el sándalo, torciendo el cuello en su afán Lama-Buda-Hatha-Yoga. Por un tiempo bailaron así del otro lado de la cinta. Nadia sosteniendo el ritmo con su respiración y sus sueños. El muchacho con sus talones y brazos. Nadia ensoñada, el muchacho sudando, Nadia-alga, muchacho-pezuña, Nadia-arena, muchacho-huella, Nadia-temblor, muchacho-aliento. Y así hasta que la danza fue como un mar rompiendo el dique y un remolino transparente, un solo látigo de agua girando inconsistente, desvirtuadas las formas, indefinida la presencia.

Bruscamente entró en la habitación, cansado de llorar a solas. Únicamente hizo un movimiento inesperadamente certero y consecuente. Nadia quedó tendida, alisada como otro pliegue de la sabana.

El cumpleaños

Hoy me la encontré, después de tanto tiempo. Un poco más delgada, el pelo corto, Tani de siempre. Con un carro prestado seguramente. Pasamos enseguida a los “¿te acuerdas?” y “la vez que”. Sólo porque uno con la edad se va poniendo cínico, no me explico de otra manera que quisiéramos recordar. Ahora que estoy casada, y los niños, y por fin vamos a comprar en propiedad horizontal, ponerme a recordar a Tani. Yo con mamá y papá tan calienticos, visitas a la abuela los domingos y al dentista periódicamente. Pensar en Tani entonces, en Tani ahora. Nuestro primer gran recuerdo, los 17 años de Tani. No me querían dejar ir, mamá opinaba que en casa de Tani las fiestas no tenían representación porque Tani no tenía mamá. De Tani en el colegio también me acuerdo pero menos porque ella estaba un año más arriba que yo. Sé que el primer cigarrillo nos lo fumamos escondidas en el baño. Más adelante pensé que Tani = subversión porque la primera vez que probé el whisky fue en su casa pero no era el mismo día de la fiesta. En el recibo no había muebles, ese detalle impresionaba mal a mamá, un recibo sin muebles era el síntoma inicial del desbarajuste subsiguiente. Eso que mamá nunca pasó del recibo. En el estudio del padre de Tani estaba la carta aquella donde decía que había sido postulado para el Nóbel de Química. Eso ninguno lo creía, venezolano, científico, Gustavo Adolfo, Suecia. Imposible. Por otra parte, lo postularon y punto. Pero ahí quedaba la carta, huella imperecedera de la posibilidad de un Nóbel para la familia. En el garaje, si nadie ha entrado, están los pupitres del Kinder, me decía Tani hoy. A Sofía le encantaban los niños, deben quedar los restos en madera. Pero en el garaje nunca entrábamos, en general nos quedábamos en el saloncito de la entrada donde estaba el tocadiscos o en la sala donde Tani tenía el piano.

Para el día del cumpleaños utilizamos los dos ambientes porque venía toda la cuadra y los de la parte de arriba de la urbanización también. Tani tenía muchos amigos y por lo menos se colearon cinco personas. Hasta vino Cristina, escondida porque su mamá había dicho que casa de Tani, definitivamente no. Pusimos los discos y nos bebimos las cocacolas en la primera media hora pero enseguida Cara de Perro empezó con los chistes sucios y apagamos la música para oírlos mejor y nos sentamos todos juntos, cerquita para que no hablara duro y no se oyera. Luis Felipe me agarraba la mano porque teníamos amores otra vez y estábamos bien cerca. El padre de Tani entró con el vaso en la mano y ya estaba de mal humor, no preguntó nada ni saludó, dio una vuelta y para dentro de nuevo. Cara de Perro se asustó bastante porque el chiste llegaba al clímax de la obscenidad en el mismo momento en que el viejo entraba. Para aliviar la tensión pusimos otro disco y hacíamos como si bailáramos un rato pero seguíamos con

ganas de oír los chistes. Luis Felipe se me acercó más esta vez y me puso la mano en la rodilla, yo era la pava mas linda, todos lo decían. Después de lo primero que me acuerdo es del templón en las orejas y de la cara blanca de rabia de Luis Felipe. A partir de ahí la habitación trepidaba, sudaba, jadeaba removida por un gigante. Los discos volaban, la mesa se partió, empezaron a caerse cuadros, botellas de cocacola, sillas, floreros, ceniceros, sandwiches. La destrucción avanzaba implacable, yo vi la cara de Tani, serena y pálida contemplaba el apocalipsis microscópico, pero entonces él se abalanzó sobre el piano y Tani sobre él como una fiera erguida: “mátame a mí de una vez pero no toques el piano”. El viejo sacó un cuchillo, entre los gritos se distinguía algo acerca del demonio y la corrupción, avanzó con el cuchillo enhiesto y Tani temblaba agarrada del piano, dándose fuerzas con la misma salmodia: “mátame a mí de una vez pero no toques el piano”, y el viejo descargó el puñal sobre el vacío que Tani dejaba con un salto. Aquí por primera vez los muchachos reaccionaron y entre varios consiguieron desarmarlo y empujarlo fuera de la habitación, el viejo gritaba: “coño, soy un desgraciado, un cretino, no se crean que estoy loco, borracho sí pero no estoy loco, es el castigo divino lo que me tiene así, mis hijas son unos engendros del demonio, unas putas repugnantes, por eso tienen todas el pelo rubio, porque es el pelo del diablo, mis hijas son unas putas que corrompen mi casa y yo debo sufrir la retaliación divina por su causa, por eso estoy borracho pero loco no, loco no...”

A las preguntas de mamá contesté como siempre, molesta por sus averiguaciones, su persistente espíritu de FBI. Pero lo que ha quedado en mi mente más profundamente grabado fue nuestra despedida, cómo fuimos saliendo uno por uno de la casa sin volver la cabeza, temiendo convertirnos en estatuas de sal.

Dificultades de la dialéctica

Llegas a tu casa y configuras un mundo jazz-café-fotos de recuerdos-Julio Cortázar recortado en la pared. Tratas de proyectarte y recordarte pero todo es puro saxo bajo-café. Mejor todavía si suena un teléfono equivocado: la posibilidad de cuánto sobre cuánto. La soledad se puede convertir en un peligroso instrumento de la duda crónica.

Alargamiento del instante: intento de vivir en el presente. Es más o menos así: Piano-batería-piano-batería más largo-las dos cosas. La sensación de la mesa en el antebrazo, batería de nuevo, es distinta a la del papel, piano ahora, en la mano y sigue la batería. Los colores de las fotos en la pared básicamente azul y negro-blanco la foto de la derecha, piano steady batería dulzona con motor de carro a lo lejos, la aguja con imperfecciones, ruido de platos proveniente de lugar indefinido, cuánto tiempo ha pasado, la batería se inquieta y yo también. Se desenrolla el tiempo así, los lentes de sol, brusco chasquido abajo, abandonados sobre, otra vez el chasquido, más el piano, el libro verde, y entre ambos la lista del mercado. Batería final que suena como campanitas, qué ociosidad estar escribiendo esto con la cantidad de, siguen las campanitas, cosas que tengo que estudiar, no se acaba nunca

Dificultades de la dialéctica

Cómo Mozart me hace pensar en ti que te vas sentando suavemente en el piano, que te mueves con su compás de pequeña serenata como en una película surrealista como si fuera un sueño que se pareciera a tu imagen que avanza por pequeños descensos paralelos hasta el piano como si fuera la pequeña serenata que se oyera en una película surrealista que se pareciera a un sueño que me recordara tu imagen como si...

Ya a medio movimiento me pregunto por qué hay siempre los te odio para los te quiero. ¡Qué vaina la dialéctica! O te quiero o te odio. Si te quería, por qué te odio. Si te odio, cómo te quise. Si te quiero y te odio, quién es yo que hace tantas cosas. O es que te quería con unas cosas y te odiaba con otras, o te quería por algo y te odiaba por lo contrario. O es que te quise porque eras algo y te odio porque eres lo contrario. Y de todas maneras, cómo es posible que te odie si te quise y que queriéndote no te odiara.

Tuve la vaga percepción de que la felicidad era vivir a la orilla de la vía de un tren que pasaba por una casita a las afueras de un pueblo cuya única razón de ser era el tren que pasaba cada semana frente a las enredaderas de rosas de una casita cercana a la vía del tren que producía una vaga percepción transitoria de humo y vida de personas que van hacia otras partes lejanas a las enredaderas y que gritaban al pasar voces inconclusas que muy bien hubieran podido significar algo relativo a las rosas pero que la velocidad esparcía y cada sonido era fugitivo de su propio sentido inacabable. Supongo que la casa fue habitada por algún tiempo y que su peso se apoyaba en la existencia necesaria de una persona que terminó por convertirse en personaje, haciendo imprescindible a la casita para darse crédito a sí misma. Finalmente hubo un solo momento casa-rosas-vía del tren-humo-pueblo cercano y la persona comprendió que era innecesaria. La casa por sí sola tenía su razón de ser. Desde adentro o desde afuera. Entonces esa persona se escapó. Huyó lejos, lejos de la cárcel que era la casita, preguntándose si era necesario estar dentro de alguna situación para tener sentido. Dejó atrás la vía del tren temiendo que el tren chocara o las rosas se secaran pero nada de eso sucedió. Todo continuó como previsto, la casa siguió cumpliendo su función de ser el punto de referencia para la vía del tren. En cambio la persona perdió la casa y las rosas y el humo y los gritos de los viajeros. Comprendió que había perdido su lugar en el mundo, que ciertamente era prescindible y no así la casa, que podía escoger entre volver o buscar otra. Decidió algo diferente. Comprar un eterno billete de tren que cada tanto tiempo le permitiera ser parte de un grito inacabable batido contra las rosas.

Recuerdo una vez que le pregunté a mi maestra: “si no hubiera habido mundo, ¿qué habría?” “El planeta tierra forma parte del sistema solar, de no haber existido, hubieran sólo seis planetas”, contestó pedagógica. Creyendo que no había entendido la pregunta repetí: “Si no hubiera habido lo que hay, ¿cómo habría sido?” Exasperación docente. “Nada”. Entonces, vuelvo a la carga, “lo que quiero decir es que si esto hubiera estado lleno por otra cosa o vacío”. “Termina tus raíces cuadradas” me dijo. Y yo sentí el tono aplastante con que también me decían “termina tus vainitas” que detestaba. Creo que en realidad lo que me mortificaba era no tener clara la necesidad del mundo, es decir, si el espacio contiene al mundo o el mundo es simplemente el espacio. Gracias a la escasa formación filosófica de mi maestra sigo sin saber cómo es la cosa.

Nosotros somos tres: un tigre, una niña y un domador. El tigre siempre tiene hambre, se quiere comer las flores, la niña pelea con él para que no lo haga. La niña busca flores en la selva, el tigre la persigue y trata de quitárselas, el

domador a veces defiende a la niña y castiga al tigre. A veces, tigre-domador forman un vínculo dialéctico y la niña se queda sola. Yo a quien más quiero es a la niña, está sola, fuera del nexo tigre-domador, les tiene miedo a ambos, son fieros cada uno a su manera, tienen el mismo odio en distinta dirección. Ella no le ha hecho daño a nadie. Trata de recoger sus flores sin que la castigue el domador o se las coma el tigre. Ella está sola con las flores, pero las flores son escasas, frágiles y efímeras. Por eso, para tener siempre una, debe recogerlas constantemente, a pesar de nosotros dos, el tigre y el domador.

La semilla de la infelicidad

Cuento de hadas para una niña

Erased una vez la historia de un reino. Llegó al palacio un mago corre caminos, de esos que arrastran el polvo de muchos días y la sal de los siete mares. Burtafán se llamaba. Algunos le atribuían origen turco a su nombre, otros pensaban que era un judío sefardita, hubo quien creyó en una más ilustre genealogía y lo emparentaba a la casta de los brahmanes indios. En la incógnita de su proveniencia residía parte de su poder e influencia como sucede con casi todos los héroes. A quienes trataban de precisar su origen, Burtafán sonreía enigmático. Los más sutiles hubieran entendido en su mirada la difícil mezcla de humillación y arrogancia. Siendo mago de profesión vagaba con un cofre repleto de artimañas y mejunjes, polvos de culebra seca, pestañas de perro negro, piedras de la buena suerte, yerbas para el mal de parto, pócimas para el buen amor, aros de metal para el reumatismo, polvos para la maledicencia, bálsamo para la sarna, y otras muchas magias que Burtafán aprendió en su corre correr por el mundo. Pero como todo hombre tenía un deseo recóndito, profundo e inconfesable que sus muchos poderes no le habían concedido: quería hacer crecer una planta estéril.

De niño recogió en un desierto la semilla de una planta de hermosas flores, las más bellas, las únicas flores que nacían en la región junto a los frescos oasis. La encontró por casualidad, como casi todas las cosas que después nos hacen sufrir, y la llevó a un viejo sabio que sin ser mago, entendía de predicciones y maleficios.

- Burtafán –le dijo el viejo sabio- has encontrado la semilla de la infelicidad. Todo aquel que la encuentra se condena a buscar el oasis donde nació la planta, y tú sabes, porque conoces el desierto, que muchos oasis son producto de los sueños del hombre. Si la planta dio vida alguna vez no lo sabrás pues fue el sueño de un sediento.

- La encontraré –contestó Burtafán.

Y desde ese día se inicio en las artes y artilugios de los magos y brujos con la sola idea de encontrar un sueño perdido, en el cual apareciera un oasis, el oasis que vio nacer a la planta. Pero pronto entendió que sus maestros eran meros empíricos del arte y que lo practicaban con fines lucrativos, no muy bien remunerados. Debo encontrar un mago de vocación, que quiera realmente

desentrañar misterios y hacer milagros, pues los que conozco sólo me enseñan milagrerías de corto alcance. Y, uniendo la teoría a la práctica, comenzó a leer la vida de Jesús, de Buda y de Mahoma, pues en ellos sí tenía fe porque también habían recorrido caminos de polvo y aplastado culebras con los pies descalzos. Y así llegó hasta la India donde había oído vivían los hombres más viejos y sabios que más conocían de sueños e ilusiones, pues sólo se dedicaban a meditar y comían ramas secas y punzantes sin sentir dolor. Todavía era un hombre joven, no mayor de treinta años, y los pies le sangraban y el estómago le gritaba cuando ascendía entre picos y rocas desnudas a la cueva más alta del mundo donde habitaba el Lama más soñador.

El Lama conocía todas las lenguas, no por estudio sino porque tanto había pensado que había agotado las posibilidades de la suya y había reestructurado todas las demás, en su afán de encontrar formas apropiadas para sus infinitos conceptos. Y aun así no lo había conseguido y se había dado a la tarea de inventar nuevas lenguas con la esperanza de morir habiendo puesto en palabras su prodigioso pensamiento. Por eso entendió la búsqueda de Burtafán y al verlo le hablo así:

- Sé a qué has venido. Yo también fui condenado en mi niñez a buscar el imposible y ya, siendo un viejo, no puedo bajarme del carro de infinitas ruedas. Pero eso es otra historia que aún no debes saber, dime, Burtafán, si mi casi infinita sabiduría puede serte de ayuda.

Burtafán estaba emocionado y escogió muy cuidadosamente sus palabras:

- Aunque tú lo sabes todo, Lama, quiero decirte que he recorrido mil caminos desde mi niñez buscando al hombre que pueda dirigir un sueño, pues busco el sueño de otro y casi he perdido la facultad de conciliarlo.
- Quien te trajo hacia mí conocía de estas cosas. He vivido entre sueños y creo conocerlos todos. En mi mente los guardo. Dime cuál es el tuyo.
- Mi sueño, Lama, es un sueño del desierto. Quien soñó con agua y vergeles sabe donde puede nacer la semilla que llevo desde la infancia.
- Tu semilla es estéril porque no ha encontrado el vientre necesario. Encontrarás el agua que le dio la vida y volverán a nacer las mismas flores.
- ¿Y dónde está esa agua?

- Los sueños de agua son sueños de mujer. Busca en los palacios del mundo y allí donde encuentres una mujer virgen de hijos pregúntale cómo regar tu planta estéril.

Y nada más dijo el Lama. Se esfumó para siempre en una cortina de sueños y Burtafán comprendió que un nuevo alfabeto estaba a punto de nacer y que ya él tenía la clave del secreto, más misterioso e inalcanzable que nunca. Había sido hasta ahora parlanchín y enmendador de entuertos para pobres y no hallaba cómo penetrar en las mentes de los ricos que habitaban los palacios.

Quienes venían a mí –se decía- eran pobres gentes, de peor destino que el mío, a quien una pócima o un polvo de alacrán podía sacar de la desesperanza, pero ahora tendré que inventar nuevas artes para embrujar a los poderosos y que me abran así las puertas de los palacios, pues en uno de ellos está la mujer que soñó con mi planta.

Y cavilando en el cómo hacer creó una trama: a nadie diré que soy hijo del desierto, que mamé leche de camella y me criaron los mozos de las caravanas. Una condición tan pobre e incierta puede despertar desconfianza. Seguiré mi destino de hombre sin nombre y seré sólo Burtafán, de quien todos pueden decir a dónde va pero ninguno de dónde vino. Así Burtafán podrá ser el hijo de un rey o de un sabio tanto como el feto abandonado a orillas de una caravana de traficantes de ovejas. Hablo muchas lenguas, visto en diferentes trajes, seré para todos el esperado y a las princesas les haré creer que quien haga crecer la planta encontrara al príncipe azul.

Y así emprendió un nuevo recorrido, a espaldas de los pobres, y venteando siempre el olor de generosos hornos donde sabía habría siempre gansos y patos y otros manjares propios de la condición de palacio. En todos cuantos visitó fue siempre bien recibido y los reyes lo agasajaban y las princesas lo enamoraban, pero en todos ocurría siempre la misma historia. Cuando Burtafán les hablaba de su planta las princesas saltaban de alegría y todas exclamaban: - Burtafán, yo haré crecer tu planta. Sé mucho de estos cuidados, mis rosas son las más rojas, mis lirios los más altos, mis palmeras las más sombrías. Tu flor crecerá en mis manos.

Y todas se dedicaban al trabajo, espoleadas por los reyes que concebían ya el más prospero enlace para sus princesas.

- Haré traer los jardineros más hábiles del reino –decía el rey.
- Mis doncellas ablandarán la tierra con sus delicadas huellas –decía la reina.
- Dedicaré mis horas a verla crecer –decía la princesa.

Pero pasaba el tiempo y la semilla no crecía.

- Estos jardineros son hombres estúpidos y sin inclinación. No los quiero más a mi servicio –se enfurecía el rey.
- Mis doncellas son niñas embobadas. Sólo piensan en tonterías y no ponen afán en la tarea. No las quiero más a mi servicio –se enfurecía la reina.
- Esta planta es muy ingrata. Me siento a contemplarla todas las tardes y no quiere crecer. No la quiero más en mi jardín –se enfurecía la princesa.

Burtafán les rogaba paciencia para él y los sirvientes pero pasaba el tiempo y la planta no crecía.

- Este desconocido nos engañó. La planta es estéril. Vive aquí de mi generosidad a costa de una mentira. No lo quiero más en mi palacio –decidía el rey.
- Este hombre es de origen incierto. No es digno de nuestra confianza. No lo quiero más en mi palacio –decidía la reina.
- Burtafán es un payaso, un ridículo fabricante de leyendas. Su príncipe azul ha de ser tan fatuo como él. No lo quiero más en mi palacio –decidía la princesa.

Y así una y otra vez Burtafán era expulsado de los palacios de oro y mármol, de grandes piedras grises y corales. El pelo se le blanqueaba, el caminar era más lento y el mundo se vaciaba de reyes y princesas. No la encontraré nunca –lloraba-, me hago viejo y no puedo salir de mi condena. Este es el carro de infinitas ruedas que me anunció el Lama. Esta es la semilla de la infelicidad que me predijo el viejo.

Quedaba un solo palacio en el mundo, muy alejado y remoto a donde nadie acudía porque sus reyes eran ya viejos, sus princesas marchitas, sus despensas exiguas.

- No vayas allá Burtafán –le decía la gente del pueblo. Allá hay solo hambre y sed. Tú eres el esperado, el mago de palacios de oro y mármol.

Pero Burtafán pensó: Quizás allá me esperan también, ya me duelen las plantas de los pies, quizás en la muerte termine mi condena. Y en un último esfuerzo enderezó su marcha y llegó al palacio.

- No tengo jardineros a mi servicio –dijo el rey- pues apenas comemos las yerbas que nacen salvajes de la maleza.
- No tengo doncellas para cuidar de mis vestidos –dijo la reina- pues apenas me visto con los sacos que dejan los caminantes.

- No deseo un Príncipe Azul –dijo la princesa –pues apenas soy digna de un pordiosero, pero cuéntame tu historia y la de la planta y quizás pueda ayudarte.

Y Burtafán les contó la verdad, que era hijo del desierto, que encontró la semilla de la infelicidad en su infancia, que había recorrido el mundo con su magia para ganarse la vida y que desde los 30 años buscaba una mujer virgen de hijos que soñara con agua, con un oasis del desierto donde pudiera nacer su planta. Y que no tenía ningún príncipe que ofrecerle, a lo sumo algunos trucos o pócimas pero de uso incierto como su origen. Y entonces la reina se acercó y le dijo:

- Burtafán, tu origen no es incierto. Planta tu semilla debajo de mis pies y crecerán las mismas flores que soñé cuando naciste, las flores del oasis en el que fuiste perdido y encontrado.

Y Burtafán, el esperado, vio crecer la planta y salieron las flores, las más bellas, las únicas del desierto.

1972

El domingo de Domingo

Amaneció un domingo terrible de ciudad. Un domingo sin exposiciones ni galerías; lo decía la prensa del sábado, que ese domingo por motivos no muy bien explicados las galerías no presentaban sus habituales muestras de arte, etc. Domingo empujó la leche y el medio de pan hacia dentro con un pie desganado y comprobando que la prensa no había venido hoy. Maldijo al panadero porque un domingo sin periódico se inauguraba mal. Releyó el del sábado, un poco arrugado, y se dijo a sí mismo: un domingo con vacío cultural. Buscó un cigarrillo pero comprobó que no tenía fósforos y trató de prenderlo en la cocina pero se quemó el pijama y abandonó. Vuelta al periódico del sábado a ver si estrenan alguna película o no estrenan, pero hay alguna sin ver. Terror, policíacas, comedias, drama. Pensó que las que le gustaban eran las difíciles de clasificar. Generalmente discutía internamente con el clasificador por su falta de imaginación. Un pequeño aviso le llamó la atención, en menos de cuatro centímetros cuadrados decía *Mañana no habrá cines ni espectáculos públicos*. Por qué, por qué, por qué. La pregunta se le metía por dentro como la voz de su padre hace mucho tiempo, “mañana no irás al cine”. Por qué, por qué, por qué. Le pareció una broma porque ya no tenía edad de que le prohibieran cosas, y menos cosas tan tontas. No visitar galerías era soportable pero no ir al cine era tan por qué-por qué-por qué-por qué-por qué-por qué-por qué. Sintió hambre y tuvo un impulso natural de freír un huevo. Puso el huevo en el sartén con aceite y esperó. Al cabo de un rato el huevo seguía en la misma posición, o sea se iba deshilachando, aguando, pero no tomaba la conocida forma que toman los huevos cuando se fríen. Domingo frente a la cocina se indignaba con el huevo, probó otro y otro hasta que la verdad le surgió por dentro como un profeta terrible. No había luz. No había, no había. La luz ya no estaba. La luz la habían cortado. En apenas unos minutos la habían cortado. Como un loco corrió a abrir su ordenada carpeta de recibos y triunfalmente comprobó que estaba pagada. La luz estaba pagada y si no la había era porque los empleados de la compañía eran ineficaces. Se llenó de indignación municipal como siempre hacía cuando encontraba una falla en los servicios públicos, lo que no era raro, por otra parte. Entonces tampoco había discos, tampoco había Mozart, ni Walter Carlos, ni bosanovas, ni boleros, ni televisión, ni radio, porque su radio era de pilas y estaban malas. Hace unos días lo había pensado, debo comprar pilas para el radio, pero no lo había hecho, no había previsto algo tan previsible como un domingo sin luz.

De pronto se sintió muy solo. Le invadió una soledad helada, una soledad como hace muchos años otro domingo lejano cuando era un niño y su padre siguió caminando y lo dejó atrás; lo dejó atrás y de pronto sólo vio cuerpos

desconocidos, y la mano que su padre ya no le apretaba comenzó a ponerse fría helada como ahora. Bajó las escaleras sin pensar en el ascensor porque por asociación supuso que tampoco funcionaría o mejor dicho no quería comprobarlo. Entró en el garaje del edificio, estaba casi vacío porque casi todo el mundo había salido, un domingo casi todo el mundo sale. Abrió el automóvil y se sintió nervioso. Los estacionamientos siempre le gustaban, cómo olían a gasolina, a calor turbio. Despacio, sin querer forzar las cosas, prendió el auto. Prendía. Salió paseando por la ciudad, tenía un deseo que no se atrevía a complacer, un deseo que venía gozando desde que bajó las escaleras. Con sumo cuidado sacó de la guantera unos cassettes. Otra vez Mozart y los boleros, y todo lo demás y hasta más. Hasta tenía más. Encontró uno de Janis Joplin que había olvidado. Lo introdujo suavemente en el reproductor. La cinta entraba hasta la mitad, algo como un odioso dedo interno lo empujaba hacia fuera. Algo invencible, algo más fuerte que Domingo no dejaba entrar a Janis Joplin para que se reprodujera toda como ella era, y Domingo la contemplaba enrollada sabiendo que estaba ahí aplanada, comprimida en dos planos, invisible, y no podía oírla, no podía verla desdoblarse y desnudarse en cada canción. Tristemente dio la vuelta en la primera redoma que encontró y se devolvió al apartamento. Se enfundó nuevamente en la cama y comenzó a sentir un cosquilleo en los dedos, una necesidad punzante de llamar por teléfono. De sentir que sus dedos eran poderosos, mágicos, de que podían en un simple esfuerzo traerle cualquier voz que quisiera oír. Cualquier voz. Pensó en las voces que conocía, en cuál sería mejor, en cuál encontraría lo que quería oír. Marcó un número. Pensó que quería oír a Tamara. Tamara porque no era nadie, porque era gordita, porque la había conocido hace tiempo en alguna fiesta, porque le gustaba el recuerdo de los dientes de Tamara. Por estas profundas razones marcó el número de Tamara.

El número que acaba de discar ha sido cambiado llame a información el número que acaba de discar ha sido cambiado llame a información el número que nunca jamás pensó que sería capaz de llamar a información, no quería información, quería a Tamara. Así solamente, llamarla y que estuviera, no quería ninguna información. Si no había periódico, ni radio ni televisión, ni galerías ni cines, no quería otra información; quería a Tamara, precisamente porque, entre otras cosas, no estaba muy informada. De pronto oyó que tocaban la puerta. No quiso alegrarse mucho porque podía ser el niño de la conserje molestando o podía ser alguien equivocado, o podía ser su imaginación. Pero seguían tocando. Tamara estaba en la puerta sonriendo con los mismos dientes que tenía el día de la fiesta y diciendo algo original como “pasaba por aquí y se me ocurrió visitarte”. Tamara entró, se sentó, se tomó un trago, quiso poner un disco pero fue debidamente informada del problema. Estaba empezando a oscurecer y Tamara y Domingo se recostaban

dulcemente entrelazados. Domingo pensó que hubiera sido mas dulce si le hubiera podido ver los dientes pero no quiso tentar la suerte. Tamara ocupaba un lindo espacio en el diván, Tamara era una sombra muy codiciada, llena de luz, de información, de música, de arte, de cine, de casi todo. Tamara se alargó en el diván llena de sexo, casi tanto o más que Janis Joplin en ese momento, pensó Domingo. Tamara era una invitación a cualquier cosa. Tamara era la reina del sex-appeal, Tamara era una selva, Tamara era mejor que Lisa Minelli en Cabaret, era mejor que muchas Jane Fonda, que muchas Candice Bergen que hacían películas tontas. Tamara era mucho mejor que Ali Mac Graw en Love Story y aquel momento era mucho mejor que la retrospectiva de Picasso, que la muestra de Trova, que los objetos poliédricos vinílicos mimetizados. Tamara era mejor que toda la cultura occidental. Tamara sonreía ajena a todas las cosas que comparadas con ella no eran nada.

En la oscuridad Domingo hizo un gesto mecánico para alcanzar la mesita cerca del diván y Tamara oyó un coño. “¿Qué pasa?, preguntó. “No están”. “No están qué”. “No están donde los puse”. Tamara comprendió y se movió inquieta. Domingo se abalanzó sobre ella, Tamara gritaba “déjame, déjame, me vas a preñar”. Domingo trató de forzarla por un momento. Después se quedó tranquilo viendo a Tamara cómo se vestía, se ponía las pantaleticas, el suetercito, se medio peinaba y se iba brava. Domingo vio la noche desde la ventana, sintió que necesitaba demasiadas cosas para vivir. Pensó cuáles eran necesarias para morir. No había luz, no tenía hojas de afeitar, usaba cuchillos desechables, no tenía analgésicos más que dos pastillitas de aspirina, los vidrios eran irrompibles. Todavía pudo saltar por la ventana.

Así nos sucede

Ahí viene la sangre completamente abierta completamente roja toda saliendo ya sin forma cada vez más continua saliéndose de su vida de su historia de su tiempo convirtiéndose en un puro liquido sin nombre que moja los paños la sábana las manos el suelo comienza a gotear en el suelo los algodones las gasas más paños taponando la sangre pero que va a parar al suelo a los ojos a las manos todo se vuelve rojo. No se entiende que la vida sea sangre corriendo, que ella que era Persona, Nombre, pero no, más que eso porque era un movimiento lánguido o una caricia agachándose o labios besándote o me quiero comprar unos zapatos nuevos, entonces todo eso ahora ya no es nada, todo eso es simplemente sangre corriendo, ahora todo se transforma en que gotea por el piso, sale a chorros, moja los paños los algodones todo eso rojo mojado caliente es igual a o es el desenlace de los zapatos que quería las palabras que no dijo. No se entiende desear unos zapatos nuevos haberlos visto en una vitrina porque vive en esa calle desde que se mudó cuando murió su padre a pesar de la opresión económica encontraron por fin el apartamento pagando gracias a la fianza de Jorge siempre queriendo casarse con ella que le decía toma ese apartamento esta bien situado cerca de tu trabajo, buenos comercios enfrente la zapatería. Por ese se desenreda el hilo zapatos nuevos y se ve que no era tan sencillo, un montón de cosas alrededor mas acá y más allá de los zapatos. Y ahora todo simple sencillo mojado rojo sigue saliendo la sangre salpicando la cama los paños las manos los ojos encontrar ahora un hilo conducente a los zapatos nuevos que estaban relacionados con Jorge, con la vitrina, la fianza, la muerte de papá. Todo estaba contenido en la sangre, era un deseo tonto de tener unos zapatos nuevos que ahora simplemente gotea sobre el piso sale destaponado mojando los paños los algodones inunda la habitación. Lentamente, gota a gota o por chorros se va agotando el deseo. Para recogerlo con paños algodones gasas sobre las sabanas es ya una sola presencia húmeda caliente como también algún día el mar.

* * *

Así nos sucede ¿ves? Que tú me llamas por teléfono y me citas en el Picolo a las cinco y media, y yo voy y nos sentamos a tomar un café y una cerveza, y tú me preguntas cómo me ha ido estos días, y yo te contesto vagamente porque sé que mi vida te parece absurda e incomprensible, y cuando yo te pregunto por la tuya me sonríes de una forma que me hace daño porque siento que me estás diciendo que soy una niña y que no entiendo que tú estás harto de esta joda, y cualquier día te vas como Roberto, y te vas a vivir a Los Teques y no te ocupas

mas de la familia como Roberto. Me da muchísima rabia que hasta quieras tener los testículos del mismo tamaño que los de Roberto. Después nos damos cuenta que se hace tarde y te levantas a llamar a Silvia, y un poco tímidamente me dices que hoy sí tenemos la llave, y en silencio nos vamos yendo hacia el apartamento de Roberto (que eso sí le gusta tenerlo en la ciudad), y nos vamos perdiendo entre la marejada de personas y voces y cornetas de Sabana Grande, y cuando pasamos frente al osito que da vueltas sobre la bomba a mí me da no sé qué y me acuerdo de tu hijo, pero ya es muy tarde y seguimos avanzando hasta el apartamento, y me preparas un whisky que me tomo un poco acomplejada porque no he podido superar la situación de desnudarme bajo esa mirada que tiene el Ché Guevara en el afiche. Y después tú subes sobre mí y me parece que soy la mujer mejor montada del mundo, y siento que me aniquilo bajo tu cuerpo y espero que vaciándote me llenes, y me importa un carajo el Ché Guevara. Luego despacio nos vamos, y yo antes recojo los vasos y ceniceros, y limpio un poco porque no puedo acostumbrarme a que esto sea un apartamento prestado para tirar, y así me siento un poco ama de casa, y tengo la impresión que dejándolo ordenado es como si fuera más mío. Y te arreglo el nudo de la corbata con la misma intención, que así me parece como si no fueras tan de prestado, tan de otros, tan de otra, sobre todo. Y llego a la casa sin despertar a mamá ni a Luisa que duermen desde temprano y me reprocharían la hora, la falda demasiado corta, qué sé yo, todo si lo supieran. Debe ser que en el fondo soy yo misma la que me hace esos reproches, cuando llego a mi cuarto y me parece tan absurdo, los muñequitos que Luisa ha puesto en la cómoda, las cortinas que tengo tantas ganas de cambiar, las literas que me dan una impresión de colegio interno. Y me doy cuenta que eso en realidad es mi vida, ese apartamento, ese cuarto, mamá y mi hermana, mis ochocientos veinticinco al mes, los zapatos nuevos que quisiera comprar, y es todo demasiado cuadrado, demasiado asfixiante. Por eso necesito ese pequeño espacio que eres tú, bueno, pequeño no, necesito ese lugar tan importante que eres tú en mi vida aunque sea así, por horas, de prestado. Y me pongo a pensar que al fin y al cabo si estuviera casada contigo tampoco te vería mucho más porque irías al trabajo, a visitar a tu familia, a las reuniones del partido. Bueno, pero todo eso lo haces ahora también; nosotras, quiero decir Silvia y yo, lo que compartimos son tus horas libres y tú también tienes derecho a tener horas para ti, para leer, para pasear. Lo que sucede es que te necesito mucho, necesito esa apertura que eres tú en mi vida, todo lo que representas y lo que eres. Sencillamente sin ti mi vida sería un pasillo interminable, no sería más mi vida, sería sólo un hábito de levantarse y vestirse, de montarse en por puesto, de cobrar los quince y último, de aceptar invitaciones estúpidas los viernes en la noche de los compañeros de oficina o con Jorge. Bueno, Jorge no es estúpido, él ha sido muy bueno conmigo sólo que a veces me saca la piedra su manera de celarme, de verme con ojos acuosos y decirme cuídate mucho. En cambio tú

jamás me dices nada, sólo “Hola ¿nos encontramos a las cinco y media?” Y no sé por qué yo traduzco necesito verte, es urgente, eres muy importante para mí. Debe ser todo lo que yo pienso de ti. Aunque a veces creo que me quieres, que has pensado en serio divorciarte, que yo represento algo diferente, el día que me llamaste rascado desde no sé qué bar y fui a buscarte, y después lloraste y me dijiste que te sentías muy solo. Pensé que me querías más que a Silvia porque me llamaste a mí pero Rosana, la muchacha de la oficina, me dijo que no pensara eso, que todos los hombres son así, que me llamabas a mí porque tú mujer te hubiera formado un lío si ti hubiera visto cómo estabas, y así son todos, llaman a la amiguita para que les consuele la rasca llorona porque al fin y al cabo una sabe que son esos momentos tristes, esa desesperación por vivir de otra manera, esos silencios de la vida cotidiana lo que . Bueno, eso no lo dijo Rosana, eso lo pensé yo después. Pero de todas maneras a veces creo que me quieres, si no lo creyera sería demasiado terrible, demasiado vacío, demasiado demasiado. Yo entiendo que quizá soy muy joven, aunque a mí no me lo parece. ¿Veinte años es muy joven? Mamá dice que no sé nada de los hombres, que si supiera me casaría con Jorge, que es un castigo lo que ella tiene, viuda a los cuarenta y tres y dos hijas necias. Bueno, Luisa sí es bastante necia, yo creo. No sé qué llama mamá saber de los hombres. Antonio era un hombre, teníamos quince años los dos, no sé si era amor o qué pero era muy aburrido lo que era. Ir al cine con mamá, agarrarnos las manos escondidos, una vez me tocó los pechos y otra me regaló un oso de felpa cuando comenzó a trabajar en la fabrica. Los domingos almorzaba en casa y veía las carreras con papá. Luisa se ponía roja cuando le decía algo bonito. Eso era casi todo. Ah, y una vez me enfermé de celos porque lo vi con una mujer y resultó que era una tía suya. Después vino muy orgulloso de que lo habían subido de puesto y lo mandaban para Valencia con dos mil bolívares y nunca más lo vi. Después hubo otros, los compañeros del liceo, el muchacho que trabajaba en la fuente de soda (ése horrorizaba a mama), aquel señorcito rico que quería llevarme a restaurantes caros y todo aquel show, y cuando vinimos a ver era impotente. Y después tú. Tú Tú Tú Tú Tú Tú Tú. Entraste tú aquella noche en el Ateneo y te quedaste viéndome, y me dijiste “¿dónde estabas tú metida que no te había visto?” Rosana dice que todos los tipos seductores tienen esa manerita de hablarle a una como si ya de siempre una hubiera dormido con ellos. A mí me pareció que lo decías de verdad, que nos encontrábamos. Esa noche fue terrible, fuimos a aquella discoteca perdida, no había sino humo y apenas se veía. Eva vomitó en el baño, todos estaban muy borrachos menos tú y yo, bueno tú un poquito. Y después se formo aquel lío con Luis y el tipo de la mesa de al lado, y Luis se puso muy triste y muy serio, y tú me dijiste siempre le pasa cuando se da cuenta de que no le gustan las mujeres. Por eso yo no estoy de acuerdo con mamá en que no sé nada de los hombres, sé un poco de algunos y de ti mucho. Aunque a veces te veo callado, y te digo mi osito

gris, no te pongas así, se te ponen las patitas más grises que nunca. Y tú te ríes tanto con esas cosas, y me ves de frente y me dices “no me dejes nunca”. Y ahí sí yo me sonrío y pienso, dejarte a ti sería como dejarme de mí, de mi vida, de mis calles, de mi ciudad, de la luz, del calor. Dejarme de existir y ponerme como todos esos fantasmas que andan por ahí, a circular alrededor de un centro inexistente. Pero esas cosas no te las digo porque podrían hacernos daño. Son cosas un poco cursis y no quiero que las entiendas mal. Después me da rabia contigo porque la agarras con la retahíla de siempre, que si soy una burguesa, una sentimental, que pienso en comprarme ropa nueva todo el tiempo, que tolero los sermones de mamá, las beaterías de Luisa, que si debería vivir sola, que cómo puedo aceptarles que me impongan su modo de vida, que si esto y que si lo otro. Yo no te contesto nada pero me dan ganas de decirte que más burguesa es Silvia que te tiene loco con el apartamento en Caurimare y el viaje a Miami, pero no te lo digo porque eso justamente es lo que te jode como dices tú y no te quiero hacer sufrir. Y además yo no estoy tan preocupada con esas categorías de burguesía, proletariado y neocolonialismo, y eso te indigna también, y la agarras con que no leo nada, no me intereso por nada, y empiezas con los libros prestados casi a tomarme la lección. Yo quisiera saber qué es lo que tanto lee Silvia. Estoy segura que se pega los culebrones de televisión igual que mamá, bueno, pero eso es justamente, que yo debería ser diferente a ella para que tú me quisieras más. A mí me interesa cuando los oigo a ustedes discutir, a Luis, a Roberto, al Chivo. Me interesa de verdad lo que dicen y creo que tienen razón en muchas cosas pero a veces me aburre un poco oírles los mismos discursos. Cuando tú me acusas de burguesa, de esto y de lo otro, de los libros que no leo, yo pienso que las estadísticas que yo conozco bien son las de las cuentas de mamá que nunca alcanzaban. Y que más burgués eres tú con todo tu neocolonialismo, que ganas mucha plata y tu mujer anda siempre muy bien vestida. Yo la vi una vez contigo en el automercado pero nunca te dije nada porque me dio rabia ver que era muy joven y más bonita que yo. Muy elegante y alta. Y yo pensé, me vi hasta los pies, y pensé que qué sería lo que yo tenía que ella no, que era muy importante descubrirlo porque debía ser algo muy chiquito pero muy valioso. Pero no me gusta acusarte de nada porque sé que tienes razón, que el socialismo no es vivir mal sino luchar porque todo el mundo viva bien, y yo te entiendo y sé que es así, lo que pasa es que a mí también me joden las críticas que me haces porque me parece que no tienes razón, y que es para pagar el mal humor que tienes de muchas cosas que no te gustan y que a mí tampoco, créeme.

* * *

Yo sé que te jode que te lo diga pero te lo tengo que decir, siento que de alguna manera es necesario que lo sepas. Lo que me duele es que es una mala noticia y para mí es muy triste llamarlo mala noticia. Se me pone un nudo en la garganta cuando lo pienso así, me siento desahuciada en muchos aspectos cuando lo digo así. Pero no es sólo por el dinero que lo tienes que saber, por eso también, porque de dónde saco ahorita setecientos bolívares, te los tengo que pedir y me avergüenza profundamente. Esto que en el fondo me llena de orgullo, porque es tuyo sobre todo.

Siento mucha rabia con la vida, quiero que sepas, contra todo, odio salir a la calle y ver las tiendas y los cafés llenos de gente, odio ver el movimiento, el calor de la ciudad. Me asquea el sudor de la suciedad, los papeles grasientos, el humo, el vaho caliente de la tarde, la luz demasiado fuerte. Odio mucho todo lo que veo, de pronto la ciudad se me ha hecho un lugar insoportable, odio todas las personas que las transitan, todos los niños que pasan por ellas, todos los vendedores ambulantes que las gritan, todos los desahuciados que duermen en sus portales. Porque son todos lo mismo que yo, un atajo de promesas incumplidas, de deseos maltrechos, de gritos que nadie va a oír. Porque están todos dormidos a su propia tragedia y no van a despertar sino como yo, cuando ya es muy tarde, cuando ya el dolor no es una presencia sórdida y constante sino un mordisco rabioso dentro de uno. Así como me despierto yo cada mañana de estos días. He pensado mucho en papá ahora, me he acordado de su aire triste y silencioso, siempre dejando que mamá llevara la voz cantante. Si él viviera las cosas serían distintas, bueno, a lo mejor no. Uno guarda la idea de cómo las cosas eran, es difícil saber cómo harían las personas muertas. Porque a veces hasta dudo si existimos y me pregunto qué es este trajinar, manoseando los muebles, las cosas, las personas a nuestro alrededor, rapidito, como quitando el polvo, y se nos meten los dedos entre los jirones de los seres que a veces se deshilachan como telas viejas. Y pensar que todo fue joven y bello alguna vez, o quizás la vida es así todo el tiempo, un saco agujereado marrón y arrumbado a la orilla de la muerte. Y todo se encierra en el mismo cuarto sin tiempo del recuerdo donde nos acurrucamos a cada vuelta de pagina. A veces uno esconde la traición de volarlo todo de un bombazo aunque se nos vaya la vida en tantos objetos-seres-cosas-fantasmas que nos subyacen y anteceden, pero sobre todo nos celan, nos celan serenamente en el conocimiento de que seremos parte del cuarto, del polvo, del recuerdo, voces extintas, pisadas borradas, manos inarticuladas, huecos silenciosos. Pero nada de esto importa mucho en el fondo, no quiero que me acuses de sentimentalismos, entiendo qué es lo que quieres que haga, lo que mama quiere que haga, lo que cualquier persona razonable quiere que haga, lo que esa persona cobarde y empequeñecida que hay adentro mío quiere que haga. Lo entiendo todo muy bien, por eso, préstame los setecientos y no hablemos más.

* * *

Pensamientos de mala suerte, de esto va mal llevan ahora camino de torrente, de río que baja entre piedras de brinco en brinco por las piedras y despojándose de su sentido, quedamos como una vieja piel arrumbada, despedazada contra las rocas, dando lugar al río que va gritando palabras como golpetones de sangre. Pronto para recogerlas antes de que sean lejanas piedras teñidas de rojo que van cayendo desordenadas en un vacío de siglos. Y cómo encontrarlas después. Después que todo ha caído, que todo es rojo sangriento teñido de rojo que los deseos se abren desparramados, que las palabras que cubren esos deseos son huevos abiertos por donde sale rompiente, a dentelladas, desgarrado, abierto el cauce de la vida. Después que todo es un tremendo terrible tráfago que arrolla, tapa, encubre, moja las paredes manos ojos sabanas paños algodones gasas. Ahí viene bajando, ya no es posible nadar contracorriente, es un impulso mas fuerte que la vida misma, es sólo un río de sangre sin cauces ni montaña sin piedras que lo detengan. Inunda todo, ha inundado ya las palabras detrás de las cuales está el sentido, ha inundado los deseos, ha entrado desbordado en la ciudad, sube por las escaleras y baja por las quebradas; cuando todo esta anegado sólo queda hacer la crónica porque no es posible sucumbir al devastamiento, no es posible someterse a lo que ya pasó, a que después viene un remanso, y poco a poco así va cayendo dulcemente y la sangre es un pequeño charco que brilla húmedo en el piso.

Se exhumaran cadáveres de jóvenes muertas por prácticas ilegales.

El Mundo

1973

Al paso ni a Colombia *

Tenazmente habían llegado a traspasar un río interpuesto entre su misión y el pueblo. Avanzaban lentamente porque el calor arreciaba y el sudor les embadurnaba la cara con un polvo rojo que se les agolpaba en la frente y frecuentemente tenían que pararse a secárselo y se pasaban de mano el pañuelo. A medida que avanzaban en la tarde el calor avanzaba también con el mismo paso sólo que más inflexible. Trataban de transportarlo con el mayor cuidado posible pero no podían evitar que algunas piedras y huecos de la zanja que bordeaba la carretera les hiciera desviarse algunos centímetros y así perdían el equilibrio. Algunos carros pasaban demasiado, demasiado cerca, y se balanceaban por un movimiento instintivo; con cuidado, camina despacio, se decían. Más hacia la derecha. Pero trataban de hablar lo menos posible porque el silencio les ahorra fuerza. Sin embargo era necesario pensar, pensar constantemente para no dejarse invadir por el cansancio, el sudor, el barro, el peso, las pisadas, los carros a toda velocidad, el sol de la tarde, la desesperación, sobre todo la desesperación, porque era desesperante transportar aquel cuerpo enfermo a través de toda la geografía de Venezuela hacia más allá que era Colombia, que era Perú: el Machu-Pichu que debía estar por allá pero todavía no aparecía, era una meta o quizá sólo una paja mental; eso, probablemente, una paja que se estaban haciendo de que allí en las alturas, como lo escribió Neruda, allí el aire puro iba a sanar el cuerpo enfermo; por eso había que pensar, pensar constantemente para que no se colara un presente de carros y camiones pesados, de carretera larga, de barro en los pies, de urinarios fétidos que era todo el camino, toda la geografía que venía primero, a pesar de que Machu-Pichu se alzaba después. Por eso en algunos claros del camino, de madrugada, que pasaban menos carros y no hacía calor, ella pensaba esto es una paja, no llegamos ni a Colombia. Ni a Colombia. Todo el camino pensando porque así pesaba menos, así molestaban menos las paradas a secarse el sudor, las noches indecisas antes de saber por fin que sí, que alquilaban una habitación, las innumerables colas rechazadas, porque quién quiere meter un cuerpo enfermo en su carro, nadie, a menos que esté loco; alguno aparecerá, se decían mutuamente para consolarse y era cierto. Voy hasta Acarigua, no se podía rechazar una cola hasta Acarigua, después venía Guanare, Barinas, luego Mérida, San Cristóbal, Cúcuta y ya era Colombia. Había que seguir, Pamplona, Bogotá, ya cada vez más cerca el Machu-Pichu.

El hombre se bajó a orinar y a comprar cigarros; el cuerpo pesaba menos viajando en cola pero entonces era la preocupación de que no fuera a ensuciarse

* Revista *Extramuro* 3 y 4. Caracas, octubre 1974

el asiento porque botaba un líquido así como marrón. Había que mantener contento al hombre ya orinado y con el cigarrillo en la boca, darle conversación hablando de cualquier cosa. Ya oscureciendo el tipo frena y de pronto ya no se va para Acarigua, está cansado, se va a quedar en San Carlos a pasar la noche y sigue mañana. No tiene ningún apuro por llegar a Acarigua, están la mujer y los muchachos, siempre van a estar aunque llegue mañana, no se van a ir porque no llegue esta noche. Y se ríe, claro, de la absurda posibilidad de que llegara y no estuvieran. También se ríen porque, bueno, de alguna manera darle las gracias por la cola. Y nuevamente sacar el cuerpo enfermo del carro, con cuidado, mucho cuidado, despacio, que no se pegue con la puerta y a buscar otro loco. Pero ya es de noche y va a costar trabajo. Entonces caminar, seguir a Acarigua y dormir allá. Para caminar con la noche y el fresco. Pero es también que la noche quita el pensamiento, porque no hay calor y no se siente el barro, el cuerpo parece que pesara menos y se puede dejar de pensar. La noche está estrellada y titilan, azules, los astros a lo lejos, volvía Neruda. Y de nuevo al dejar de pensar cae la sospecha pesada como la noche, profunda como la noche, traidora y solitaria como la noche, de que todo esto es una paja, no llegamos ni a Colombia, porque mira cómo ha caído la noche sobre nuestras almas y el cuerpo enfermo, cómo la noche hace que el cuerpo enfermo grite como una herida que habla por sí sola y grita eso, no llegamos ni a Colombia. El cuerpo entero, el cuerpo todo es una mancha oscura que se mueve en la noche con bamboleo de entierro y les hace llegar el ruido del Urubamba pero desde adentro, desde adentro de la tierra, del cuerpo mismo, y comienzan a sentir el frío, y a la vez el ruido que se va haciendo más intenso y el cuerpo es cada vez más pesado y cada vez hay menos esperanza. Sólo que llegan a Acarigua y comienza a llover, y ahora el cuerpo mojado es un gran bártulo inútil, una maleta usada que se le despegan las etiquetas pero es una esperanza porque ahora sólo falta menos, algo menos. En Acarigua tienen una dirección y discuten la conveniencia de usarla. La lluvia decide en vez de las palabras y buscan en la noche un número, una calle; el cuerpo entre sus brazos les sigue, tantean puertas hasta que una luz y una vieja les advierten que su tío duerme, pero claro que pueden pasar la noche, pero cómo se vienen desde Caracas con esta lluvia, que no llovía así cuando salieron, y cuándo fue eso; el interrogatorio se hace pesado y ella no teme ya el silencio porque hay el cansancio, los huesos maltratados, la esperanza maltratada, todo entre jirones, el alma entre jirones también como tela vieja y no quiere pensar que tienen veinte años, veinte años parece que tienen caminando, qué ancho el país, qué ancho el mundo, qué lejano todo. Y se ríe del tipo que les ofreció la cola, oye, la ofreció como una gran vaina. Y se ve la lluvia que le chorrea por los pantalones y antes de dormirse le echa una mirada al cuerpo enfermo para comprobar si está ahí porque lo están transportando desde Caracas hasta el Machu-Pichu, no es para que les eche atrás la partida y se quede en Acarigua. La vieja vuelve a entrar,

quiere saber si tienen hambre, si les hará falta una manta. Qué alternativa sino decirle que sí, que traiga la comida, la manta, todo lo que piense, y se acuestan, la lluvia sigue afuera y cae sobre el techo de cinc, enloquece oír la lluvia sobre el cinc, cómo se oirá el Urubamba, profundo como el hambre, negro como el cuerpo enfermo, enloquecedor como el cinc. De esta noche en adelante no hay más direcciones hasta San Antonio. Y le entra un miedo pánico de lo ancho que es el mapa hasta San Antonio pero no se lo puede decir, ni el cuerpo enfermo lo debe saber, ni el alma tampoco, es mejor sólo caminar y seguir adelante con el calor y con el barro y pensar otra vez. Si no cayeran las noches, si no se cansara el cuerpo porque es entonces cuando se cansa el pensamiento, bajo la lluvia, bajo la noche, bajo el cinc, y hay que luchar contra la idea, contra la razón, contra todo lo que dice no llegamos ni a Colombia. Y amanecer temprano para no entrar en explicaciones porque así con los pantalones empapados, el pelo revuelto, el aliento ácido y este cuerpo enfermo no es posible convencer a nadie. Y montaron la caravana como dos camellos perdidos buscando cola hasta Guanare pero pasan menos locos a esta hora, nadie se para, nadie quiere ensuciar su carro, nadie tampoco quiere tomar riesgos. En San Antonio hay menos riesgos, hay una esperanza, está la comuna. Y no pedirán explicaciones. *Explicaciones* se le mete en el cerebro con la fuerza del río salpicando letras en vez de agua, se le rompe toda la palabra por dentro, qué explicaciones para dar en Caracas de esta procesión sin santo, de este viaje sin mapa, de este entierro sin muerto pero no lo piensa más porque le viene un mal presentimiento, una mala vibración como dicen en la comuna, y todo se vuelve en que les ofrecen ácido y chuchos y se le viene la imagen de la vieja ofreciéndoles comida y mantas; debe haber una diferencia pero a estas alturas ya no; hay muchos días desde Caracas, mucho sueño arrastrado en los talones, muchas razones apartadas del camino como piedras; los ojos se le han vaciado con tanto caminar, con tanto ver paisajes diferentes que ya son todos muy parecidos; ya son los puros árboles, la tierra, nubes, sol, luna; el puro esqueleto de la tierra; los nombres vacíos de la geografía a rellenar con las pisadas, el caminar cada vez más lento, entorpecido por el cuerpo enfermo que suena por dentro a vasija rota, a canción de piedras. Y la esperanza, cómo jode la esperanza, cómo pesa por dentro, cómo se la oye rodar en el cauce del Urubamba, cómo desciende a trancazos desde los picos inmensos, cómo brilla entre las piedras. Los muchachos de la comuna están dormidos en una noche de espejos rotos y luz, sueñan que sueñan pero no tienen una misión, no andan con este peso de este cuerpo enfermo, mañana es como todos los días, como hoy, como ayer. En cambio hoy el cuerpo enfermo se ha desperezado, está rugiendo, se ha declarado. Se ve que no es líquido marrón lo que bota, se va aclarando en la mañana que es sangre, amanece así de sangre y le ronca algo por dentro.

Se despertó sobresaltada porque creyó que era el Urubamba por el fragor, por el trueno. Saltan las piedras y el cuerpo enfermo es un gigante que ve su

propio mundo destruido; el silencio es de muerte en la comuna, los muchachos duermen así que no verán nada. Se acercan al cuerpo enfermo y la bola negra de pelos los recibe, tiembla por última vez. Tiembla antes de morir. El pánico les entra por los ojos, seguir al Machu-Pichu, devolverse, quedarse, todo se ha hecho sinónimo. Todo está vacío. Y de pronto todo se inunda con los golpes en la puerta, los muchachos de la comuna saltan despavoridos y huyen por la puerta de atrás. Los Guardias Nacionales los encuentran así a los tres, las almas enfermas, el cuerpo muerto, los ojos doloridos de tanto ver que está muerto. Leen sus nombres, preguntan si son correctos, pero no dicen nada del cuerpo muerto. Sí son los nombres. Por qué nos detienen. No es una detención, es una requisición de Caracas, sus familias piden que vuelvan, mejor dicho, ordenan que vuelvan.

Los guardias se impacientan, están cansados de estas misiones tontas. Van saliendo en fila, los guardias atrás. La bota del último aparta lo negro del suelo para cerrar la puerta. El perro queda volteado, la cabeza viendo para un lado y el cuerpo para otro. Te lo dije que no llegamos ni a Colombia.

1973

Al filo de la noche

Al filo de la noche las pisadas suenan demasiado, las puertas parecen cerrarse con estrépito. Porque quizás el insomne se siente el único ojo abierto sobre la tierra. La noche es una gran tela negra y entrar en ella es abrirle una fina herida por la que a veces rezuma sangre y pus. Cualquier ruido es excesivo, cualquier luz escandalosa.

¿Correríamos la misma suerte? Nos adentrábamos por oscuros pasadizos que conducían a ninguna parte y eso lo sabíamos, habíamos dejado lejos la hojarasca y el barro de las primeras horas, la noche caía eterna sobre los ojos doloridos y el cansancio, seguir era un riesgo, voltear imposible. El campo se extendía infinito como una gigantesca negra manta raya. Al filo de la noche los ojos se encontraban vacíos, insertos en la ausencia oscura, monótona como dos luces amarillas prendidas en el vacío, quién las iba a encontrar. Avanzábamos saltando sobre las ciénagas y los charcos que eran también los vacíos negros ojos de la tierra, multiformes e irregulares, respirando el espacio y el hedor que adónde podían conducir. No lo sabíamos. No era tampoco necesario saberlo porque había una sola vía que inexplicablemente encontrábamos en la oscuridad y la lejanía. El ladrido del perro retumbó en la distancia como una entera jauría, a dentelladas se abría paso entre los matorrales cortando la hierba a golpes de marfil, empapado por el sudor y la baba era como un instante de luz en toda aquella oscuridad. Decidimos seguirlo de lejos intuyendo más que oyendo su carrera, sospechando más que viendo su pelaje confundido con la tierra. Al fondo un grupo de árboles se alzaba como una mano quemada de enormes dedos desarticulados, el perro se lanzó contra ellos y los rodeaba enloquecido ladrándoles y mordiéndoles como si en ello le fuese la vida. Así estuvo por muchas horas, comiéndose la tierra y los árboles, desenterrando quién sabe qué muertos que yacían debajo de los árboles y los matorrales, velados por las noches de grandes ojos abiertos, esperando a todos los perros

Los quehaceres de la tarde •

De pronto aparecieron sus pisadas en las frescas baldosas amarillo-húmedas del zaguán. Las dimensiones de la casa se le hacían profundas, insospechadas. Volteaba hacia arriba respirando la penumbra, intoxicado de olores familiares. La mezcla que provenía de los muebles del salón recién tapizados, como cola plástica, y el remanente de algo frito en la cocina a la hora del almuerzo. Almuerzos interminables en el comedor oscuro de cortinas de terciopelo verde, donde sus padres guardaban silencios sepulcrales para distanciar los comentarios inapropiados de sus hermanas. Midiendo con la vista la altura de la casa, hubiera querido calcular la cifra precisa. ¿Por qué tenía aquella sensación molesta de castillo interminable, de gran cansancio frente a la tarea de subir hasta el final y encontrar su cuarto? Algún día sería ingeniero y las cosas dejarían de ser misteriosas, todo podía ser sencillo y claro si se reducía a una cuestión de vigas y tensiones. Comenzó a subir lentamente hasta el segundo piso y recorrió el largo pasillo que disponía las habitaciones de sus hermanas. Los cuartos vacíos, las camas blancas, todo en orden. Se sintió como visitando un santuario, curioseando las fantasías que los monjes dejaban entre las sábanas. La habitación de sus padres, empolvada y ausente. El Altar Mayor de donde emanaban órdenes, sugerencias, prohibiciones envueltas en la atmósfera, difícilmente separables de la misma disposición de los muebles, del olor de la cola plástica o de la forma de sentarse cada uno después de las comidas. Leonardo, al respirar, hubiera querido saber la diferencia entre la cola plástica y el no poder llegar después de las doce. Pero parecía ser todo un mismo cuerpo de doctrinas, un solo objeto informe que a veces era un sofá retapizado, a veces un papelito sobre la almohada: “ayer llegaste excesivamente tarde”. Y a veces el papelito era por detrás una receta de cocina, y ya eso entraba en la disposición de los cuerpos para la sobremesa de los domingos. Debía ser pensar en todas estas cosas lo que le producía tanto cansancio mientras subía las escaleras. Para respirar mejor abrió la ventana que daba al patio. Le penetró bruscamente una canción fresca que huele a río, a mujer recién lavada, y los dientes blanquísimos de Francisca devolvían el sol de la media tarde.

Se quitó el paltó y la corbata para secarse del sudor de Marianela mezclado en las páginas de la Geografía Económica. Marianela había crecido tanto, sobre todo los senos, era lo que más le sorprendía cómo habían crecido. Pensar en ella le producía un deseo desordenado de animal domesticado, la obligación de celarla a la salida de las clases, de mandarle papelitos. Marianela era de pronto también parte de la casa, del pasamanos de la escalera que acariciaba todos los días al

• Papel Literario de El Nacional. Caracas, 19 de agosto 1973

subir, de las cucharas que retenía entre sus dientes en cada largo almuerzo, de las gavetas donde escondía bajo llave revistas pornográficas, de la ropa bien lavada y planchada que su madre le acomodaba en el armario. Era también una fantasía desconocida en la peinadora de sus hermanas, pero era sobre todo, como los consejos de su padre, un plan a madurar, unas vacaciones a crédito. De pronto le dio lástima que a Marianela se la hubiera tragado también el gran globo y trató de rescatarla pero sólo encontró los senos, sus senos sonrientes, y tuvo miedo de que fueran pequeños globos de aire enrarecido, de que los nítidos pezones fueran el timbre de la puerta y apretarlos fuese entrar en una habitación oscura que también tuviera cortinas de terciopelo verde y muebles retapizados que conservaran el olor a cola plástica.

Se aflojó varios botones de la camisa y dejó que le siguiera penetrando el olor fresco de la canción de Francisca. Sabía que entraba en un mundo húmedo, todavía confuso entre el sudor y el río. Se dejó ir en una barcaza soñada por un río ancho, plácido, que lo mecía húmedamente. Ahora estaba llorando también, sin saber porqué, pero se daba cuenta de que estaba boca abajo sobre la cama y sentía el llanto. Una sola idea, una sola imagen clara, sentir la canción de Francisca más cerca, ser parte de la canción-río; se levantó bruscamente, todavía le lloraban los ojos y se pasó la mano rápidamente como todo un hombre. Francisca, Francisquita sube. Y Francisca tan llena, tan segura de lo que Leonardo quería, desde abajo le sonríe: “tengo mucho quehacer”. Leonardo piensa que él también, que él tiene demasiadas cosas que hacer, tiene que tocarle los pezones para ver si son el timbre de la puerta, tiene que entrarle adentro para saber si hay también muebles ordenados, cortinas de terciopelo; para estar seguro de que puede salir de ella antes o después de las doce, para conocer qué medidas tiene, saber qué distancia hay entre la puerta y lo más profundo, si también se va a sentir solo allá adentro. Y todavía Francisca le contesta que tiene mucho quehacer; sube, anda, Francisquita. Y Francisca accede porque no es el primer hombre que ha tenido, porque ella también está sola en la batea, porque tiene muchos deseos de acariciar al señor Leonardo, tan callado siempre; porque Francisca no piensa mucho en mañana, se ha acostumbrado a vivir cada día como si fuera una canción; sabe que su melodía es corta y pobre y que sólo puede utilizar las mismas notas en distinto orden. Porque su vida está llena de recuerdos amargos que ya no quiere barajar en la cabeza, que de su mucha pobreza que es una vieja historia, ha conservado un secreto joven, una sorpresa cálida para ofrecer al que sufre de mucha ignorancia en su mundo nuevo. Y mientras bambolea su cuerpo, escaleras arriba, entiende que la música sale de muy adentro y a Leonardo le viene a la mente el desfile de pasos sin ruido entre las sillas de entierro, de voces susurradas que trasiegan café y rezos. Padre nuestro que estás en los cielos. Vénganos un café. Hágase bien cargado y en su

nombre, por los siglos de los siglos. Gracias. El sacerdote abre su maleta de titiritero y explotan los objetos litúrgicos aprisionados por años de rito y polvo. Leonardo teme sonreírse pero tiene la certeza instantánea de que de pronto revolotearán palomas y conejitos sobre las cabezas ovilladas de las rezadoras, de que detrás de los pañuelos de colores surgirán huevos y anillos, rociados por el hisopo que dará vida y magia a los objetos. Piensa en su padre que es un espectador silente y con las manos trenzadas. En su cara cansada, de huellas profundas, sus ojos de indio. Ahora es puro cristal y cera. Tiene puesto un flux negro y la tela parece plegarse suavemente sobre un armazón de espantapájaros. La cera ha invadido también la bandeja de las tarjetas de visita. Distraídamente la rasca con un dedo y se asusta al comprobar que apenas ha caído ya está dura, seca y fría.

Ahora quisiera estar seguro de que el sudor de la camisa viene del olor de Francisca, de la presencia de Francisca, de la mano de Francisca acariciándole la frente. Pero de nuevo todo aparece empegostado y siente que la cera de las velas es una pasta viscosa que se adhiere a su cuerpo. Los senos de Francisca son dos grandes esferas luminosas y pulidas que teme romper entre las manos. Oír el ruido de los vidrios quebrándose como las palabras que parecen astillarse dentro de la voz de su madre: trata de pegarlos, de pegarlos, de pegar... Por un momento sospecha la presencia de Marianela detrás de las cortinas. Sigilosa, suave, viéndolo con una risa que trata de ser ingenua pero que ya no lo es. Es sólo el aire que infla la cortina que de pronto se abulta como un seno gigante y que le hace dudar de los que tiene entre las manos. Francisca, Francisca, ¿estás en la cortina? La descorre furioso y es la imagen de los cirios velando el cadáver de su padre. El humo de la cera rodea las manos huesudas y largas de sus tíos cerrando el ataúd. En la piel blanca destacan los caminos azules de las venas y Leonardo pensó que formaban una encrucijada de la que ya no podría salir. Su tío Antonio le cede el honor de ser el primero en aupar el féretro. El sacerdote alarga una salmodia incomprensible de la que le molesta oír mencionar a su padre como “tu siervo Leonardo”, porque piensa que su padre fue un hombre humilde e ignorado pero libre de toda servidumbre. Son palabras espesas a través de las cuales brillan los rostros llorosos de sus hermanas y el perfil impasible de su madre. Siente un deseo inmenso de correr hacia ella, a sabiendas de que ese sería el mayor irrespeto al dolor de todos. Y la deja apoyada lánguidamente contra el marco de la ventana. Piensa en una estatua policromada muy frágil, si se atreviera a tocarla. Quisiera definirla, conocerla, abarcarla, pero sabe que la mirada de su madre va mucho más allá que su cabeza o sus brazos, se pierde en un campo infinito del que desconoce todo, pasan frente a sus ojos casas y árboles lejanos, un tren perdido en una montaña de polvo. Y siente el cansancio infinito de tratar de alcanzarlo, mientras que ahora descansa sobre el cuerpo de la mujer que

parece sabia y secreta, conocedora de cuanto él desea saber. Francisca se levanta, arregla las sábanas y deja abierta la ventana, se cierra detrás del entierro y oye el andar débil y cansado de las viejitas plañideras cuyos nombres no recuerda, pero que se mueven blandamente dejando huellas tenues sobre la alfombra y circulando en un orden de hormigas.

Leonardo salió también de la habitación con pasos imprecisos que lo fueron llevando inevitablemente de las escaleras a la calle, hasta un parque. La luz al final de la tarde abrió una ventana a un mundo de niños correteando, que eran regañados por sus madres mientras los padres de las madres tomaban cerveza. Policías de permiso enamorando sirvientas, estudiantes enamorando estudiantes, estudiantes estudiosos, mesoneros sirviendo las cervezas de los padres de las madres. También aquí había un orden en el que se sentía vagamente excesivo. Había un rumor opaco de voces y gritos entremezclados de olores que le llegaban como golpes QUENOLE PEGUES/ TAIMATAIMA/ DOS CERVEZAS/ ATUHERMANA, todo el olor, sudor de olor jazmín, de olor gente que llegaba desde cada apartamento vaciado por el sol y la tarde de domingo. Se dio cuenta de que en ese momento la soledad era no tomar cerveza, no jugar policías y ladrones, no ser regañado por, y pensaba si la soledad era a la vez tan poca cosa o tan terrible.

Los paisajes eran todos muertos, se morían del tedio de ser grises y marrones, de ser cruzados por las líneas horizontales de la luz o del teléfono, de ser una bambalina de cartón colocada al norte de la ciudad para dar impresión de vida, de contener sólo animales y guardabosques y casitas ocultas que hubieran jugado un papel si esto fuera un cuento de hadas. Y abajo la ciudad, como una madre llena de hijos anónimos, indiferente, trajinada de muchos hombres y empobrecida por su paso rápido y desconsiderado, como Francisca, pensó Leonardo, que me acogió sabiendo que yo era en ella un fugitivo, un pasante apurado, un cazador furtivo. ¿Qué será ahora de ella, mientras yo me paseo libre y pretencioso por el parque?, ¿continúa lavando años polvorientos, recorriendo sueños gastados, gestando recuerdos que la devoran? Casi le daba remordimiento. Si se hubiera quedado, si le hubiera oído su historia, pero todo en el mundo tiene una historia, de los pocos privilegios que todos compartimos y que no cuesta dinero. Si hubiera hecho un gesto por detenerlo, por frenar su paso ausente por la vida, sus manos en los bolsillos; pero Francisca tenía en su mirada la sabiduría de viejas resignaciones, la humillación diferida de los que no esperan nada del momento y creen a ciegas en un futuro que es siempre prometedor porque siempre viene después, después de qué, pensó Leonardo, después del hambre, de los hijos inciertos, del trabajo adormecido que arrastra a cada paso los momentos de unas vidas que también son únicas e irrepetibles, de las vidas mal vividas que parece mentira que no tengan un segunda edición mejorada. Bueno, y

después de todo qué, se consolaba Leonardo, yo la gocé y ella me gozó, y así son las cosas entre los hombres y las mujeres; yo en cambio paseo solo por este parque y tengo tantos problemas, la Universidad, Marianela, mamá y mis hermanas, encontrar una buena posición, casarme, tengo casi más problemas que ella, soy un hombre y los hombres tenemos que luchar, no soy tampoco un niño millonario. Pensaba estas cosas y le parecía que tenían un marco en el parque, que era lo que debía pensar de acuerdo a no se sabe qué normas que no se sabe quién traza, que eran planes plausibles con la cerveza que los padres tomaban mientras las madres regañaban a los hijos de los padres. Sólo que no sé, le entraba la duda, todas estas mesitas y estas cervezas están en su sitio, demasiado en su sitio para ser verdad, y si alguien interrumpe y dice “se acabó la función”, y de pronto todos aplauden y los niños lloran porque no les gustó. Y Francisca me sonríe con su boca abierta de dientes sanos, su carne engordada, su vientre amplio y orgulloso, y si todos saben que estamos jugando y yo soy el único que creyó que esto era así. El único que no se fijó en que la montaña era de cartón, que la cerveza era líquido coloreado, que los árboles del parque estaban pintados en un telón de fondo, y de pronto descubro los remiendos que se le han hecho de presentar tantas funciones. Se interrumpió porque oyó muchas risas y gritos, y a su derecha había un mundo de color que había olvidado; sin saberlo se sentó frente a un teatro de títeres que iluminaba un vacío del parque, bueno, ésta es la última, me voy a poner a ver unos títeres como si fuera un chamito y a lo mejor hasta lloro.

Los niños se van de espaldas con sus globos en la mano, caminando despacito y dándole pataditas a una piedra mientras las mamás se comen las últimas papas fritas de la bolsa. La música de la retreta ya lejana, las mesas vacías, las cervezas salpicadas por el suelo, con un paso lento de hombre viejo, con la frente orgullosa y vencida en el cansancio y el recuerdo avanzó por el silencio; los pies arrastrándose sobre el calor gastado de la tarde y los papeles sucios de los parques en el solitario atardecer de los días patrios.

Cuentos, 1983-1989

Cuentos de pasillo

Recorre un pasillo de la facultad y encuentra a un viejo conocido. Cruzan los inevitables, tanto tiempo sin vernos, qué es de tu vida, no había sabido de ti, y aplazan un nuevo encuentro, esta vez sin azar pongámonos de acuerdo; consultan horarios mutuos y otras obligaciones pero no aparece el momento adecuado. Una vez que se han reencontrado pareciera ahora que es muy fácil coincidir, constantemente el pasillo los vuelve a acercar. De nuevo recordatorios de la cita pendiente, cuándo hablamos, cuándo recordamos cosas de antes, nueva consulta a los horarios y nuevo aplazamiento. La cita comienza a tomar aspecto de inevitabilidad. Cada vez que lo ve, duda de nuevo si verdaderamente existe una razón para tanta insistencia, si no será suficiente con el encuentro de pasillo, entre los libros que cada uno lleva y el apuro de una clase que empieza; pero él pareciera estar convencido de la importancia de esa tarde en la que por fin se van a sentar largamente para hablar de un pasado en común que no existe, que apenas es tocado se desvanece porque sólo cuenta con algunos encuentros en salas de cine-arte, canciones de protesta, o bares de bohemios de ocasión en los que se comentan alguna película reciente (vaga vocación de cineasta), libros de poesía (vaga vocación de poeta) y luchas políticas perdidas. Magnificado el pasado inexistente, y sugerida una relación mutua que nunca fue percibida por ninguno de los dos protagonistas, comienza a hacerse el vacío en el cual debe aparecer el motivo de la cita ya tan esperada.

Comienza a hablar de su mujer, intrépita joven que se sumerge en paraísos desconocidos y en subrepticios viajes a los países del porno-shop; vagas anécdotas se confunden y se hace difícil seguir el hilo de una narración en la cual la joven intrépita entra en una tienda para comprar una película y confusamente el vendedor la supone una modelo que desea protagonizar algunas tomas. Paulatinamente la intrépita joven empieza a tomar cuerpo y su imagen ocupa toda la conversación, por lo que se siembra la duda de si en realidad el encuentro estaba destinado a admirar las proezas sexuales de la joven, que lo mismo da un tetero a un niño que se desnuda frente a la cámara que la enfoca engullendo el pene de un chino obeso. Ella mira la hora pensando que quizás el encuentro ha sido un error y ambos se confundieron con otros personajes que también pululaban en el pasillo, pero algunas referencias a amigos comunes parecen confirmar que sí, que ellos son los amigos que se buscaban y que su motivo central era descubrir el personaje que él tan bien guardaba en el bolsillo. De pronto, del mismo bolsillo saca un billetero y del billetero unas fotografías de la intrépita joven, esperando un comentario de ella acerca de la belleza y atractivo, por supuesto indudable de la fotografiada. ¿Cómo decirle lo contrario?

Naturalmente, si ella quisiera conocerla, cualquier día la cita pudiera ser trasladada al apartamento, pero sólo un día en que ella esté de vuelta de alguno de sus intrépidos viajes, por el momento y desgraciadamente, ella está ausente, nada que hacer. Vuelve a mostrarle la fotografía esperando que a ella le, pero a ella no le, y bruscamente cierra el encuentro para hablar del pasado. Mientras se despiden recorren el pasillo y él comenta alguna publicación de cine que ella desconoce y paralelamente, en forma difícilmente relacionada, comenta también las dificultades que se plantean para realizar encuentros con anunciantes de periódico que aspiran a comunicaciones grupales, a lo cual ella le contesta que, efectivamente, debe ser muy difícil. Se despiden sonriéndose con la absoluta seguridad de no volverse a encontrar, y el pasillo no reproduce más lo fortuito de su conversación.

Todos juntos

Para entrar en su vida por cualquier punto sirve el timbre de la puerta que abre su madurez húmeda, recién mojada de la ducha, de mujer anodina debajo de la bata de baño que sugiere una intimidad despreocupada cuidadosamente calculada para coincidir con el timbre y subrayar lo obvio:

- Me estaba bañando, siéntense, siéntense donde quieran y se toman una vodka -que aparecía detrás de las palabras como una orden para ser disfrutada entre los muebles de lujo y la alfombra de mucho pelo hasta la nueva orden que era contemplarla mientras bajaba las escaleras con la misma humedad pero distinta ropa y se sienta retomando el problema de la vodka:

- ¿Seguro que no quieren otra cosa?... Me da pena haberlos hecho esperar pero estoy tan ocupada con los planos de la nueva casa... -para que cualquier idiota pudiera preguntar, más bien afirmar:

- Entonces ¿te mudas? qué lástima. Esta casa es tan bella...

- Ah, pero alquilada, siempre una casa alquilada es tan limitante... por ejemplo, yo hubiera preferido disponer algunas de estas piezas en el hall pero entonces era necesario levantar un muro de media altura, en fin, una complicación, son esas cosas que tú no puedes hacer en una casa alquilada, ¿te das cuenta? -Y el *tú* marcaba una pausa democrática para que todos sintieran la carencia de espacio para sus piezas de arte.

- No quiero una casa demasiado grande porque cualquier día las regalo a un museo, pero claro siempre están algunas de las que no podría desprenderme, y después de todo, Jorge ¿está bien fría?, después de todo es bien agradable vivir en una casa que es de uno -mirando a la audiencia para ver si la frase despertaba alguna duda y continuaba:

- Nosotros con mamá siempre teníamos casa -. Había un dolor lejano en *nosotros* y una ojeada rápida para saber si los que oían eran *nosotros*, recalcando:

- Mamá siempre se ocupaba del jardín, no hubiera concebido una casa sin jardín, y siempre estaba haciendo arreglos, cambiando una cosa, inventando algo. No una casa grande porque nosotros nunca hicimos vida social, yo tampoco hago vida social.

Los que oían entonces con el vaso en la mano y meciéndose levemente en los huevitos blancos rozando el pelo de la alfombra se desconcertaban con la incómoda sensación de que estaban allí para otra cosa. Venía entonces una frase tranquilizante:

- Si acaso reunirse con unos amigos, eso permite mucho usar la casa, porque yo, por ejemplo, si estoy sola no se me ocurre nunca bajar a este salón, ¿te das cuenta? -. Y *¿te das cuenta?* temblaba en toda la habitación aludiendo a tantas cosas que no se podían mencionar. En cambio se podía decir:

- Es una casualidad que hoy que han venido ustedes yo vaya a salir -, dejando el silencio suficiente para recoger:

- ¿Cómo, no nos acompañas a comer? Pensábamos invitarte a un sitio nuevo que acaban de inaugurar...

- Imagínate cómo me gustaría pero - venía una razón poderosa - está aquí este arquitecto, Jorge, te ha hablado de él, Sempar, es un americano muy interesado en hablar conmigo y me pidió como un favor especialísimo que nos viéramos hoy, sí te he hablado de él, es un tipo sensacional, no puedo negarme, está por unos días solamente.

Solamente desplomándose por la alfombra con la lentitud suficiente para que fuera imposible descartar la hipótesis de que con el arquitecto esos días aludían a otros días en algún momento, cómo podría negarse a qué, dicho como si fuera a entregar el alma, la vida. Me molestaban esos detalles de patetismo que lograba producir.

- Bueno, quizás lo que podríamos hacer entonces es almorzar mañana que es domingo en alguna parte fuera de la ciudad, algún restaurante en la carretera.

- Me encanta, me encanta la idea, un almuerzo municipal.

Todos reían y la alemana resentía esas salidas del lenguaje que por lo visto no le enseñaba la profesora de español. Diferencia entre municipio y parroquia. No, eso no era, pero podía oírlas, podía sentir la desgarradura de sus palabras cuando afirmaba algo tan simple como:

- Hoy estuve arreglando un poco las matas, tenía tanto tiempo que no lo hacía.

No podía evadir que aquel *tanto tiempo* venía envuelto en un tono de convaleciente de larga enfermedad que por fin vuelve a la vida para arreglar las flores, de casi soldado ex-combatiente. Todo se le mezclaba en una profunda admiración malignamente salpicada de la duda de que quizás su alemán hubiera revenido también de ese tiempo, si ese tiempo aludía a algo entre ellos. ¿Cuándo? ¿Quizás las vacaciones pasadas cuando ella estuvo de viaje? Pero no, no era posible, se reinstauraba la calma. Porque ahora ella estaba hablando de lo que había hecho en ese tiempo, de aquella casa con mamá que había sido en otra parte y se venía entonces un aguacero por calles estrechas que subían hacia casas poderosas o quizás ella en una hamaca disfrutando con el arquitecto lo que debe

ser un amor tropical. Como Elizabeth Taylor en “La noche de la iguana”, pero no, borraba esta imagen por parecerle excesiva, mirando con temor a su marido.

- Estas vacaciones quiero una cosa tranquila, tú sabes, conservo allá muchos amigos, siempre tengo que hacer, definitivamente pienso en unos días de calma, sin compromisos sociales, y tener el tiempo de ver algunas cosas que me interesan enormemente.

Aquí venía entonces la explicación de las avenidas sombreadas, de la vieja casa de colonia, de las reuniones de viejos exilados, y:

- Tú sabes lo que tiene más atractivo es que sigue ofreciendo la posibilidad de descubrir una pila de cosas. Días extraordinarios porque puedes explorar, encontrar lo inesperado. Ah, lo adoro, sería sensacional si alguna vez pudiéramos ir todos juntos. Tú no has estado nunca, ¿verdad?

Bostezaba con disimulo pero al mismo tiempo estimulado por aquella mujer que cuánto podría manejar, millones, una mujer que maneja millones y hablando tonterías, siempre insistiendo en vernos, en pasar largas noches juntos, es fácil hacerlo si todo lo puede resolver despertándose a las diez de la mañana. Una mujer que podría darme entrada a mil posibilidades y aquí nos tiene, reducidos al plato exótico de ser los europeos de turno, a deslumbrarnos con los muebles que no puedo comprar o con la ropa que mi mujer no se puede poner.

- Y tiene esa ventaja que todo es muy informal, yo ando siempre con mis *jeans* y un sombrero de paja, a todas partes voy así.

- Y por cierto, supongo que no vas a salir con ese pelo mojado y esos pantalones, creo que nos deberíamos ir para que tú tengas tiempo de arreglarte y mañana será otro día.

- Pero no, Jorge, ¿cómo se van a ir temprano? Hasta las diez tengo tiempo, además Sempar es muy loco, me hago cualquier cosa en el pelo y estoy lista en un minuto.

En un minuto puedo perder esta despedida que debo salvar ahora para nunca fuera del tiempo, quedarnos en el momento que podemos desarticular de los días, de los esfuerzos que vendrán, las palabras que anudaremos, los gestos que quedarán en el aire, quedarnos siempre fuera del amor, fuera del odio, fuera de todo lo que avanza. Nadie podría detenerla ahora en todo este tour del Caribe dedicado a los alemanes que escuchan emocionados y en las alusiones de vez en cuando a Sempar para saber si todavía siento celos, si me fijo en sus senos que claro que se los estoy viendo moverse debajo de la blusa sin sostén, tendría que ser ciego, y veo también la soledad que le brinca entre los pechos y de nuevo quiero rescatarla, devolverla de esa esquina del tiempo sin decírselo, salvarla sin tragedia y sin ruido, banalmente como es ella, con todos los sentimientos bien

recogidos y doblados, sin que ninguno se sobresalte, introducirme de nuevo en su vida como un lugar común bien desgastado cuya presencia nos es necesaria para hablar sin saber ni siquiera que lo estamos pronunciando.

Podrían irse ellos y quedarme yo. Sacarla por una hora aunque fuera de su falsa indiferencia y hablarle de lo que realmente le interesa. No me engaña en su postura, es una mujer fría, calculadora, el dinero se hace así, estoy seguro de que ese Sempar representa algo más que una cena en un lugar de moda, conozco a los americanos, un rato para el amor y otro para el negocio. Si yo me quedara solo con ella podríamos hablar, proponerle asuntos en los que seguro se interesaría, una mujer que tiene contactos de todas clases, con esta casa y estos cuadros y toda esta baratija precolombina, no se logran esas cosas hablando por hablar. Pero mi mujer enseguida sospecharía otra cosa, tiene celos hasta cuando duermo. Con esta mujer creo que solo después de haber concretado algo sustancioso me iría a la cama, porque eso la halagaría, estoy seguro.

Para pensar en amarla tendría que haber sido hace mucho tiempo, en tantas ciudades que podríamos haber recorrido juntos, en tantos días. Me aburre verla ahora con esta gente que hace venir para divertirse, para oírlos balbucear frente a su manera de vivir dejándola caer de su encanto previsto en cada silencio, cada frase, en sus gestos que pretenden hacerme creer que aún me ama, obligándome a jugar a que todo está igual y que yo me muero de celos por el arquitecto o por el alemán. Quisiera alguna vez verla perdida o abandonada de algo.

- Insisto que no, tu arquitecto no debe esperar.

- Verás que sí, lo llamo y cancelo el compromiso. Es sencillo y de inmediato nos servimos todos otra vodka. Vamos a oír música seria, algo como Bach, todos los intelectuales oyen Bach, ¿no es así, Jorge? Voy a abrir la terraza, la noche está tan rica.

Entonces esta noche no. Pasó de la pose frívola a la intelectual. Si le menciono algo relativo a dinero me diría, pero cómo me hablas de algo así en una noche tan sensacional como ésta. Necesitaré más tiempo hasta que se le agoten todas las poses y salga la que verdaderamente es, no será oyendo a Bach que ha conseguido su fortuna. Es una mujer que no logro entender bien, quizás observándola con más cuidado pueda comprender que es lo que quiere de nosotros.

Quizás la estoy juzgando mal, lo mira sólo para inquietarme, para que me remueva incómoda en esta silla que no logro estabilizar y crea en su juego equívoco. Me parece que más bien el asunto es entre ella y el escritor o escultor, no sé si entendí bien. Estertor. No, se me confunden las palabras y la vodka se me está subiendo a la cabeza, me distraigo de lo importante. Qué es lo más importante. Canceló la cita con el arquitecto, es mucha casualidad, la forma que

tiene de verlo, de dirigirle las frases, “no sería sensacional que fuéramos todos juntos”, ir a dónde, de qué viaje habla, juega a que soy sólo una provinciana disfrazada de ambiente internacional pero me doy cuenta de sus frases alusivas y entiendo que él quiera variar un poco.

Son mucho más de las diez. Me da la impresión de que mi mujer tiene sueño pero esto puede ser importante. Después de otras cuantas noches, ricas, como dice ella, podríamos invitarla a comer en casa, sin el escritor, más adelante tengo la impresión de que nos entenderemos.

Hoy por hoy es imposible pero quizás en un momento me pareció que se le escapaba cierta tristeza por el pelo, por la ropa, nunca una tristeza del todo de ella, sólo una tristeza pegada por encima, que le resbala por el cuerpo y que caía sobre el piso, enredándose en los pelos de la alfombra que me venía cerca hasta los pies. Quién la interrumpe en este momento clímax en que le cuenta a los alemanes su viaje de exilio en la infancia, las sirvientas negras bañándola, su padre conspirando, el suicidio de su madre y toda la pausa que fue su adolescencia en la que entro yo como personaje principal; naturalmente va a encubrir mi nombre con alguno falso pero ahora viene la explicación de lo que fue su verdadero amor de adolescencia, les va a contar una larga tarde de amor que no vivimos y va a decir que fue rodeado por el olor cálido de los camburales en una hacienda, hasta que yo oiga de nuevo su risa extendiéndose en todo el espacio que fueron, sí, las innumerables frases entrecortadas que nos dijimos y que me es absolutamente imposible recordar. ¿De qué hablábamos entonces? Creo que no hablaba nunca, que a veces algunas palabras parecían decir otra cosa pero en realidad todo es un largo silencio, que se descuelga en toda la noche como sonidos vacíos que quiero desentrañar y ella está al final. Quizás amarla para saber si está en su cuerpo, aunque tengo la sospecha de que no lo habita desde hace tiempo. Y ahora es el momento en que ella diga algo como:

- ¿No es sensacional que estemos pasando una noche así todos juntos?

Porque, ¿qué otra cosa podría decir? ¿Qué otra cosa para evitar que una frase grave, una confesión pudiera abrir el tiempo?, una vez dicha es demasiado tarde. Cada quien tendrá que ser él mismo, el tiempo obliga a eso, a ser nosotros mismos, a amar con nuestro amor, a cansarnos en repetirlo. A ellos les sobra tiempo, creen que les falta pero por el contrario les excede. Tienen breves importantes proyectos a realizar y piensan que es cuestión de tiempo, de esperar a que llegue el momento. Y una vez que llegue sus proyectos caerán y dejarán de serlo, y ellos estarán definitivamente perdidos en sus gestos, como un actor confundido en su personaje. Me buscan, esperan que yo les dé algo, que yo por fin me convierta en un deseo como ellos, que también empiece a contar los

minutos que faltan para realizarlo cuando yo sólo amo el transcurso, la espera de que no suceda absolutamente nada.

- ¿Cuánto tiempo ha pasado? Debe ser tardísimo. Perdí la noción de la hora.

¿Lo ven? Ella también quiere su tiempo, desea fervientemente que pase, que llegue la hora de irse a su casa, de hacer el amor con su alemán, de levantarse temprano, de lavarse los dientes y maquillarse, de abrir el negocio para abrir la vida y así cerrarla para siempre. Quisiera ayudarla, impedirle que lo haga pero no sé si será posible. Quiere tanto su tiempo.

- No importa la hora. La noche es joven, ¿no has oído decirlo?

- Sí, pero yo no tanto. Tu arquitecto esperó indefinidamente pero yo de vez en cuando tengo obligaciones, mañana, por ejemplo, tengo algunas.

- A las diez de la noche no te has ido de ninguna parte nunca. Estás perdiendo tus costumbres de bohemio serio.

- No pueden ser las diez. Hace rato me asomé y estaba empezando a amanecer. Estoy segura porque miré el reloj y eran las cinco, te lo comenté, ¿no es cierto?, te dije vámonos porque es muy tarde.

- ¿No les sorprende a ustedes qué rápido es el amanecer en el trópico? Tengo unos amigos franceses que me decían que lo más llamativo les había parecido la rapidez de los atardeceres y amaneceres?

- Sí, verdaderamente, a mí también me causaba extrañeza. Supongo que es cuestión de costumbre, hoy en día no me parece raro.

- Pero son las diez ¿de qué día?

- Quizás bebimos más de la cuenta y pasó todo el día de mañana. Pero no, es imposible. Vámonos por favor. Tengo miedo.

- Esto se va haciendo cada vez más, más... ya no es de noche pero tampoco amanece, comienza más bien a oscurecer, de nuevo el sol cae. Es muy excéntrico, ¿tienes un juego de luces en el jardín que logra estos cambios?

- Por favor, quisiera irme, estoy muy cansada, creo que bebí demasiado. Mañana tengo muchísimo trabajo.

- Sí, hemos pasado una noche muy agradable. Jorge, me gustaría que nos volviéramos a ver. Querida, te llamaremos la semana que viene y quizás podamos invitarte a ese restaurante, o comemos en casa.

- Sí, eso es. Comeremos en casa. Cocinaré algo que te gustará, pero ahora por favor, ya es hora, no nos quedemos más.

- ¿Hora de qué? Ha terminado el atardecer, el sol está nuevamente en lo alto, se han disipado los violetas y amarillos y el cielo está azul otra vez. Está empezando a hacer bastante calor.

- ¿Lo ves? Ya ha amanecido.

- Pero no, el sol se mantiene declinante.

- Siéntense y esperemos. El arquitecto me va a llamar a las diez. Aún tenemos tiempo suficiente.

- El va a llamar pronto. El nos va a salvar de esta situación embarazosa.

- Así es. Mientras tanto me parece sensacional pasar esta noche todos juntos.

1.

Se imaginaba una narración construida con personajes de diferentes libros en un encuentro ficticio de situaciones ya escritas que se entrecruzarán por momentos, y continuarán sus vidas noveladas en las novelas de otros, produciéndose probablemente gran confusión y desconcierto. Le entretenía trasladar sus preguntas a quienes tenían finales conocidos y sellados mientras dejaba pasar el tiempo y recordaba que había entrado porque no era todavía la hora de un compromiso pendiente. Por distracción, por llenar un momento, abrió la puerta de una librería del centro. Se paseaba de un estante a otro mientras el dueño anotaba pedidos y fumaba distraído de ella permitiéndole que repasara sobre todos esos títulos que están siempre ahí esperando al lector desconocido. Los veinte poemas, novelística contemporánea, un bestseller, acerca de la sexualidad y el capitalismo, sobre la educación y la libertad, nuevas ideas para el diseño, último premio Casa de las Américas. Le divertían los nombres complicados, por ejemplo, “Teoría Estructural del Sujeto en la Lingüística y el Materialismo Histórico” y descubrir intrusos en medio de aquella complicación, como un manualito de “¿Qué sé yo de los Ovni?”; o incongruencias, en el anaquel de poesía latinoamericana, una guía turística de Austria. También alguna contradicción, nombres que no estaban bien juntos, que podían llevarse mal, parejas imposibles. Las librerías le parecían un salón en donde los autores convivían, y como si fuera su anfitriona, le preocupaba que los invitados quedaran sentados al lado de otros que pudieran desagradarles. Preguntó por un ensayo sobre el amor que buscaba desde hacía días pero el librero no lo conocía, tampoco hizo ademán de interesarse y proseguía con sus largas listas de referencias. Alguien que no espera pretextos de mí. Alguien que le permitía seguir con los libros y sus preguntas, que le parecieron un recurso agotado, y antes de salir recorrió las revistas. Le llamó la atención una portada y la hojeó, en el interior se leían algunos poemas, artículos de crítica, algunas reseñas, lo usual, no resultaba demasiado interesante hasta que una foto se destacó del conjunto. Era una foto sin ningún detalle o noticia que la hiciera corresponder al autor de alguno de los poemas o al sujeto de una entrevista. Ningún pormenor. Parecía más bien una foto de pasaporte o de carnet que no se habría incluido por motivos estéticos, como si estuviera en la revista por descuido o error de encuadernación, quizás perteneciente a otro número. Revisó de nuevo el ejemplar, página a página, pero la explicación no surgía o ella no la encontraba. Venía después de unos poemas y antes de unas reseñas de libros,

reseñas anónimas sin mucho texto. Le preguntó al librero quién editaba la revista, si conocía a los miembros del comité de redacción o a los autores. El hombre subió los anteojos para acercarse las páginas y dijo “qué raro”. “¿Qué raro, qué?” “Que raro porque esta revista no la conozco, no la he pedido a las distribuidoras ¿dónde la compró?” “No la he comprado, estaba aquí, en este estante.” “No creo -le contestó-, yo mismo hago los pedidos, el muchacho que me ayudaba ya no trabaja aquí pero de todas maneras él no hacía los pedidos”. No estaba muy interesado en pequeños misterios y quería dar por terminada la conversación. “Pero quizás pudo hacer éste”, insistió ella. Se puso otros anteojos y buscó el nombre de la editorial, no lo tenía. “Pero alguien debe haberla colocado donde estaba”, razonaba. “Mire -le contestó el hombre levemente irritado-, si usted quiere llévesela porque ni le han marcado el precio, debe ser que alguien se la dejó olvidada”. Salió de la librería con la revista y al llegar a la esquina volvió atrás. “Disculpe otra vez, no quisiera molestar pero el muchacho que trabajaba antes, ¿sabe cómo encontrarlo?” Acabáramos, pensó el librero, ni está matando el tiempo ni le interesa la revista, si venía a buscar a Manuel me lo podía haber dicho antes. Cerró la puerta y ahora sabía que Manuel Sánchez era estudiante de Biblioteconomía.

La hora de la cita en la oficina de seguros se había pasado. Apenas tendría tiempo de pagar el recibo del teléfono y buscar a los niños en el colegio. A pesar de la cola para los pagos, el tráfico, el llanto de los niños porque había olvidado comprar un sacapuntas y algún otro inconveniente menor, logró llegar a su casa y sentarse a almorzar para estar puntual en la oficina. Faltaba sólo recordarle que buscara una blusa en la tintorería de vuelta a casa.

Hasta la noche no volvió a pensar en la revista. La había dejado sobre la mesa entre un montón de papeles, folletos, otras revistas. Era un objeto preocupante. La volvió a abrir experimentando un desorden, una incómoda relación entre ella y la foto. Se dio a la intriga de cómo descubrir a Manuel Sánchez, qué posibles coincidencias o nexos harían posible un encuentro. Si era estudiante de Biblioteconomía podía llamar a una amiga y preguntarle si tenía un alumno llamado Manuel Sánchez. No, no lo recordaba en ese momento, pero quizás en otra sección, qué año cursaba. Durante varias llamadas fue protagonista de trama interrogando a desconocidos profesores por un desconocido alumno y dejándose llevar por la inquietud cada vez más marcada de que nadie parecía conocerlo hasta que finalmente alguien le contestó que sí, claro que lo conozco pero no sé dónde vive, creo que se fue a su pueblo pero no tengo su dirección. Quizás si aparece por aquí podría decirle que usted está interesada en hablar con él. ¿No la conoce? Entonces no sé, si quiere llámeme más adelante. Sobre todo pensaba cuando más adelante encontrara a Manuel Sánchez para preguntarle si él había colocado la revista sobre el estante, y lo que sería de más impacto, cuando

le preguntara si conocía al hombre de la foto o si era él, y Manuel Sánchez dudara de su cordura mientras que a ella cada vez le parecía más lógico todo, más sensatos sus pasos, más razonables sus intenciones, más plausibles sus excusas, más serios sus proyectos de ir a visitar a Manuel Sánchez, y cada vez más ajeno el orden otro donde quedaba una póliza de automóvil por renovar, unos niños que recoger en el colegio, un trabajo pendiente por realizar, un cumpleaños de mamá, una cita con el odontólogo, un pésame que dar, unos amigos que visitar, un periódico que leer, un concierto que escuchar, una noche que dormir, una vida y una muerte que morir, y Manuel Sánchez no tenía razón de ser y era tan verosímil y esperanzador.

Día a día encontrarlo se convertía en un sentido implacable, absoluto, impostergable. Los niños se le hacían más lejanos, los recibos por pagar menos acuciantes, su trabajo menos existente, el amor de él menos presente era cada vez más un goce empalideciendo. Me gustas cuando callas porque estás como ausente, le decía él en broma, y ella le contestaba, y me oyes desde lejos y mi voz no te toca. Seguían la rima un rato y se reían, y después hacían el amor pero un amor vigilado por Manuel Sánchez desde alguna parte y era terrible su presencia. Comenzó a imaginarse cómo era durmiendo, cómo se movía, qué ropa usaba. A discutir con él, a estar en desacuerdo pero también a llegar a entendimientos, a aceptar vías comunes; al principio sus experiencias le eran desconocidas, sus amigos anónimos, sus mujeres extrañas, pero poco a poco fue sabiendo de él, hilando su historia como se va haciendo en el curso de una amistad, de un amor, de una vida en común. Fue sufriendo por sus expectativas no cumplidas, por sus fracasos, participando de sus éxitos, inundándose de sus alegrías, y estaba cada vez más segura de que la foto de la revista era suya, que él la había dejado allí para que la viera, que era él quien había preparado ese encuentro y la había pensado a ella desde quién sabe cuánto tiempo.

De vez en cuando volvía a mirarlo y luego escondió la revista entre muchos papeles archivados en desorden con la tranquilidad de quien entierra un muerto cuya agonía se estaba ya haciendo insostenible y se abandona el cementerio prefiriendo la contemplación tranquila de la muerte a la compañía de la vida dejando de serlo. Volvió a descubrir a sus amigos, a invitarlos y hacerse invitar. A que pasaran noches de sábado comentando un reciente divorcio, burlándose de algún engreído personaje, rememorando épocas pasadas, criticando actitudes indignas, relatando anécdotas de pequeñas camarillas, cuestionando incongruencias en la educación de los hijos, haciéndose bromas, última película de Woody Allen, acalorada discusión sobre el Ayatollah, alguien pone un disco, alguien canta un bolero, alguien explica una receta de cocina. Volvió a interesarse en su trabajo, a molestarse porque los niños no hacían las tareas, porque él no le había dejado el dinero de un giro, a pintarse unas canas fuera de lugar, a regar las

matas, a preocuparse por la enfermedad de un amigo, por la soledad de mamá. Retomaba el orden a través de los compromisos y detalles y le parecía bien que le volviera, y que al fin y al cabo todo estaba en su puesto. Restauró su amor sin la presencia de Manuel Sánchez, sin que él la mirara gozar o esperar, hasta que fue desapareciendo tanto que casi empezaba a recordarlo.

Le venía el olvido desde una discoteca alguna vez de moda, discoteca Pop, Shock o algo así. Una bola de luces en el centro dividiendo las figuras con los efectos intermitentes, la gente desdoblándose con el placer de no sentirse muy ellos mismos, ni muy dueños de su tiempo o de sus movimientos. LSD ficticio para no consumidores, recortes de miradas y de gestos, entre los cuales ella era puro objeto de contemplación para él, de una mirada que no traslucía emociones. No era una mirada cálida que reconforta, ni alegre que entusiasma, ni pícaro que excita, ni triste que es romántica y gusta, ni seductora que invita. Ella era lo mirado por alguien que la veía en una visión que la tragaba, que abría una duda, una mirada sin pretexto, desnuda de todo afecto, de toda coincidencia. Recordó un movimiento fugaz hacia él, devolverle la mirada esperando una señal de precisión en la seguridad de que el hombre le pedía algo que ella exactamente quería desde siempre pero que cualquier mediación de palabras impediría, cualquier mínimo intento de compatibilidad sería suficiente para romper. Que en la medida en que ella hiciera un espacio para aparecer con su pasado, sus gustos o cualquier elemento denunciante de particularidad, todo habría terminado; que sólo algo sería posible en un rompimiento que los colocara en un vacío de las señales que marcan y constituyen un hecho, un momento acontecido. Pretextó un malestar, el humo, el calor, los exámenes del día siguiente, y se alejó del lugar con el grupo de amigos; no se produjo ningún signo que se acercara a una despedida, era necesario que fuera así para que se disolviera hasta su absoluta inexistencia y desmemoria.

Era entonces el momento para irse, para abandonar aquel juego de búsqueda de una foto desconcertante, de salir de aquella fractura. A veces le parecía que la librería había desaparecido, que ahora en su lugar existiría un alto edificio o un taller mecánico o cualquier otra cosa, pero comprobó que no era así. Estaba en el mismo sitio y recorrió los libros despacio para ver si habían llegado novedades. El local estaba solo. Había decidido llevar de nuevo la revista y así preguntarle al dueño si el hombre de la foto era Manuel Sánchez, pero no había nadie. Una muchacha apareció por detrás de la estantería y le dijo, “estaba ordenando aquí, ¿desea algo?” Era un poco complicado aclararle qué deseaba pero finalmente entendió que la muchacha era la sobrina del dueño que estaba de vacaciones, y que ella no conocía a Manuel Sánchez pero quizás Wilmer sí. Wilmer era algo así como un amigo de un amigo de Manuel Sánchez, y por lo visto era un erudito y sabía de todo así que no era imposible que también supiera

dónde estaba Manuel Sánchez. Entraron a la una en el bar, una tasca imitando ambiente español con mucho humo y fritanga, al fondo estaba sentado Wilmer en una elevada nube de alcohol. La muchacha se acercó y le dijo, “ella quiere verte, busca a Manuel, el que trabajaba antes en la librería”. La conversación daba muchos rodeos, a las tres todavía no había podido enseñarle la revista. Wilmer le explicaba algo muy complicado sobre el cine alemán, mezclado con los mitos de reencarnación e intercalando chistes y comentarios sobre el erotismo oriental, y otros más próximos como que se estaba enamorando un poco de ella, lo que comenzaba a molestar a la muchacha que veía insistentemente el reloj y anunciaba su regreso a la librería. A solas con Wilmer, ya como a las cuatro y media, le pareció que el momento había llegado y más directamente dijo, “lo que yo quiero es saber si tú conoces a Manuel Sánchez y dónde podría encontrarlo”. “Pero ya estoy muy borracho, cómo me haces una pregunta tan difícil”. Insistencias y reclamos obligaron a Wilmer a concentrarse en la revista para identificar la foto pero proponía que lo dejaran para otro día cuando tuviera la cabeza más clara y se le ordenaran las ideas. A veces le parecía que sí era él, pero también dudaba, se parecía, podía ser, pero quizás no, qué le importaba a ella Manuel Sánchez, por qué no se quedaban juntos, a lo mejor mañana se acordaba. Salió del bar sabiendo que la claridad no se haría nunca en la nube y que Wilmer no recordaría. Wilmer no recuerda porque es lógico que no recuerde, y soy yo la que divaga aquí más de cuatro horas con un tal Wilmer pensando que él sabe quién es un hombre fotografiado en una revista interrumpida. El fin de la historia es éste. Wilmer no recuerda y es un final coherente.

Cuando volvió a mirar en la revista y de nuevo encontró a aquel hombre extraordinariamente común con el que ahora convivía, lo veía fijamente para saber cuál era la relación entre los dos, si podía al menos hablarse de un desencuentro. Mirando y mirando la foto encontró en sus ojos una abertura, el comienzo de una fisura a lo largo de su vida, y supo que el hombre mirándola desde la foto había roto una grieta en la que ella se había precipitado para siempre.

Si lo quisiera relatar diría así: cuando me bajé del carro estaba sudando, y después de la plaza tomé el camino de la calle principal, las casas eran todas parecidas, sólo variaban los colores, verdes, amarillas, azules. Las pintas de elecciones viejísimas de múltiples partidos que habían ofrecido sus diversas consignas de socialismos, democratismos, republicanismos y nacionalismos formaban ahora parte del decorado y medio borrados servían de piel a las paredes. Cambié de acera para evitar unos perros que se peleaban unas basuras y seguí hasta el final de la calle, después de los avisos de aceite de motor y de refrescos había un almacén, una bomba de gasolina, unos niños jugando en el umbral de una puerta, una mujer embarazada cruzando, unos hombres

conversando en la entrada del botiquín, unas latas de cerveza flotando en los charcos, unos hombres arreglando una camioneta desvencijada, una loca sentada en el suelo gritando obscenidades. El nombre de la calle que buscaba se había caído hace tiempo o nunca lo habían puesto, el número debería ser el 14, lo que sin duda resultaba arbitrario porque tampoco existía el 13 o el 11 o alguna señal que permitiera seguir una seriación, pero la penúltima casa al fondo decía 14 y toqué la puerta. Abrió una mujer gorda, despeinada, que barría un piso de cemento y se escuchaba el radio a todo volumen. La mujer miró sin énfasis, sin dejar de barrer ni bajar el volumen del radio, y gritó hacia adentro, “Manuel, aquí te buscan”. Pasaron varios minutos hasta que él bajó. Resultaba difícil hablar por el ruido y la presencia de la mujer y entonces él me invitó a subir indicando las escaleras. Me ofreció una silla, bajó nuevamente y trajo unos pocillos de café. Hacía calor en la habitación y él se levantó para abrir mejor la ventana, “va a llover, está refrescando”, comentó. Los niños habían desaparecido de la puerta. Prendieron un cigarrillo y hacían otros comentarios breves, intercambiaban pequeñas impresiones. Cuando salió a la calle subió hasta la plaza y vio que la gente había abandonado los pocos bancos despintados y que los árboles velaban un solitario carrito de helados. Alguien corría tapándose con un periódico y la loca le tiraba piedras a un barril vacío de gasolina. Pensó que así habían estado aquella tarde, solos y mirándose, mientras todo lo mojaba una lluvia desolada.

Si yo fuera Manuel introduciría una foto mía en algún libro, alguna revista. De esa manera ella tendría una marca, una seña con la cual buscarme, comenzar a esperarme, y yo podría irme tranquilo, sin apuro, y desde esta habitación la esperaría, escucharía el ruido del carro estacionándose cerca de la plaza y desde allí tomará la calle principal, bajará hasta el fondo, después que pase el almacén, los avisos de aceite de motor, verá los niños que están jugando en el umbral de la puerta, cuando la toque se oirá el ruido del radio a todo volumen, me avisarán que ha llegado y bajaré las escaleras, la invitaré a subir y cuando esté en la habitación abriré la ventana, va a llover y refresca. Le dejaré la silla y me sentaré en el borde de la cama mientras le ofrezco café y cambiamos pequeñas impresiones acerca de su viaje. Qué más podría describir. El final, cuando salga de nuevo y suba hasta la plaza, no habrá nadie ya, ha llovido toda la tarde.

Algún día se olvidará, creará que fue su imaginación, no tendrá sentido con el resto, no encontrará un eslabón para unirlo, una muesca con la cual ajustarlo a la gran rueda. Es como un hilo sin tejido, una palabra sin texto, una imagen fuera de su película, intentará reconocerlo como quien pretende saludar a un conocido en una multitud, como quien quiere recuperar una frase que oyó en alguna parte, sin saber quién ni dónde se dijo, habrá olvidado el motivo si lo hubo, habrá totalmente perdido el instante. Piensas que tu vida es continua pero las contracciones y expulsiones de tu corazón parten siempre de cero, cada oleada de

respiración ya no es la misma sino una nueva bocanada de oxígeno que llega a tus pulmones, si hubo un flujo de sangre más intenso en tu vagina es debido a un movimiento distinto que también estará borrado, cada vez todo un transcurso se inicia, a cada segundo tienes una nueva máquina respirante y circulante que no recuerda, que no almacena, que fluye constantemente. Si tus manos me han tocado, si en algún momento se les ha sugerido el placer a través de mi cuerpo, no arrastrarán esa huella, ese tacto se perderá inexorablemente, se irá transformado en polvo de células perdidas que se irán desprendiendo y desde ahora quedando en todo lo que toques. Querrá quizás pensar que su memoria guarda el paso de los días y entregarle algún tributo rescatado de la muerte y de la nada, olvidado en una playa lejana, defendido contra las olas incuestionables de su vida o de la mía. Querrá saber si existe alguna diferencia entre que este hecho haya ocurrido o no, si puede haber una diferencia entre este Manuel Sánchez que pretende encontrar en un lugar cualquiera o el que supone encontrar. Dentro de un tiempo esa diferencia o variación habrá sido ampliamente superada por el recuento que hace de la historia. Dentro de poco el intento de rememoración o más bien de descripción que me propongo dar de mis pasos, mis gestos, ahora cuando baja las escaleras y me asomo a la ventana para ver cómo se aleja de todo el tiempo que he estado esperándola, en breve, repito, todas las palabras con las que he intentado dibujar la escena para que otros puedan conocerla o yo mismo conservar alguna construcción que me permita sostenerla, pueden perder el orden que les he dado o cualquier otro, y en la medida en que pierdan esa secuencia que por azar les he atribuido, caerán desenlazadas unas de otras, listas para un nuevo orden que yo mismo u otro quiera imponerles, y ella, como en una película cuyas imágenes vayan desencadenándose en sentido inverso, irá deshaciéndose de mi visión, irá desenredando sus gestos, los actos que la he llevado a cometer y no será ni siquiera posible la nostalgia.

2.

La silla observó su entrada en la librería. Llovía afuera y la mujer alisaba su pelo mojado mientras cerraba la puerta que dejaba oír el tintineo de una campana. Parecía haber llegado a alguna parte y dudar ahora de dónde estaba, un desconcierto, una mirada un poco extrañada como de quien intenta reconocer un lugar, similar al que busca pero al mismo tiempo diferente y con aspectos irreconocibles. El dueño no le prestó atención, continuaba escrutando largas listas de referencias y anotando en una larga hoja de papel rayado títulos y números. Al fondo dos jóvenes consultaban con un cuaderno los libros que buscaban y después de un rato abandonaron el local sin llevarse ninguno. La campana volvió a escucharse y el espacio quedó en silencio, sólo tocado por el chirrido de la silla en sus pequeños desplazamientos. La mujer se dirigió al dueño

y confusamente le dijo algo acerca de la revista, mostrándole la foto entre sus páginas, el hombre apenas levantó la vista, totalmente sorprendido por la pregunta titubeante que no lograba aclarar y se hizo repetir varias veces. Finalmente logró comprender que la mujer quería saber si él conocía al sujeto de la foto que estaba dentro de la revista que ella había comprado allí tiempo atrás. Se limitó a un gesto de extrañeza y a una negativa y volvió a hundirse en sus listas. La mujer pensó que no podía haber sido otro el resultado, estaba perfectamente consciente de lo absurdo y si se quiere extravagante de su pregunta. Aquella foto perdida en una revista sin continuación -buscó en el anaquel y no se veían nuevos números- tendría mil razones por las cuales estaba allí, de quién era, quién la había metido dentro o quizás ni siquiera había sido un acto voluntario sino un descuido de un cliente que la tenía en la mano mientras la hojeaba, o tantísimas otras explicaciones que si se dieran pudieran parecer plausibles pero nadie podría hacerlo. Como consecuencia el único acto razonable que podía seguirse era abandonar el local, y quizás hacer desaparecer la revista o por lo menos la foto. Sin embargo se resistía a tomar la decisión más simple, más coherente o adecuada al problema que falsamente había surgido en su vida a consecuencia de un acto banal, pero que sin embargo no podía borrar.

Intentó, sentada en un banquito y haciendo que leía, pensar que la aparición de la foto era una situación totalmente estúpida, sin sentido, que su preocupación por ella no era más que un signo de extravío por su parte y que cualquier persona medianamente razonable le diría, si ella tuviera el valor de hablarle acerca de esto, que no pensara más en ello, o probablemente se reiría, sí, lo más probable es que se riera y lo tomara en broma. Quiso probar esa vía, verlo como una broma, como un juego detectivesco que había emprendido como una trama infantil de perseguir al asesino pero no lograba sostener la idea, se desvanecía ante ella. Intentó entonces considerarlo como una hipótesis que la sacaba del aburrimiento o de la rutina, una preocupación especial, que en el fondo no requiriera de ningún esfuerzo o realización, y que se mantuviera como flotando en su mente sin otra finalidad que la de opacar las verdaderas ocupaciones, pero igualmente esta posibilidad se esfumaba por su propia falta de peso. Tuvo entonces la ocurrencia de abandonar la revista en la librería, colocarla sin que el dueño lo advirtiera en el mismo espacio en que la había encontrado, buscando a través de un acto desgajar para siempre la relación que el hombre de la foto había entablado con ella, cortarlo de sí misma, provocar una despedida que de alguna manera reprodujera la escena en que dos personas se alejan una de la otra después de un diálogo imposible y se prometen a sí mismas y al interlocutor que aquella es la última vez que se hablan. Faltaba, sin embargo, un elemento esencial para la escena y era la presencia, la voluntad de otro para acompañarla en el momento, pero en la imposibilidad de encontrarlo sentía un cierto alivio en la despedida. Dejó los libros que hojeaba y se dirigió hacia el

anaquel de las revistas. La silla exhaló un chirrido gozoso, produjo un pequeño movimiento hacia delante y hacia atrás, de reacomodo, y esperó a que la mujer se acercara. Tratando de disimular su gesto, veía otras revistas y las confundía con la que tenía en la mano, de modo que fuera un gesto natural el devolverlas a su lugar. El dueño evidentemente no sería testigo porque apenas levantaba la vista, no se sentía observada hasta que de pronto alzó la vista y encontró frente a ella los ojos de la silla.

Está acostumbrado a esperar, no el paso del tiempo, los minutos que transcurren hasta una cita o un acontecimiento preciso, un punto marcado en el que algo va a suceder, le gusta solamente esperar, intuir las intersecciones, los cruces en los cuales soy colocado por mis pasos o los cruces de otros, las encrucijadas en que otros se han esperado sin saberlo. Sus manos artríticas empujaban las ruedas desnudas de la silla, chirriaban ligeramente, como faltas de aceite, mientras la acercaba a los estantes y podía así contemplar los volúmenes, se sabía de memoria los títulos, a veces Manuel se le acercaba y le señalaba alguna novedad, algún ejemplar reciente o le indicaba los cambios en la disposición, si la poesía la han trasladado más a la derecha o los libros de historia los han subido varios tramos. Manuel comete equivocaciones, por ejemplo, se dejó una guía turística en el anaquel de poesía latinoamericana y se le colaron varios de la colección “¿Qué se yo?” en el estante de ensayos. El dueño opina que es muy distraído y no le tiene confianza para hacer los pedidos, se burla de él porque siendo un estudiante, sabe menos; el dueño es un tipo de pocas bromas y Manuel está muy cansado de escucharlo, un día se va a ir y lo dejará solo, a ver cómo se las arregla. La silla se arrastra con su ruidito metálico y su aspecto de artefacto inservible, recuerda esas bicicletas de principios de siglo de ruedas desmesuradas que manejan hombres flacos de bigotes levantados, disfrazados de marineros mientras una dama en traje de baño a rayas introduce el pie en el agua con una sonrisa impúdica; la silla avanza y recorre los estantes de la librería llevando al hombre en su seno, apenas obedeciendo el leve empuje de sus manos débiles hiriendo con su chirrido y con sus ruedas el espacio tranquilo, como si su dueño, o más bien su esclavo, aunque resulta fácil el juego de palabras, le impusiera a la visión de los otros. El hombre mira a Manuel y lo contempla mientras habla con los posibles compradores, sin tener mayor interés en los libros ha aprendido algunos gestos, algunos rituales, y se desenvuelve con cierta agilidad, reconoce a los distintos clientes, los que traen alguna urgencia, los que se llevarían cualquier cosa, los interesados en temas, los que demandan una atención inmediata, los que sólo quieren mirar, los que esperan encontrar algo que les despierte la curiosidad.

El dueño levanta de vez en cuando la vista para vigilar que Manuel no pierda demasiado tiempo con las muchachas universitarias que piden libros de texto o bibliografías especialísimas que nadie conoce; las jóvenes pasan un largo rato con él, parecieran olvidar sus urgencias, Manuel les habla y ellas dejan de

pensar en los libros que están buscando. El dueño interrumpe de vez en cuando esos diálogos y se acerca preguntándoles que necesitan, Manuel entonces se retira, un poco avergonzado, la silla mientras tanto gira alrededor y el hombre hace como si viera la contraportada de un libro pero en realidad observa a Manuel, intenta escuchar las conversaciones sin que su presencia sea demasiado notada, tratando de que la silla aparente ser un trasto arrumbado en una esquina, otro objeto entre los libros y los estantes. En cierta forma lo consigue, las jóvenes revolotean un poco y se ríen con Manuel, mientras el dueño sale un rato a tomar un café o a hacer un depósito. Es un tipo bastante común, Manuel, sus rasgos físicos no alcanzan ninguna descripción que pudiera detallarlo; pudiera decirse que tiene pelo, dos ojos, una nariz, una boca, a lo sumo, características como las descritas en las fotos de pasaporte, cara ovalada, ojos marrones, pelo castaño, facciones regulares, señas particulares, ninguna. Es además un tipo distraído, a veces, las jóvenes piden libros que existen y él no se da cuenta, contesta que están agotados o que no los tienen, la silla gira entre las mesas centrales y con una sonrisa rota los agarra entre sus manos dobladas y los muestra, Manuel se sorprende, las jóvenes casi se entristecen, aparece el libro y deben comprarlo e irse. La silla encuentra los libros con facilidad, conoce hasta el último volumen, ha vigilado sus posiciones, sus colores, sus nombres, podría dar cuenta de cualquier cambio, acude todos los días o casi todos. Manuel conoce bien al hombre de la silla, lo ha visto entrar en la librería todas las mañanas desde hace muchos meses, quizás años, no recuerda desde cuándo, el dueño tampoco, se han acostumbrado a verlo; los días sin silla se preguntan con la mirada qué habrá ocurrido, a veces incluso lo comentan, hoy no ha venido, dicen, nada más. Manuel le ha contado al hombre de la silla sus proyectos, es un joven conversador, le gusta hablar de sus cosas, a veces cambia los proyectos sin recordarlo y el hombre de la silla se lo hace notar, suelen ser conversaciones vagas. Manuel es un tipo cambiante, hay días en que quiere terminar su carrera en la Universidad, estudia Biblioteconomía; otras lo contrario, le cansa la Escuela, le aburre Caracas, lo atormenta la ciudad y quisiera volver a su pueblo, nació en un pueblo medio perdido, de esos que nadie reconoce, que nadie sabe en qué Estado quedan. Por el contrario, Manuel no sabe nada del hombre de la silla, no le ha dejado ninguna pista que pueda revelar su identidad, es un buen cliente, lo llama “el señor de la silla” o “el de la silla”, la silla es un gran nombre y apellido que engloba a su contenido. Compra uno o dos libros cada vez, y el dueño le permite leer mientras pasa la mañana, a la hora de cerrar la silla se aleja chirriando hacia la puerta, se despide y desaparece por un pasillo de la galería subterránea en la que está emplazada la librería. A veces Manuel mientras cierra la puerta y coloca el cartelito de cerrado lo mira irse, la silla a lo lejos, en el pasillo oscuro, tapa la cabeza del hombre; sólo sus grandes ruedas se perciben desde la librería y

Manuel, poco dado a la introspección, siente algo frío en su columna que atribuye a una gripe.

Por distracción, por llenar un momento, abrió la puerta de una librería del centro, se paseaba de un estante a otro mientras el dueño anotaba pedidos y fumaba olvidado de ella permitiéndole que repasara sobre todos esos títulos que están siempre ahí, esperando al lector desconocido. Los veinte poemas, novelística contemporánea, un bestseller, acerca de la sexualidad y el capitalismo, sobre la educación y la libertad, último Premio Casa de las Américas. Le divertían los nombres complicados, por ejemplo, “Teoría Estructural del Sujeto en la Lingüística y el Materialismo Histórico”, o descubrir en medio de aquella complicación un manualito de “¿Qué sé yo de los Ovni?” entre los ensayos sobre política y sociedad, o incongruencias, una guía turística de Austria en el anaquel de poesía latinoamericana. También algunas contradicciones, autores que podían llevarse mal, parejas imposibles. Las librerías le parecían un salón donde los autores convivían y como si fuera una buena anfitriona le preocupaba que los invitados fueran sentados al lado de otros que pudieran desagradarles. Preguntó por un ensayo sobre el amor que buscaba desde hacía días pero el dueño no lo conocía, tampoco hizo ademán de interesarse y proseguía con largas listas de referencias. Alguien que no espera pretextos de mí, pensó. Viendo las novelas se imaginaba una narración construida con personajes de diferentes libros en un encuentro ficticio de situaciones ya escritas que se entretajaran por momentos, y continuaran sus vidas noveladas en las novelas de otros, produciéndose probablemente gran confusión y desconcierto. Le entretenía trasladar sus preguntas a quienes tenían finales conocidos y sellados mientras dejaba pasar el tiempo hasta la hora de un compromiso pendiente.

El dueño le permitía seguir con sus preguntas y sus libros, la silla la observaba desde un ángulo, ligeramente oscurecido, minutaba sus movimientos, sus manos cuidadas mientras hojeaba un volumen que no pensaba adquirir, sus dedos repasando los libros de un ensayo, su sonrisa a medio esbozar, un gesto nervioso retirándose un mechón de pelo de la cara, una mirada rápida al reloj. La silla inmóvil detenía su chirrido para que ella no pudiera detectarla, la librería estaba muy silenciosa, se acercaba la hora de almuerzo y los pocos clientes que la llenaban habían desaparecido. Manuel no estaba, una crisis reciente en su conflicto constante con la ciudad y una discusión algo subida de tono con el dueño lo habían empujado a un retiro temporal. La silla lo echaba de menos pero a la vez su ausencia era casi un triunfo, esa victoria cobarde que los vencidos disfrutaban cuando sus héroes sufren alguna caída. La librería era casi suya, reinaba en ella como un pastor de la manada, como un rey destronado en un dominio asolado pero al fin propio; al dueño sólo le interesaban los libros y su venta, a él le gustaba la librería, el reino casi solitario de sus mesas y anaqueles, la posesión absoluta de la mirada sobre los paseantes. Ella no lo había visto pero

posiblemente si lo hiciera no lo miraría, utilizaría esa debilidad y esa distancia cortés que se asume ante la presencia del dolor ajeno, lo vería en todo caso como quien mira diciendo me doy cuenta de su tragedia pero hago de cuenta que no me doy. Recorrió el estante de las revistas y le llamó la atención una portada, la abrió, era una revista fracasada, de esas que contienen algunos poemas, artículos de crítica, algunas reseñas, lo usual, el intento estéril de algún grupo de jóvenes escritores.

El hombre de la silla se estremeció, su mirada siempre uniforme y sin gesto, su caricatura de serenidad se rasgó por un instante, como la máscara de pasta que se raja y deja ver sus grietas, pero se recuperó rápidamente, le latía más rápido el corazón, inmóvil para no hacer el menor ruido, atemorizado de que el dueño tosiera, tosía mucho el dueño, siempre con un cigarrillo pegado de los labios, absorto en la contemplación de la mujer y temblándole las manos deformes de que el menor imprevisto la distrajera de su recorrer las páginas. Entre ellas se destacó de pronto una foto como de pasaporte o de carnet, la mujer la entresacó y la estuvo contemplando, era la foto de un hombre joven, de facciones regulares, ojos marrones, pelo castaño, sin ninguna seña particular. Se sintió tocada por la mirada del hombre de la foto hacia ella, detallada, solicitada, incomodada. La volvió a su lugar dentro de la revista y colocó ésta en el estante, junto a las otras. La silla se removió inquieta en su esquina, el chirrido aunque contenido se dejó escuchar, el dueño se levantó y se acercó a la puerta para ir preparando el cierre, dándole a entender a la mujer y a la silla que cerraban. La silla se fue aproximando hacia la salida y la mujer por primera vez pudo verlo frente a frente, un relámpago apenas, un cruce brevísimo de sus ojos con los del hombre de la silla. Un poco azorada, torpemente, volvió a tomar la revista en la mano y una novela cualquiera, depositada sobre la mesa central, se las mostró al dueño para pagar el importe. La silla salió tras ella, el pasillo estaba lleno de gente y la mujer se perdió en segundos dentro de la masa anónima que se desplazaba buscando los pequeños restaurantes; la silla como siempre se alejó en sentido opuesto hacia la calle, mientras el dueño cerraba con llave la puerta y encendía otro cigarrillo. Al llegar a la acera miró el reloj, ya la cita en la oficina de seguros se había pasado, era demasiado tarde, se recriminó aquella distracción y buscó su automóvil, tenía el tiempo preciso para recoger a los niños en el colegio, llegar a su casa y almorzar, estar puntual en la oficina, recordó llamarlo para que le buscara una blusa en la tintorería de vuelta a casa.

Retrato frente al mar •

La amante del artista, Deauville 1891

Me era fácil mirarla sin que ella se diera cuenta porque se había sentado frente al cuadro y yo estaba detrás, casi a un lado, de manera que podía verla de perfil y no advertía desde esa posición un ligero estrabismo que luego se hizo más evidente. Tengo cierta debilidad por las mujeres que dentro de su belleza exhiben algún defecto imperceptible que depende del ángulo o de la luz para ser plenamente detallado, mostrando así la imperfección que siempre nos acompaña y un desafío a ser amadas a pesar de ella. Durante un largo rato la observé en su contemplación jugando a pretender adivinar qué veía ella en la otra que yo no viera, preguntándome si algo se me escapaba. He tenido muchas veces esa sensación, al pensar en los que han alcanzado éxitos y triunfos, si quizás yo he carecido de la visión o un estrabismo mental me ha impedido encontrar lo más importante de las cosas y me he dejado derrotar por las laderas marginales que no van a ninguna parte, si en suma he contemplado más el bosque que los árboles, intentando vanamente una visión de conjunto, de explicación totalitaria de la vida que me ha llevado más bien a no entender nada, a diferencia de aquellos que se han planteado solamente las preguntas que les interesa contestar, llegando por lo menos a algunas certezas. Pensando que más o menos he fracasado en todo pero nunca lo suficiente para elevarme a la categoría de lo trágico, creo que en definitiva soy un hombre común, algo amargado, disfruto poco de los placeres colectivos, de los medios masivos, me intereso vagamente por las urgencias nacionales y naturalmente caigo en la posición de evadido o irresponsable por la tendencia a vivir más del pasado que hacia el futuro. Por ello cuando alguien como yo se pierde también en una visión estéril, como unos ojos siempre más allá, sufro de solidaridad y así aquella mujer sentada frente al retrato frente al mar.

Una mujer delicada, el pelo castaño, de espaldas al espectador, adelante unas olas lejanas, grises, frías, lleva un vestido azul de lunares negros y el talle es muy fino, delineado por una banda de terciopelo negro. Hay una cierta dificultad en el escorzo de la figura que se ladea, inclinándose ligeramente, y que tuerce forzosamente el brazo, contorsionando la muñeca. Un bello sombrero de plumas y encajes se deja mover por el viento y la mirada es precisamente lo más interesante porque si bien busca el horizonte queda la duda de si lo contemplado es una sombrilla que en la orilla de la playa cubre a otras figuras o si se dirige

• XXXIX Premio de cuentos del diario El Nacional, agosto 1984. En *Narradores de El Nacional 1946-1992*. Caracas: Monte Avila, 1992

hacia lo que podría ser un acantilado o entrada en el mar de una colina o un barco que apareciera cortando la lejanía o hacia el mismo mar o también hacia sí misma buscándose en un espejo imaginario y todo el entorno fuera no más que un pretexto para estar sola y no ser interrumpida, haciendo gesto de que piensa.

Igualmente la mujer podría ser una crítica de arte que busca algún detalle no estudiado sobre el pintor o una fotógrafa que examina los planos y luces de la figura, es decir que mira con alguna precisión algún objetivo, o se interna en el paisaje para perderse; cansada de otros cuadros encontró que frente a éste había una silla y es sólo la mano del encargado de la limpieza quien dejó ahí la silla por no saber dónde ponerla, con el ánimo de ordenarla después, y de esa colocación impensada nace todo el hecho de que la mujer escogiera este cuadro y no otro, como tantas hipótesis de por qué yo había seleccionado esta exposición siendo que no acostumbro a ir, pudiendo haber tomado una decisión distinta para llenar un domingo tedioso, pero me es difícil, una vez que me hago una pregunta, abandonarla sin haber explorado sus ramificaciones, una costumbre obsesiva que me empuja desde la infancia y me obliga a darle rodeos a las cosas. Por ejemplo, si esperaba a alguien. La mirada distante puede ser indicativa de la espera, la prefiguración que tenemos cuando anhelamos una presencia y todos los cuerpos que vemos se confunden ilusoriamente con el deseado, miramos como si fuera imprescindible que lo hiciéramos para lograr su llegada. En este caso, una respuesta inmediata, la llegada de un barco. Espera a un hombre que ama. Por la ropa que usa y sus ademanes no podría ser un marinero, absoluta distancia entre el personaje femenino y el posible marinero, no hay correspondencia pero sí cierto mantenimiento de la idea del barco. Esperar un barco es casi una metáfora construida para siempre. Algo concreto, urgente, inmediato surge de la idea avión que es violento, instantáneo en su aterrizaje. Un barco llegando es siempre más acorde con la lentitud de la espera amorosa o la espera de salvación. Por ejemplo, emigrantes judíos esperan un barco para huir a América, derrotados en la guerra de España esperan un barco para pasar a Francia, los vecinos de *Amarcord* esperan toda la noche para ver la travesía de un barco. Larga espera del amante que finalmente vuelve pero de inmediato surge la incongruencia, dejada en la playa bajo una sombrilla no podría alcanzar la pasarela por la que irían descendiendo los pasajeros; si es una espera lo es imposible, la de alguien que en la expectativa de la llegada de otro ha abandonado de antemano la esperanza de reencontrarlo. Sólo saber que ha vuelto. Que efectivamente está aquí para nunca jamás. Un barco puede ser también el instrumento de salida, de huida para siempre. Un viaje en barco alude al no regreso, la despedida total. Miles de escenas de películas recogiendo el sonido de las sirenas y el llanto de los que no volverán a verse. Ella piensa huir. También es una imagen del barco. La espera de un acontecimiento que nos permite tomar una vía que por alguna razón está

prohibida. Analogía absolutamente absurda la de la vida con un viaje, la vida con destino a alguna parte, de arribo o llegada, cuando más bien todo lo contrario. Contrariamente a la idea de que fuera un motivo profesional relacionado con la contemplación, podría imaginar que es una cita. Espera que él, aficionado a exposiciones, coincida con ella frente al cuadro, mira de vez en cuando el reloj por el temor no tanto de su no aparición sino de las precisiones que pudieran dar al traste con todo. Por ejemplo, cierre del Museo o, si es un cine, comienzo inexorable de la película o mesoneros que se niegan a servir un último café que se toma por si acaso aún llega, y el terror es entonces pensar que quien se espera sí quería venir pero circunstancias tontas impiden el encuentro. Hipótesis de la soledad. Puede no haber ninguna cita, simplemente ella está en un momento impreciso o lánguido y mata el tiempo. Posibilidad del levante. Joven intelectual considera oportunidades de enganchar a joven intelectual interesado en la pintura del siglo pasado. Menos probable.

Impenetrabilidad de la mirada. Michelena pinta a su amante de perfil para que no podamos observar que es bizca. No es posible ver su mirada pero no deducimos de ella un estado de ánimo, quisiéramos encontrar un signo de tristeza o de nostalgia o de amor o de alegría pero fracasamos. La mujer mira agotándose en el hecho de ver, vertiéndose en los ojos, escapándose de sí misma en el objeto contemplado a pesar de que tampoco podemos determinarlo; dentro de la retrospectiva podría surgir la idea de cómo la amante del pintor contempla el mar que ahora para siempre la separa de él pero también como anuncio de su despedida. Desde Normandía ver un país lo suficientemente ignorado y saber de antemano que el desprendimiento es inminente. El mar como símil de distancia insalvable, de alejamiento irremisible de los cuerpos, de pesadilla en la que nadamos incansablemente sin alcanzar la otra orilla, así como el amor que pareciera acercarnos pero todo lo contrario, queda como la huella que nos señala distintos. Frente al mar como frente al amor ella presiente su desasimiento y por eso lo contempla sin gesto. Viéndolo del lado del pintor, quizás quiere fijarla en la imagen para retenerla antes de su muerte. No es un retorno al país de origen o un cansancio de amarse lo que determina la separación sino la muerte, la enfermedad de la época propia de las jóvenes como la tisis, último día en la playa en el que la enferma se viste con un bello vestido, intenta peinarse y pintarse lo mejor posible con el esfuerzo en parecer que se está del lado de la vida que muestran los que se saben del lado de la muerte. Representación de la tuberculosa fin de siglo que anuncia su belleza efímera, disimulando la hemoptisis con un pañuelo, y que pasea con su amante recorriendo el balneario, bajo las arcadas, entre niños y otras parejas que avanzan y se cruzan. Hay una avenida al borde del mar de piedras bien trazadas, está fresco a pesar del verano y llegan hasta unas rocas que culminan el espolón, adelante sólo la expansión del mar

cuyo límite no es visible como el del amor que desde sí mismo parece inagotable. Afuera la tarde comienza, se mueve la gente en las terrazas de los cafés produciendo encuentros y un murmullo de cucharillas y voces, regresan los veleros, se cierran las sombrillas en la playa y se levanta un vuelo de gaviotas. La arena va quedando fría, abandonada de bañistas, y el rumor se vuelca ahora en las calles. Ellos envueltos de toda la luz, de las conversaciones de la vida ordenada, se entremezclan sufrientes de saber que la noche está cayendo ahora sobre ellos, tristes actores que se negaran inútilmente al fin de la representación, queriendo guardar en la mirada toda la vida que continúa, todas las personas, las rocas, arena, árboles, niños, cielo, gestos, tazas, reflejos. Quererse impregnar de las imágenes que no se volverán a ver en la idea de recordarlas, no perderlas del todo en la pretensión de memorizar la vida para no desprendernos de nuestros vestigios, como si la muerte fuera la desaparición de los actos, pero creyéramos poder existir como memoria para siempre, no desaparecer también como ejes del recuerdo. Querer conservar la en vida a través del cuadro. Por ejemplo, proposición del pintor a su amante de dar un paseo por la playa y sentarla allí, arreglando la composición, estudiando el ángulo de luz, la proporción entre ella y las figuras que son bañistas, la inclinación que ella debe tener sobre la silla, algo avanzada, que a la vez quede lo suficientemente recta como para dar la impresión de estar plenamente sentada, que lleva un rato en esa posición, que no es un momento fugaz el que pretende captarse sino por el contrario una cierta inmanencia, placidez en el movimiento. Moviéndole varias veces las manos hasta dar con el efecto que se busca. Torturándola para que adopte el gesto con el cual él quiere recordarla. Del lado del pintor la angustia de perder también su imagen, no pudiendo pensar a los muertos en la evolución o deterioro que hubieran tenido de haber seguido vivos, sobre todo si mueren en la juventud, quedando siempre la impresión no de los últimos días, de las marcas de la muerte en la vida, sino de otros momentos en que se ha fijado su figura en plena expansión y quedan sin edad, produciéndose una incongruencia entre ellos y nosotros que hemos sido avanzados por el tiempo y de pronto nos encontramos más viejos que nuestros cadáveres, con una sensación incómoda de sobrevida o de traición, no se sabe de quién, si nuestra por haber continuado o suya por haberse detenido. Así más aún para él la necesidad de establecer y hacer permanecer la copia del objeto amado y de alguna manera disimular ante ella que todo el paseo es sólo un pretexto y que en realidad lo que lo guía es la necesidad de tomarla como modelo, y que reflejarla en el lienzo es la misma urgencia que siempre causa el pensamiento de la desaparición de lo que vemos o amamos, esté su muerte anunciada o solamente presentida o simplemente presente porque la ausencia nos amenaza constantemente. Y ella, engañada, concede el paseo y acepta todas las incomodidades de estar posando, disfrutando de creerse bella mujer viva cuando es simplemente el móvil del artista, y él la está mirando para

pintarla pero ya colocado en un futuro, ya pensando en ella como la reminiscencia que tendrá cuando la haya perdido, y ahora sólo está proveyéndose del recuerdo, convertida en evocación.

Podría encontrarse en ella alguna resonancia de mi vida pero no logro evocar ningún recuerdo importante. Ella y yo somos bastante distantes. No sólo por los cien años de diferencia, el rumor del mar muy diverso en la playa en que ella lo escucha, un sol muy tenue capaz de ser retenido por una sombrilla agujereada, también otras peculiaridades y matices del personaje me son extrañas. Por ejemplo, algunas preguntas que se haría sobre las figuras situadas en la línea azul, aparentemente dos mujeres que secan a un niño, exaltación de la maternidad de la mujer sin hijos. La mujer mirando a la madre en cierto estado de frustración pero también de distancia, sabiéndose pertenecer a otro ámbito, que puede volver a la habitación del pintor, apenas ha salido a dar una vuelta mientras él trabaja, curioso de los bañistas, airearse un poco, ventilarse del amor, intereses muy fugaces en tanto retorna al punto de gravitación que la sostiene. Deauville, como otra playa cualquiera de éxito en el momento, lugar al que no pertenece, posiblemente no, da la impresión de haber aprendido a moverse con elegancia discreta, arreglarse, vestir con sencillez ropa fina que no siempre ha usado y que remite a una procedencia distinta a la de otras señoras que toman té en el hotel. Con poco deseo de ser vista y observada por ellas, no sintiéndose a la altura prefiere entonces la playa más abierta, dejarse recordar, joven pintor desconocido y exótico que le propone una temporada en el mar, accede de inmediato, lo ama. No le importa nada, abandonadas todas las consideraciones que desaconsejan el paso, los posibles conflictos familiares. Decisiones muy diferentes a las que yo tomaría pero aun así propone una fascinación a la mujer común la que se siente elevada como heroína del amor. Poco dada a llamar la atención me molesta la idea de estar sentada en primer plano frente al cuadro por la posibilidad de convertirme en punto de observación, como quizás ella, mirando el mar, trata de subrayar su sentimiento de formar parte del todo, resaltada por el hecho de ocupar el centro de la composición pero siendo en realidad sólo un elemento de la marina, otra posibilidad de título para el cuadro, paisaje marino con mujer al fondo. Así también tomamos muchas veces la posición de protagonistas por la condición en que somos colocados por el ordenamiento de los acontecimientos o una cierta manera de enfocarse sobre nosotros la presencia de otros, siendo apenas observadores de coyunturas que se sobreponen y nos dejan en poses no menos forzadas que las de un pintor imponiendo a su modelo o yo misma me he determinado al sentarme en esta silla, como ella frente al mar.

Versatilidad de los paseantes. Mi posición de mujer sentada concede a los otros la cualidad de ser sólo puntos, impresiones que se desplazan bajo la luz, elementos necesarios para la composición, carentes de vida propia. Elegida por el

pintor o por otro observador privilegiado me destaco para hacer del resto el fondo. De todos modos siempre los otros nos hacen un cierto fondo, figuras imprescindibles para que podamos reconstruirnos a nosotros mismos. Por ejemplo, las mujeres atendiendo a un niño hacen de madres para que yo me recorte como la mujer que se sienta en la espera amorosa, cruzándonos fugazmente en este momento. Así también el centro de vacaciones de lujo, lugar para el desplazamiento a la costa de la familia de gran clase, paseo por las avenidas marítimas, atmósfera de altura, atardeceres en neblina carísimos, puede pasar a ser un encuentro abandonado, desasistido de la moda pero tanto más por eso atractivo, conservando sólo los residuos que dan pie a imaginar lo que ha sido antes. Igualmente una retrospectiva lleva la intención de presentar de un solo golpe toda la elaboración que compromete una vida y lo que desde el protagonista ha sido una mirada que no encuentra su definitivo punto de anclaje sino que va haciéndose en un recorrido, resulta ahora para el espectador una visión de conjunto terminado en el que se aprecian los cambios de estilo, orígenes, influencias, evoluciones hasta marcar el instante final en que damos por cerrada la obra y aparece como una aventura con sentido o dirección. Así ahora puedo ser recordada como la amante del artista, quedando fijada para los catálogos de exposición, mientras que estoy sólo sentada frente al mar, ficticiamente ya que nadie contempla el mar lo suficiente para ser pintado, ni pudiendo entrever cuál es el verdadero tramado de nuestras relaciones, por qué lo amo desde esta playa, por qué he venido. Inexpresivamente contemplo este paisaje sintiéndome a la vez observada por él, detallada en mis gestos, mi ropa, y a la vez me contemplo ahora en el cuadro ya finalizado y me parece que mis defectos se han evadido, la figura ligeramente estilizada, alargado el talle, el perfil más suave, delatando que estoy presa en esa imagen que no me corresponde del todo, más bien a él que la dibuja, a quien la mira, pero que de alguna manera tiene una existencia en la que habito, tanto así sentada frente al mar cubriéndome con la sombrilla como luego en las habitaciones del hotel, quizás cuando soy contemplada desnuda en el amor, ya libre del vestido, y me extiendo o me doblo de acuerdo a un afán propio o recogiendo algo del suelo o mujer entrando en el baño, instante que también podría ser consagrado, o bajando las amplias escaleras de mármol, paso al salón de té, tocan un ligero tema de Mozart, otras muchas personas toman té, todos representando esa escena, o más adelante me visto para la cena, me siento a la mesa alumbrada por una lámpara de lágrimas y lo contemplo a él y pienso que lo amo, nos amamos instantáneamente, por breve tiempo o indefinidamente o nunca nos hemos amado, no se sabe, dudando si es una aventura, un momento que quiere vivirse pero que no se aspira a consolidar o presintiendo la pasión que nos ocupa la vida toda y que podríamos decir que así como un cuadro, también ella nos detiene, detalla lo que somos para siempre. Esa duda que todo amor nos provoca en la medida en que no estamos muy

seguros de antemano si podemos considerarlo boceto o apunte o variante sobre un mismo tema o con la categoría de gran cuadro que marca una época, hace una señal, como la obra de un artista puede ser el fin de un estilo o el comienzo de otro y necesariamente tiene que servir de referencia, o no, puede ser un cuadro más dentro de una tendencia, una línea que se ha venido desarrollando y no añade nada. Así también, al verlo, pienso si todas estas escenas que contemplo pasarán como variaciones o quedará yo determinada, encuadrada en esta posición, eternamente mirándome a mí misma mirarlo, no pudiendo conocerse la importancia de los acontecimientos que hemos vivido sino hasta que un cierto tiempo nos permita la retrospectiva, y lo mismo que un lugar célebre, decaído o desusado, lo es precisamente porque antes fue centro de reunión de personajes que quizás individualmente no son recordados pero en su conjunto producen la imagen de la riqueza y el poder, así también los emblemas ya decadentes de nuestra vida que son ahora puros residuos de nostalgia, absolutas declinaciones, inútil cultivo del pasado, lo son precisamente porque en otra época constituyeron un eje de atracción y nos invitan al *revival*, aunque estemos seguros de que ya no somos los mismos, los de entonces. Como si precisamente nos fuera quedando lo más desvaído, lo menos probable de ser usado, lo más incongruente con el presente, y de la misma manera que una figura anodina sirve para fijar al personaje principal del cuadro, recuerdos o anécdotas de escasa importancia, impresiones que ya no podemos atar con seguridad a ningún lugar, como esta mujer en esta playa, sirven para resaltar el personaje que fuimos y que no podríamos explicarle a un interlocutor actual. Cómo, por ejemplo, explicarle al hombre que me mira por qué estoy aquí, por qué he elegido esta exposición, por qué me he sentado, o preguntarle por qué me observa o más bien dar lugar a una conversación intranscendente, tanteando un encuentro, algo tan vulgar como iniciar una relación que quede marcada por el hecho de habernos conocido viendo aquel cuadro, señalando así qué intersección permitió que a partir de entonces nos combináramos y formáramos un trazado común o más bien hacer de la coincidencia un elemento más, y es que así como la mujer es mirada por el artista de modo tal que él no aparece en el cuadro pero es un personaje presente, necesario para la existencia de ella, igualmente él, que me mira, forma parte de esta escena y es también parte de la misma, mirado quizás por otros o forzoso para que mi presencia se fije a través de la mirada de quien la capta, le da consistencia a la circunstancia banal que no necesariamente tiene que ser explicada de nuestro encuentro.

Razones por las cuales estoy aquí y no en otra parte, Deauville 1891, Caracas 1981. Innumerables, imprecisas o por el contrario excesivamente caracterizadas, tanto en la incómoda posición de la silla como en la contemplación del mar. Asomándonos del cuadro en que estamos plasmados por

pintores dictatoriales que a la vez somos y pintamos, modelando la posición de otros en nuestros cuadros, moviéndoles los brazos hasta dejarlos en gestos inadecuados, inconvenientes a la anatomía, bajo cielos que los iluminan con un efecto buscado o frente a escenarios que no han elegido, aclimatándonos todos a un permanente exotismo de las circunstancias, plantas sembradas en cualquier tiesto, olas rompiendo de cualquier playa, mar ajeno que nos baña desde la infancia, contempladores perpetuos de la otra costa, gaviotas desprendidas, puntos perdidos en el agua, paisajes desarmados, retraídos y devueltos permanentemente como el signo del mar siempre borrándose contra la arena, dispersos de luz, a veces destellando, a veces oscurecidos, a veces pintor, a veces hombre, a veces mujer contemplando, hombre que contempla una mujer que contempla la mujer que frente al mar

El vestido santo •

No está. Sentado en la acera mira pasar el gentío de domingo. Jóvenes en grupos se sientan a comerse unas papas fritas en el Burger King. Las familias hacen la cola del cine con paquetes de cotufas en la mano. Unos malabaristas harapientos llaman a gritos la atención del público. Un policía se acerca despacio hacia el círculo amontonado de espectadores. Una niña llora porque no logra ver el espectáculo. Ella no está. Ha desaparecido. Otros domingos, cuando ella estaba, miraban desde lejos los torpes brincos de los muchachos, a veces ella se mezclaba entre la gente y lograba sacar una cartera del bolsillo. Lo hacía rápido, nítido. Según el resultado compraban hamburguesas o sólo café, los que se detenían a ver a los malabaristas eran pobretones. Cuando la luz comenzaba a caer recogían vasos de cartón tirados en la acera y papeles, a ella le gustaba mucho recoger papeles, de todos los tamaños, de todos los colores. Al final de la tarde en Chacaíto había muchos papeles. Pero ahora ella no estaba, no había venido. En el espacio de su cuerpo quedaba únicamente el vacío. Hubiera querido atrapar ese vacío, romperlo, penetrarlo, tocarlo con las manos. Sentado en la acera, con sus falsos lentes oscuros de falso ciego, vendía falsos sellados del 5 y 6. Un viejo lo tropezó y él le contestó una grosería. Se reacomodó y movió con las manos su verdadero muñón de pierna. El sol todavía estaba alto, faltaba mucha gente por pasar, por mirar las vitrinas, por sentarse en la cafetería y pedir una limonada frapé.

Cuando oscurecía se levantaban y se montaban en una camioneta que los llevaba a San Bernardino y luego lentamente subían hasta Anauco Arriba. El había descubierto esa casa hacía mucho tiempo, había instalado papeles de periódico, algunas latas vacías, y una caja de cartón donde guardaba ropa. Los antiguos techos de caña amarga dejaban pasar el agua, el enladrillado había casi desaparecido y los palos que sostenían el alero del corredor estaban carcomidos, cuando ventecía y llovía fuerte se caían las tejas. Afuera el monte había crecido tanto que desde lejos apenas si podía verse la casa. Era una vieja casa de hacienda que había quedado sola en una colina en el medio de los edificios y las quintas, nadie se había acordado de ella durante años hasta que un día vio que habían clavado un letrero en el cual se anunciaban las obras de restauración del histórico lugar, el nombre de la empresa contratista y los millones que costarían los trabajos. A partir de ese día comenzaron a llegar obreros, cortaron el monte y cercaron la casa con una valla. Pero su vida no cambió. Los obreros se iban por la tarde y no venían los fines de semana. Tampoco nadie le tocó sus pertenencias.

• Revista Imagen Latinoamericana. Consejo Nacional de la Cultura. Caracas, junio-julio 1993. No. 100-96. También en varias antologías.

Hasta que la casa no abriera sus puertas al público no habría nada que temer y para eso faltaba mucho, los trabajos se sucedían lentamente y él continuó llevándola los domingos por la noche. Pero ahora ya no era posible, ella no vendría nunca más y él pasaría solo las noches en Anauco Arriba y los días en Chacaíto. Caracas era eso para él, no le resultaba fácil moverse con una sola pierna. En cambio para ella no, ella recorría la ciudad todo el día y cualquier persona podía reconocerla porque siempre usaba el mismo vestido de cuadros grises y blancos, largo hasta los tobillos, y un pañuelo en la cabeza. Él le había dicho muchas veces que tenía que cambiarse, que parecía disfrazada y llamaba la atención. Cuando pedía limosna en la Avenida Principal de Las Mercedes, aprovechando los semáforos, la gente le gritaba que ya le habían dado en la Plaza Venezuela, que ya la habían visto en la Miranda. Él le había insistido que no usara esa ropa de disfraz, que se pusiera unos bluyines y una franela como todo el mundo, pero ella era muy terca. No quería quitarse su vestido de cuadros grises y blancos porque era un vestido santo, ese vestido se lo había regalado una mujer santa y mientras lo llevara puesto nada malo le ocurriría. A veces discutían por el vestido y ella se enfurecía y lo amenazaba con que nunca más subiría con él a Anauco Arriba. Por lo menos el pañuelo, le pedía. El pañuelo era muy llamativo porque nadie lo usaba amarrado así, como lo llevaban las negras antes, quizás cuando vivían los dueños de la casa de Anauco Arriba, pero la mujer santa le había enseñado a amarrárselo y no se lo quería tocar.

Cuando se acostaban juntos los domingos por la noche, ella se negaba a quitarse el vestido y el pañuelo y él le levantaba las faldas y le desabotonaba la parte de arriba, pero nunca la vio desnuda. A veces le decía que se lo quitara y se echara agua porque olía mal, ella refunfuñaba y se metía en otra de las habitaciones con una lata de agua y se bañaba un rato, pero cuando salía se había puesto otra vez el vestido. A él no le importaba que usara siempre el vestido pero sí le preocupaba porque era una seña inconveniente. El sabía que algún policía podía reconocerla y ella se irritaba si él hablaba de eso, le decía que mientras tuviera el vestido no le pasaría nada malo y por lo tanto no se la llevarían. El había dejado de discutir el asunto del vestido porque sabía que podría cumplir su castigo de no volver a verlo, y para él era difícil buscarla, no podía caminar la ciudad a la misma velocidad que ella y además nunca hacía el mismo recorrido, siempre en avenidas principales pero nunca en el mismo orden ni con días definidos. La única regla que habían fijado era Chacaíto los domingos por la tarde y siempre la habían respetado.

No recordaba exactamente cuánto tiempo hacía del día en que la encontró por primera vez, pero habían pasado varios años, estaba seguro de eso, llevaba la cuenta por las navidades que habían transcurrido. En navidad había muchísima más gente en Chacaíto, él vendía más falsos sellados del 5 y 6 y ella encontraba

carteras mucho mejor provistas, las personas se paraban frente a las tiendas más tiempo y se distraían. Pero ahora no cumpliría con la cita de los domingos. Ya no estaba y él tenía que pasar la tarde solo y la noche solo. Las noches en Anauco Arriba eran un recuerdo que le apretaba el estómago, se acurrucaba en una esquina donde había puesto el colchón -ella no llegó a conocer el colchón-, y allí doblado se dormía. Sentía el vacío de su cuerpo y la necesidad de sus manos de tocar el vestido de cuadros grises y blancos y de escuchar lo que ella decía mientras él la acariciaba. Ella se reía y después le contaba historias de la mujer santa y se enfurecía si él no las creía. Entonces él decía que sí, que creía en la mujer santa y creía que ella, cuando se muriera la mujer santa, sería la nueva mujer santa, pero eso era casi imposible porque la mujer santa era casi inmortal. La mujer santa veía aparecidos y les hablaba pero solamente cuando no había nadie cerca, si había otras personas los aparecidos no le hablaban, y sufría y se tiraba al suelo por los dolores cuando eso ocurría. La mujer santa tenía muchos poderes y quien no creyera en ella podía morir. El no creía en la mujer santa porque nunca había tenido ninguna creencia, pero no le importaba decirle a ella que sí, y le prometió que un día la acompañaría a conocerla porque la mujer santa lo estaba esperando. Era una gran alegría que ella le hubiera hablado de él a la mujer santa, quería decir que no lo recordaba solamente los domingos, por eso le había prometido que irían juntos un día a verla, y ella también le había prometido que le pedirían a la mujer santa que usase sus poderes para conseguirle una pierna falsa. Ella había visto dónde las vendían, sólo que ella robaba carteras pero no podía robar piernas ortopédicas. Con la pierna ortopédica podría acompañarla mientras daba vueltas por la ciudad pero eso no era lo que ella quería. Ella quería que él tuviera la pierna ortopédica para que fuera como todo el mundo. Ahora ya no podrían discutir por el uso de la pierna ortopédica porque ella no vendría más, ni tampoco irían a visitar a la mujer santa. Ahora él, cuando oscurecía, se levantaba de la acera, recogía las muletas y echaba a andar hasta Anauco Arriba solo, y se doblaba en el rincón a esperar que fuera de día otra vez.

La primera vez que no vino, él estuvo arrastrándose en la acera recogiendo papeles para guardarle los más bonitos, los más grandes, los menos sucios. Pensó si le había dicho la semana anterior alguna cosa que la hubiera enfurecido; ella era una persona que podía gritar y romper y dar patadas durante horas si la molestaban o no comprendían lo que quería, pero no pudo recordar nada. Todo había transcurrido como siempre, había llovido el último domingo que se habían visto y se marcharon antes, no pasaban camionetas pero a ella no le había importado. Cuando llegaron a Anauco Arriba el aguacero era muy fuerte y estaban chorreando, ella estuvo un largo rato hasta que logró prender unos palos con gasolina y se echaron cerca del fuego tapados con una cobija, y después estuvieron juntos, mientras él le acariciaba el vestido y le desabotonaba la parte

de arriba. Comieron una pizza que habían comprado en Burger King y estaba muy fría y dura, ella trató de calentarla sobre el fuego pero se quemaba, y él le había dicho que no lo hiciera, que era peor, pero no recordaba que ella se hubiera enfurecido por eso, se la comió como estaba, y luego se quedaron dormidos. Cuando amaneció y él se despertó ya ella se había ido, pero eso era normal, nunca estaba cuando amanecía porque salía muy temprano a recorrer la ciudad. El domingo estuvo esperando a que apareciera en Chacaíto hasta que se hizo completamente de noche, pasaba muy poca gente y habían encendido las luces de las vitrinas y de la cafetería. Le pareció que era demasiado tarde para subir hasta Anauco Arriba y bajó al sótano para dormir en algún recodo del estacionamiento, pero no pudo dormir en toda la noche pensando qué habría podido ocurrirle. Cuando el estacionamiento comenzó a llenarse y llegaron los vigilantes salió de nuevo a la superficie, se compró un café con leche y trató de pensar dónde podría estar. La mujer santa era la única persona de la que ella había hablado, pero no sabía cómo llegar hasta donde vivía la mujer santa, le parecía que ella nunca había precisado el lugar. Esperó a que fuera otra vez domingo, aunque estaba seguro de que tampoco vendría, se le ocurrió que quizás los malabaristas la recordaban y por casualidad podrían haberla visto en alguna avenida de la ciudad. Pero los malabaristas no se acordaban para nada de ella, durante la semana montaban cauchos en un taller mecánico y solamente venían a Chacaíto los domingos. Entonces le preguntó a los buhoneros que instalaban sus tenderetes al otro lado del centro comercial y a una vieja que vendía lotería a la entrada del Metro pero nadie la conocía, nunca la habían visto ni sabían nada de ella. A él le parecía imposible que no recordaran el vestido de cuadros grises y blancos pero todas las personas a quienes preguntó decían que no. Estuvo dudando mucho tiempo si sería lo correcto. El policía que daba vueltas alrededor del Burger King se había acercado a vigilarlos muchas veces pero nunca habían tenido inconvenientes, él estaba vendiendo sellados del 5 y 6 y eso era legal, ella no estaba haciendo nada, sólo sentarse al lado de él. El policía tenía que recordarlos, y seguramente se había fijado en el vestido de cuadros grises y blancos. Pasaron varios días sin que se atreviera a preguntarle, pero ya no aguantaba más la soledad de Anauco Arriba por la noche ni los domingos en Chacaíto sin ella. Había recogido tantos papeles para dárselos cuando la viera que había tenido que meterlos en una caja de cartón, le gustaba la alegría que a ella le producían los papeles, cómo los acariciaba, los alisaba, los doblaba, y cuando alguno le era particularmente querido, se lo metía en un bolsillo del vestido. Tener todos aquellos papeles guardados esperando por ella le hacía mucho daño.

Estaba seguro de que su desaparición se debía a una circunstancia grave porque no habían discutido la última vez que se vieron, y además sabía que para ella también eran un vacío las tardes de los domingos sin él y sin subir a Anauco

Arriba. Entonces se atrevió a hablar con el policía y le preguntó si él sabía de la mujer del vestido de cuadros grises y blancos que se sentaba con él los domingos a vender los sellados del 5 y 6. No le quiso decir el nombre porque el policía recordaría el vestido pero nunca el nombre. Sin embargo tampoco recordó el vestido ni a la mujer pero, después de un largo rato en que estuvo pensando, le informó que había tres alternativas: la primera, la más probable, que la hubieran atropellado, constantemente los mendigos eran atropellados, sobre todo los sábados por la noche porque la gente iba muy rápido y muy borracha; la segunda, que la hubieran puesto presa porque seguramente ella pedía limosna y también arrebatava carteras, y la tercera, que le parecía la menos probable, que la hubieran recogido en un asilo nuevo que habían acomodado para indigentes y locos. Decidió empezar por la última de las alternativas, si no la encontraba, entonces intentaría la segunda y recorrería las comisarías, pero eso sería más lento porque quedaban en puntos muy distantes, de modo que cuando hubiera terminado de visitar las comisarías ya la habrían trasladado a la cárcel de mujeres y llegar hasta allí sería verdaderamente complicado. La primera alternativa cegaba toda búsqueda, ni siquiera en el cementerio podría encontrarla y no estaba muy seguro de cuál sería el destino de los cadáveres de los mendigos que aparecían en las autopistas. El quería a toda costa buscarla y pensar en la muerte no le permitía buscarla.

Al día siguiente muy temprano tomó un autobús para ir hasta el asilo. No le gustaba montarse en autobuses por el asunto de la pierna, se le hacía muy difícil y la gente protestaba porque el autobús se detenía demasiado tiempo y el conductor generalmente le gritaba, pero el asilo quedaba muy lejos y no había ninguna camioneta que pudiera llevarlo hasta allí. Lió un paquete con comida y los papeles más bonitos que encontró, los que pensó que le gustarían más a ella, y logró llegar sin que le importaran demasiado las quejas de los pasajeros, incluso una estudiante de liceo lo ayudó y le dejó su puesto. Dio sus señas y su nombre, y esperó un buen rato hasta que apareció un funcionario. El funcionario pensó que él venía a quedarse y le explicó que ya había demasiado gente y hasta que no se desocuparan algunas camas no podrían acogerlo, pero él lo disuadió de su error y le aseguró que tenía trabajo, no era indigente, y le mostró los sellados del 5 y 6 que llevaba en el bolsillo, el motivo de su visita era buscar a una persona. Le preguntaron otra vez el nombre, la cédula de identidad, el día en que esa persona había ingresado y sus señas particulares, y esperó unas horas más hasta que el funcionario volvió de nuevo y le dijo que había alguien que podía responder a su descripción y que si él era cónyuge o familiar. Le pareció mejor decir que era el concubino, entonces el funcionario la llamó y ella apareció ante él, con su mismo vestido de cuadros grises y blancos corrió a abrazarlo y estuvieron sentados

juntos en unas sillas de metal hasta que el funcionario les avisó que iban a cerrar las puertas.

Desde el día en que la había encontrado la visitaba siempre que le estaba permitido. El asilo era un enorme galpón de dos pisos, en la planta baja vivían los indigentes y en la de arriba los locos amarrados a los tubos de las camas. Ella estaba en la planta baja, en la que no había camas sino jergones de paja. Frente a los jergones había unos huecos para que hicieran sus necesidades y una manguera para regar el piso después. No existían cocinas de modo que una vez por semana traían la comida y la guardaban en las oficinas. Les era incómodo discutir allí sus asuntos porque los asilados gritaban mucho, sobre todo los de la planta alta. El pidió permiso al funcionario para visitarla en las sillas de metal que había en el pasillo de las oficinas y el funcionario aceptó. Fue una gran mejoría sentarse afuera, en silencio, donde ella podía disfrutar mejor los papeles o prepararse para el día en que saliera y fueran a ver a la mujer santa. El comenzó a planear la fuga, los sábados los funcionarios se iban temprano y únicamente quedaba el vigilante, podía traerle unas latas de cerveza y regalarle algunos sellados del 5 y 6, darle conversación, y cuando estuviera distraído, ella escaparía.

Poco antes del día señalado para la fuga estallaron los disturbios y el plan tuvo que posponerse. No había transporte y nadie en el asilo contestaba el teléfono. La ciudad estaba sitiada y para cruzarla era necesario atravesar por calles donde había constantes tiroteos. Eso no le hubiera importado demasiado, el caso era que no llegaría hasta el asilo sin autobús. Los periódicos decían que faltaba poco para que los disturbios cesaran y todo volviera a la normalidad, pero se le hacían muy largas las noches escuchando las ráfagas de metralla y las sirenas. Tampoco durante esos días pudo bajar a Chacaíto, estuvo limpiando el suelo de la habitación donde dormían en Anauco Arriba, los obreros habían arrancado los postigos viejos para reemplazarlos y entraban muchas hojas y polvo. La idea de la comida no lo dejaba dormir, las tiendas estaban cerradas y la mayoría saqueadas, le había sido muy difícil encontrar algo para él y pasaba horas pensando en el asilo. La comida la llevaban los lunes en una camioneta pero aquel lunes la ciudad amaneció interceptada.

Los locos gritaban pegando las escudillas de metal contra los tubos de las camas y tratando de romper las correas que los sujetaban, los de abajo se habían salido del galpón e intentaban forzar las cerraduras de las despensas donde se guardaba la comida, únicamente quedaban algunas latas y plátanos podridos y comenzaron a repartirlo y a golpearse con las sillas o con las mismas latas porque no alcanzaba para todos. Los funcionarios hicieron acto de presencia y gritaban más dando órdenes de que estuvieran tranquilos y asegurándoles que la comida llegaría por la tarde, pero no se calmaban y por la tarde vinieron algunos soldados y un médico que estuvo inyectando a los más exaltados para que se durmieran y

esperaran al día siguiente, cuando por fin llegaría la camioneta. Al día siguiente uno de los asilados agarró la manguera y comenzó a disparar el chorro de agua contra los funcionarios, de modo que fue necesario cortarla. Los excrementos redaban por el piso y el olor se hizo tan insoportable que los funcionarios se negaron a entrar, y volvieron a llamar al médico y a los soldados para que los asilados se apaciguaran mientras limpiaban el galpón, y prometieron que la comida llegaría al día siguiente. Al día siguiente uno de los asilados le robó a otro dos plátanos que tenía escondidos entre la paja del jergón y se produjo una conmoción en toda la planta baja, comenzaron a sacar la paja de los jergones, a desparramarla y a empujarse unos a otros hasta que uno de los asilados cayó al suelo y otros lo atropellaron y lo patearon. Los funcionarios volvieron a llamar a los soldados y al médico, y éste dijo que era necesario sacar el cadáver de inmediato para evitar una epidemia, y volvieron a asegurarles que la comida llegaría al día siguiente. Al día siguiente muchos de los locos habían logrado zafarse las correas, bajaron dando tumbos por una escalera de caracol que comunicaba las dos plantas, y se lanzaron contra los portones que separaban el galpón de las oficinas. Cuando los soldados vinieron los apuntaron con los fusiles y el que estaba al mando los amenazó con disparar si no se quedaban tranquilos, y les volvió a gritar que la situación en la ciudad era muy grave, había estado de sitio y una lucha muy dura, de modo que la comida se necesitaba para la tropa, pero les aseguró que al día siguiente vendría la camioneta y repartirían algunos víveres. Al día siguiente el asilo amaneció tranquilo, todos estaban en la planta baja y se echaban unos arriba de los otros tratando de estar cerca de la puerta cuando vinieran los soldados a traer la comida. Por la noche entró un funcionario y explicó que la camioneta no podía llegar, así que tenía instrucciones de abrir las puertas del asilo para que los que quisieran irse a la calle buscaran una solución hasta que los disturbios cesaran. Abrió las puertas del galpón y los fue dejando salir en pequeños grupos. Afuera un pelotón de soldados los estaba esperando. Ella también salió, cuando se vio en la calle echó a andar y cruzó de acera. En ese momento escuchó la ráfaga de los soldados y los cuerpos que caían al lado de ella, corrió lo más rápido que pudo, a su vestido de cuadros grises y blancos le brotó una mancha y quedó pegado contra el muro.

Se arrimó al quiosco de los periódicos para leer las noticias de los acontecimientos y pudo ver la foto del asilo y los titulares que anunciaban los disturbios. Los funcionarios habían intentado detenerlos pero todos habían escapado aprovechándose del desorden que reinaba en la ciudad. Todos sin excepción. Ahora seguramente vagaban de nuevo por las calles y resultaría imposible recogerlos. El sabía que no era verdad, porque si ella estuviera libre, no hubiera faltado a la cita de los domingos en Chacaíto. La hubiera visto aparecer con su vestido a cuadros grises y blancos, a lo lejos, cuando el sol estaba bien alto

y la acera quemaba, y se habría sentado a su lado para ayudarlo a vender los sellados hasta que el sol declinara, y entonces juntos hubieron recogido muchos papeles y se habrían marchado despacio hasta Anauco Arriba. Y así, una semana tras otra, el tiempo hubiera ido pasando con algún sentido para él que no fuera la dureza de la acera sobre la que se arrastraba y la humedad de la tierra en su refugio de Anauco Arriba. Pero para los que habían disparado sobre su vestido de cuadros grises y blancos, nada de eso existía, sólo habían dejado vacío un vacío, y él no tenía nadie a quien decirle que él amaba ese vacío, que él era el dueño de ese vacío, e incluso, que él tenía derecho a ese vacío, aunque los que habían dado la orden de disparar sobre su vestido de cuadros grises y blancos pensaran que nada faltaría en el mundo después de que el vacío se hubiera borrado. Y él pensó que en alguna parte del mundo debieran estar escritos los vacíos desaparecidos.

1989

Extrañas maneras de conocerse, 2001

Axel, perro viajero

A Milagros Mata Gil

La mujer de al lado quitaba las malezas y sembraba rosas que florecerían en el verano. Era una anciana con singular fuerza en las piernas y precisión en las manos. Empujaba el azadón con el pie izquierdo y se agachaba repetidamente hasta encontrar el nicho adecuado para hincar la raíz de las matas. Nos saludábamos tímidamente, para asegurar nuestra civilidad, pero sabíamos que no teníamos nada en común y que cualquier conversación sería superflua. Mientras tanto miraba hacia las casas esperándolos. Las puertas se abrían lentamente siguiendo el ritmo disímil de sus habitantes. En algún momento, pensé, Axel y Lisa abrirán la suya. Lisa se sentará en los escalones de la entrada y encenderá un cigarrillo. Axel caminará algunos pasos y escogerá un lugar cercano para acostarse a disfrutar el buen tiempo.

Lisa intentará un diálogo conmigo en la convención de que, a pesar de los años que nos separan, tenemos en común la escritura. Probablemente pensará que mis libros serán extraños, o innecesarios, y de escaso interés para el mundo. Yo he ojeado los suyos en la librería del pueblo y tampoco me hago al respecto demasiadas conjeturas. Hablan de leyendas celtas, de sagas irlandesas y de historias de emigrantes. Entiendo, por los comentarios de la contraportada, que la autora logra con gran virtuosismo incorporar el lenguaje antiguo en su contemporáneo inglés americano y que demuestra un asombroso talento narrativo en la concatenación de las voces femeninas que despliegan la historia. Pero he leído demasiadas contraportadas. Sigue, pues, un conocido diálogo en el cual Lisa me preguntará si alguno de mis libros está traducido al inglés, y otras falsas curiosidades. Contestaré todas sus preguntas con amabilidad pero con la firme decisión de que el tema de nuestra conversación cambie lo más rápidamente posible. Las personas no deberían hablar de cosas que no les interesan.

Axel nos escucha desde cerca. Es silencioso, más que reservado, temeroso. No quiere ser herido y se comprende.

Supe de Axel mucho tiempo atrás. Me había hablado de él, Milagros. Me había escrito, en verdad, una larga carta desde el Tyrone Gutrie Center de Irlanda. Sus cartas, en aquella época por fax, eran narraciones en las que describía a los habitantes del pueblo cuyo nombre tiene una tan complicada ortografía que no me atrevo a reproducir; Annamagarret, quizá, pero seguramente faltará alguna h. Eran cartas muy hermosas las de Milagros, y

lamento que se han ido borrando del papel de fax que usábamos en los noventa. Eran hermosas porque a través de ellas nos constituíamos como escritoras. Milagros me hablaba de Axel. Lo había conocido en aquel pueblo y sentía conmiseración por él. Al parecer era muy rechazado y vulnerable. Muy pobre, también, debía contentarse con las sobras.

Lisa y yo hemos terminado nuestros cigarrillos y nuestros imposibles intercambios literarios, de modo que discretamente nos retiramos a nuestros respectivos interiores para continuar con la tarea. Sus padres viven relativamente cerca, y ella, como joven que construye su destino, busca un sitio independiente y apartado para seguir inocentemente su escritura. Algún día tendrá éxito y podrá con sus derechos de autor comprar “su lugar” en alguna parte.

La mujer de al lado ha terminado de sembrar los retoños de los rosales en una pérgola que ilumina la entrada del conjunto paródicamente nombrado Victorian Village, y ha desaparecido. Tengo entendido que llegó aquí hace varios años y se fue quedando. Se ocupa del *landscaping*. Cualquier hipótesis acerca de su vida anterior y de por qué hizo de este lugar su residencia, sería abusiva de mi parte. Me pregunto, sin embargo, qué hace durante los inviernos cuando el trabajo de jardinería sea imposible.

En sus cartas Milagros daba muchos detalles acerca de Axel, su aspecto, su carácter, su debilidad. Se mezclaba con los escritores y artistas que compartían la residencia del Tyrone Gutrie, particularmente a las horas de las comidas. De vez en cuando alguien lo invitaba a participar y él se acercaba temerosamente, sospechando el odio, pero también con una última curiosidad acerca de la posibilidad de amor de los seres humanos. Milagros describía muy acertadamente ese sentimiento de quien está todavía atento a la esperanza sin verdaderamente creerlo. Había guardado sus cartas sin ninguna intención ulterior, simplemente porque quería conservarlas, pero no había pensado que las releería. O en todo caso, no con el interés que me suscitaron después de mi regreso. Hurgué en mis archivos con la ansiedad que produce el pensamiento de que aquello que perseguimos sea precisamente lo perdido. En efecto, ese detalle insignificante crece en la tensión de la búsqueda y es de pronto como si él no encontrarlo fuese la mayor desolación. Así me ha ocurrido en ocasiones buscando alguna foto -muy precisamente, *esa* foto- que supondría una imagen particular de mi madre. Pero di con la carpeta en la que había guardado las cartas que desde Irlanda me había escrito Milagros y encontré la descripción de Axel que se había convertido para mí en un dato imprescindible.

Milagros había ganado una beca de la Unesco para pasar un semestre en la residencia del mencionado centro irlandés y trabajar en un proyecto cuyo tema ahora no recuerdo. Es fácil suponer que el frío, la neblina, la soledad del idioma, el aislamiento de un pequeño pueblo rural, el encuentro con personas totalmente diferentes a las habituales, son condiciones que inclinan a lo literario y que no le

bastaba con su proyecto, de modo que convirtió a Axel en el personaje de sus cartas. Así las leí y con cierta sorpresa porque me parecía curioso que Milagros se ocupara de perros. Sin embargo, muy clara y nítidamente hablaba de dos: Axel y Greta, una perra, en ese caso. Probablemente le llamó la atención que eran perros que estaban allí sin que hubiese ninguna razón, y que luchaban –particularmente Axel- por su supervivencia. Pero ésa es una condición muy frecuente en los perros, estar en lugares que no explican su presencia, o tener un origen totalmente desconocido. Los perros aparecen de pronto, y desaparecen sin huella.

En mis conversaciones con Lisa supe que también había sido residente del Tyrone y que después se había quedado viviendo varios años en Irlanda. Se enamoró de alguien, supuse, pero hubiera sido una intromisión preguntarlo, de modo que me limite a expresar mi sorpresa; tonta sorpresa, porque vivir en Irlanda sin demasiadas razones puede ser extraño para mí pero no para otros. Le comenté que una amiga mía había sido residente allí pero no creo que eso despertara en ella ninguna coincidencia. En ese momento tampoco yo recordaba las cartas. Le pregunté si tenía a Axel consigo desde cachorro y fue entonces cuando me contó que no sabía exactamente su edad. Lo conoció en la residencia en las mismas circunstancias que ya Milagros me había descrito. Cuando Lisa regresó a los Estados Unidos, sintió que era de alguna manera responsable por Axel y lo embarcó con ella. Por eso estaba allí, escuchando nuestra conversación acostado cerca de nosotras, mirando fijamente a Lisa con el temor de que pudiera perderla.

Su temor se acrecentó cuando Lisa inició los preparativos de la mudanza. Había conseguido un apartamento en el pueblo y decidido que ése sería su hogar por un tiempo indefinido. Comenzó a sacar sus enseres: la computadora, varios cojines, una mesa, maletas de varios tamaños, cajas de libros, un *quilt*, una silla de escritorio. Fue acumulándolos en el jardín frente a su puerta con tranquilidad y experticia. Se había mudado muchas veces en su vida y actuaba con la precisión de una conocedora. Axel sacó su cobija de dormir y la arrastró hacia un rincón, como si fuese el personaje de *Snoopy*, o un niño winnicottiano. Desde allí la miraba hacer, enfurruñado; más que enfurruñado, protegido en sí mismo, acurrucado. Lisa me explicó que las mudanzas le ocasionaban mucha ansiedad –a él, no a ella- porque temía quedarse sin casa. Le dije que el perro, rodeado de corotos, parecía un *homeless*. “Exactamente –me contestó-, él fue un *homeless*”. Comentó después que un amigo vendría con una camioneta para ayudarla a hacer el transporte y metió en su automóvil, ya atestado, más cobijas, algunas cajas de comida, otras maletas. En la casa de sus padres tenía una habitación que seguía siendo de ella, me aseguró como si yo lo dudase; como si de pronto un sentimiento de indefensión la hubiera invadido. Un lugar al cual regresar si las

cosas no iban bien. Pero creo que habrán ido bien. Estoy segura de que un día el nombre de Lisa aparecerá en el New York Times Book Review.

Cuando regresé a Caracas me acordé de las cartas de Milagros y de sus relatos de perros. Las busqué ávidamente, como ya dije, porque quería estar segura de que era el mismo perro. No podía ser una casualidad o una coincidencia, se trataba del mismo. De ese modo, Axel, perro irlandés, había seguido la tradición emigrante de sus antepasados, que eran, a su vez, consignados por Lisa en su primera novela, ya que probablemente es también descendiente de irlandeses. No se lo pregunté, pero lo supongo obvio tanto por el tema del libro como por el color rojizo de su pelo y las pecas. Axel, ahora, seguía su destino literario que había comenzado en aquel pequeño lugar de largo nombre en Irlanda –si es que nació allí- y continuado en unas cartas que guardo en Caracas, y que ahora recuerdo en otro lugar que se asemeja a aquél donde nos conocimos.

La mujer de al lado atraviesa el terreno arrastrando una carretilla de jardinero. Es un trabajo pesado para una persona de su edad pero ella lo ejecuta con absoluta frescura en sus movimientos. Tuve una carretilla de juguete cuando era niña. Creo que fue adquirida en Juguetelandia, o si no, en Sears Roebuck de Venezuela. No la utilizaba para jugar de jardinera sino como parte de un diálogo que sostenía con un niño que vivía en mi habitación. Se trataba de una imagen enmarcada y colgada frente a mi cama –no recuerdo si era una foto, una acuarela, o quizás un recorte de alguna revista. El niño estaba sentado en los escalones de la puerta de su casa; la casa de tablones de madera que distingue a millones de hogares en los Estados Unidos. La estación debía ser otoño porque podían verse algunas hojas amarillas en el suelo, al lado de la carretilla. Estaba vestido con unos “overoles”, una franela de rayas, y una gorra ladeada como para darle un aspecto pícaro. Yo sentía una enorme curiosidad por su casa –su hogar o su casa, como quiera decirse. La puerta estaba cerrada y no aparecía ningún adulto ni otros miembros de la familia, pero el conjunto traducía la noción de paz, armonía e intimidad que formaban parte de la imagen de la familia norteamericana de los años cincuenta. El niño, sin embargo, estaba afuera, y parte de mi curiosidad tenía que ver con la intuición de una exclusión; con la premonición de que el niño preparaba una huida. Un niño prófugo del hogar que desmentía así la felicidad doméstica que su imagen parecía anunciar. Creo estar bastante segura de que yo quería ser ese niño, o al menos estar allí en aquella casa, y arrastrar la carretilla con manzanas que yo recogería del huerto de mi padre y vendería después a los vecinos como La Pequeña Lulú.

Puede ser que de aquel extrañamiento venga mi voyerismo por las casas ajenas. O era quizás una prefiguración de que en mi vida habitaría muchas casas, mejor dicho, de que habría muchos espacios habitables en los cuales yo viviría. La mujer de al lado ha vuelto a abrir su puerta. Lleva ahora unos guantes gruesos

y limpia la maleza que se forma alrededor de la pérgola. Es una maleza intrascendente; muy poca cosa, quiero decir. Una maleza a la que yo no le prestaría atención. La veo hoy decidida a entablar conversación, y evidentemente hablaremos de plantas; que me son tan ajenas como a Milagros los perros, pero forman parte de esos conjuntos en los que reparamos cuando nos encontramos lejos de la “casa” o del “hogar”.

He sabido que su relación con el cuidado de los jardines tiene muchas sobredeterminaciones (su padre, comerciante de rosas; su marido, golfista y diseñador de canchas de golf; su hijo, cirujano de árboles). Estuvo viviendo en una *senior citizen residence* y la institución rebajaba los costos de los residentes que contribuyeran con su trabajo. Empezó, pues, a plantar, y lo sigue haciendo aquí. Sospecho que ésta es su primera ocupación formal, y que probablemente antes era ama de casa, aunque ignoro cómo logró conseguir un empleo a los 81 años. Misterios del neoliberalismo, o quizá de la esencia de su mismo trabajo: la perenne renovación de la naturaleza. Le confieso mi preocupación por saber qué hará durante el invierno. Me contesta que entonces palea la nieve que se acumula frente a la puerta de *su* casa; el jardín es de todos pero las casas son de cada cual. Me comenta también que ha vendido la suya. De modo que no sé si considera este *cottage* su “casa” o su “hogar”.

Los norteamericanos tienen un concepto claramente diferenciado entre *home* y *house*, que no se rinde con exactitud para nosotros en *hogar* y *casa*. “Hogar” puede sonar algo cursi –“el calor del hogar”-, o también relacionado con estadísticas –“los hogares dirigidos por mujeres”-; o los cinismos políticos –“queremos devolver la paz a los hogares venezolanos”. Cuando queremos decir “hogar”, decimos “casa”. “Regreso a mi casa”; “me esperan en la casa”; ¿qué estará pasando en la casa?; “nunca escuche decir eso en mi casa”. Casa es un sinónimo de familia. Los norteamericanos preguntan: “¿dónde está el hogar para usted?”, sobreentendiendo que la casa donde uno esté viviendo no es necesariamente el hogar. Y que uno vive en múltiples casas a lo largo del tiempo sin que todas ellas hayan adquirido el estatuto de hogar. Son expertos en mudanzas. Axel, con el tiempo, también lo llegará a ser.

Donde vive el corazón

Con imprudencia la señalé y alzando la voz le dije a Yolanda: “mira la viejita”. Estaba sentada en un banco al final del muelle de Saybrook, una antigua población de la costa noreste de los Estados Unidos. Su figura se recortaba en la soledad del paseo peatonal que acompaña al río Connecticut mientras transcurre lentamente en su entrada al mar. No había más nadie, y ella, Sister Julie, parecía estar esperándonos; esperar a alguien, en todo caso. Como si hubiese salido aquella tarde calurosa a contemplar su infancia, a recapitular sus memorias, y éstas la hubiesen conducido a un lugar tan apartado –no por la distancia- como es Caracas; apartado en el pensamiento, en la imagen, en el registro de los habitantes de Saybrook.

- ¿De dónde son ustedes? – preguntó en un español bastante aceptable.

No había dicho “viejita” en un sentido despectivo, pero me incomodó que me escuchara porque no se me hubiera ocurrido jamás que aquella mujer hablara español. Al contestar “Venezuela”, una palabra tan saturada para mí de resonancias no demasiado alegres o reconfortantes en aquel momento, su rostro se iluminó. “Viví varios años en Caracas”. Explicó las razones que la habían llevado allí, de inmediato supimos que era maestra, y que había viajado a Venezuela con las monjas de una congregación cuyo nombre podría ser Mercy. Vi entonces que en las manos tenía un rosario.

Sister Julie pasó entonces a enumerar sus recuerdos de Caracas. No detalló nada relativo a la ciudad, tampoco a la época de su estadía. Recordaba personas. Por ejemplo, a los Bottome. Quería saber si Margot Boulton estaba viva. Quién era el dueño de la radio: Peter o Roberto. No cabía duda de que Sister Julie no confundía a Venezuela con Colombia o Argentina, como suele ocurrir cuando alguien nos dice que estuvo en América Latina. Hablaba con conocimiento de causa. Recordaba a una familia Rincones; Mannheim Rincones. Y que habían desaparecido en un incendio. Esta ocurrencia me resultaba conocida. Había escuchado relatarlo a una prima mía que conoció a esas personas. Pero, ¿qué tenían que ver los Mannheim Rincones con la congregación Mercy? Sister Julie estaba convencida de que el señor Mannheim había financiado una escuela de medicina, lo que a todas luces resultaba un dato equivocado pues no hay en Venezuela ninguna escuela de medicina privada. Tratamos de sacarla de su error pero era inútil y además innecesario. Estaba convencida de que había

frecuentado a un benefactor de la medicina venezolana y no éramos quienes para rebatirle sus recuerdos.

La conversación nos llevó hacia las catástrofes. ¿Había ocurrido algo como un huracán recientemente? Efectivamente, los niños de la escuela Mercy habían recolectado unos 6.000 dólares para enviárselos a los niños de Vargas. ¡Quién sabe –me dije- a dónde fueron a parar esos 6.000 dólares cuya recolección debió costar tanto esfuerzo!, pero no hubiera sido capaz de hacer un comentario tan brutal. Luego Sister Julie quiso saber qué tal conservaba su español -muy comprensible, le dijimos- y de allí siguió a recordar los otros lugares en los que había ejercido la misericordia. Cuernavaca. Puerto Rico. Ecuador. Por sus ojos pasaba una monja joven haciendo el bien y llevando la palabra del Señor a los necesitados.

Sister Julie va con frecuencia a una pizzería (“más que una pizzería, en verdad”) de nombre Fiore. El dueño proviene de la antigua Yugoslavia y durante dos años no pudo hablar con su madre ni saber de ella. “Hay demasiada pobreza, demasiadas guerras, demasiadas desgracias”. ¿Quién podría discutirlo? Sister Julie sabe la causa: “Dios nos dejó diez mandamientos. Si hubiera querido un mundo liberal hubiera dejado diez sugerencias. Si hubiese querido decir *sugerencias*, lo hubiese dicho. Pero quiso decir *mandamientos*. La gente cree que son sugerencias”.

Tuve por un momento la sensación de que Sister Julie acudía al muelle por las tardes en búsqueda de interlocutores. Quizás hacer el bien, era, en ese momento, darle conversación a una anciana que recordaba haber sido útil para los pobres del tercer mundo. Pero su vocación era ésa y no aceptaría gratuitamente nuestro tiempo. Con mucho esmero nos explicó la dirección del Fiore, cómo llegar a aquel restaurante que era *bueno*. Y debíamos advertir que veníamos de su parte, así como preguntar si podían darnos el precio del almuerzo aunque fuese la cena. Le pregunté si iba con frecuencia, pero no contestó nada preciso. Percibí que no quería dar detalles demasiado precisos acerca de sí misma, pero había despertado mi curiosidad y en esos casos puedo ser implacable. Necesitaba saber más de ella, encontrar algunas claves de su vida. Le pregunté, entonces, si ella era de allí, o al menos de aquella zona. Debía existir alguna razón por la cual estaba sentada en el muelle de Old Saybrook, después de haber vivido en México, Venezuela, Puerto Rico, Ecuador, y también –recuerdo ahora- en Nueva York, Boston, y quizás alguna otra ciudad que dejó fuera del recuento. Sentía su incomodidad ante mis preguntas directas pero a los norteamericanos les gusta hacer ese tipo de preguntas -de dónde es usted, en qué lugar se educó, cuál es su trabajo-, y no las consideran impertinencias. Entonces, ¿por qué no preguntarle a Sister Julie en qué parte de los Estados Unidos había nacido? ¿O por qué había conocido a los Mannheim Rincones? “Ustedes tienen dos

apellidos, Rincones era una parte del apellido”. González Rincones, contesté, porque me sonaba así, pero eso no le decía nada.

Siempre dudamos cuando alguien nos dice que estuvo en estas regiones haciendo el bien. Pensamos que probablemente sea alguien de la CIA, o de las misiones religiosas que penetran a los indígenas con fines inconfesables. No entendemos demasiado lo de “hacer el bien”, ni nos preocupamos por las diferencias entre “mandamientos” y “sugerencias”. Al final, somos así, gente que no cree en nada. Yo dudé de ella cuando contó una anécdota quizás ocurrida en Guatemala, según la cual queriendo comprar harina pidió arena. Me pareció que era un chiste que había escuchado antes, pero a lo mejor simplemente quiso hacer humor o demostrar que entendía los juegos de la homofonía. También dudo que verdaderamente hubiese estado en Caracas porque las personas suelen fijar algún punto preciso de los lugares que han conocido, algún barrio o calle que hayan quedado como señalización de la memoria, y ella, estoy segura, nunca mencionó un nombre que atestiguará su estadía; pero nada la obligaba a decirme la verdad.

Tanta fue mi insistencia en saber del origen de Sister Julie que logré arrancarle su secreto. “De niña viví aquí. He vivido en muchas partes pero aquí está mi corazón”. Esa era, pues, la razón por la cual se sentaba en el muelle, a pocos metros de un restaurante de langosta –que no recomienda por ser muy caro y no tan *bueno* como el Fiore-, con el rosario en sus frágiles manos a contemplar una infancia de la que no quiere hablar. Sus manos de monja, delicadas, delgadas, largas, con las uñas cortadas hasta el máximo posible y enrojecidas, como las de Mother Joseph. Su tono al hablar de los *mandamientos* era como el de Sister Julie. Contenía una certeza que no transmitían las monjas españolas. Una certeza protestante aunque fuese católica. Cuando quiera en la vida que no he cumplido bien con mis obligaciones, Mother Joseph mira a una niña de doce años desde sus ojos pequeños e intensamente azules y en ellos leo la diferencia entre “mandamiento” y “sugerencia”. Nunca, sin embargo, dio signos de estar preocupada por mis futuros pecados sexuales. El mundo de Mother Joseph era el ejercicio y desarrollo de las virtudes y potencialidades que Dios había dado a cada ser humano en continuación de su obra y en agradecimiento a la vida y los dones recibidos. Su misión era enseñar gramática inglesa a niñas no demasiado interesadas en aprenderla y esa desidia la enfurecía. “Examina en tu conciencia si puedes hacer esto mejor y hazlo así para agradecer al Señor el privilegio de la educación”. Su furor no la hacía levantar la voz ni gesticular; se expresaba en la tensión de su mano al anotar en letra menuda y perfecta las correcciones en rojo en mi cuaderno y en un ligero aumento de la intensidad del azul de sus ojos. Dicho con su correctísima dicción británica era como si me hablase en persona el reverendo Brontë; pero a Mother Joseph solamente le gustaba Jane Austen.

Estuve ausente en mi excursión a Saybrook un par de días y cuando abrí la puerta, la mujer de al lado me saludó con cierta efusividad, como si me conociera, podría decirse. O mejor aún, como si hubiese registrado mi ausencia. Yo volvía al lugar donde estaba viviendo. No sería propio decir “mi casa”, y mucho menos “mi hogar”. La expresión en inglés es *my place*. Esta es una precisa manera de designar la vivienda porque, en primer lugar, no especifica el tipo de la misma -si es una casa, un apartamento, una cabaña, un estudio- y mucho menos la naturaleza de la vinculación -si es propia, alquilada, prestada, compartida, o cualquier otra circunstancia por la cual se habite un determinado lugar. En general, en las películas norteamericanas suele verse con frecuencia que cuando está por ocurrir el primer encuentro erótico alguien le dice a alguien: “vayamos a *my place* para tomar un café”. Quiere significarse el lugar donde esa persona está. Simplemente un lugar que ha sido apropiado temporal o definitivamente. No queda esto precisado. La idea de “casa”, obviamente alude a una estancia permanente. “Mi lugar” es sólo eso: el espacio que un ser humano requiere para no estar a la intemperie. El adjetivo posesivo *mi* no alude, pues, a ninguna condición que implique la pertenencia de ese espacio. Tampoco acerca de las características del mismo, su posible lujo o precariedad. Es “mi lugar” en tanto no soy un animal callejero o una persona indigente, *homeless*, desprovista de hogar.

De este modo creo que lo más exacto es decir que regresaba a “mi lugar”, aun cuando en nuestra semántica “tener un lugar” conduce más bien a la noción simbólica de la pertenencia, o de la condición que nos ha sido marcada por las circunstancias. “Poner en su lugar” a alguien, puede significar que lo devolvemos a la condición de subordinación de la que ha pretendido salir, pero también devolver la valoración a quien la ha perdido; aunque en ese caso probablemente sería más apropiado decir “darle su lugar”. Para abreviar, yo regresaba después de una ausencia de 48 horas al lugar en el que estaba viviendo. O residiendo. Y la mujer de al lado me saludó, como ya dije, con naturalidad, con voz de quien saluda a alguien a quien está acostumbrada a ver. Es decir, como parte de su rutina o su cotidianidad. No quisiera pensar que de su nostalgia. Las personas solitarias -y ella lo es- suelen desarrollar sentimientos más entrañables de lo que podría suponerse y desearse.

He vivido en demasiados lugares para enumerarlos; cuando me instalo breve o transitoriamente en alguna parte rápidamente puedo demarcarla como *my place*, y salvo que por alguna circunstancia me desagrade demasiado, me siento lo suficientemente cómoda conmigo misma viviendo allí. Un sentimiento nómádico, no demasiado acorde con el orden de mi vida, me acompaña y me hace sentirme “yo misma” en cualquier parte. La mujer de al lado, pienso, vivirá aquí el final de su vida. Una existencia que no tiene en común con la mía casi nada, o eso creo y a lo mejor me equivoco totalmente. En este momento hemos coincidido tangencialmente y nos une la noción de jardín. Suele comenzar hacia

las nueve de la mañana y a veces –particularmente ese día del que estoy hablando, y que, además coincidía con el “día de las madres”- la vi trabajar hasta las nueve de la noche, ya escondido el sol. Sé poco de jardinería, más honestamente diría que no sé nada, pero, al fin y al cabo, la idea de sembrar unos geranios, o una flor llamada “portulaca” que recuerda mucho a la “coqueta” caraqueña, no me es del todo ajena. Le he alabado bastante su trabajo, he reparado en ello. Este lugar sin jardín no sería nada; sólo un lugar para dormir. Un “llegadero”, diríamos. En su incansable cuidado del paisaje, la mujer de al lado logra el simulacro de que el “llegadero” se convierta si no en una casa o un hogar, al menos en un lugar que se pueda designar como *my place*. Quizá su pasión en la tarea que realiza tenga que ver con esto. Con la necesidad de recuperar lo que en otros tiempos, cuando era una ama de casa y madre de familia, ella llamaba su casa, su hogar, y no sólo “su lugar”. Logra esto a través de producir un paisaje. De transformar lo que los venezolanos llamamos “monte” en jardín. Crea un paisaje y en él estoy yo. Me saludó con cierta efusividad porque mi ausencia era un vacío en su paisaje. El paisaje, ahora conmigo abriendo la puerta de al lado, vuelve a su plenitud. Y ese pensamiento me tranquiliza. No ser nadie indispensable sino un elemento del paisaje que al igual que las matas, puede sembrarse y sembrarse, desaparecer con las estaciones y regresar con ellas.

Escribo esto mientras la mujer de al lado recoge los palos que trae el viento y desordenan el jardín. Camina en forma algo rígida que la hace parecer alemana –esos estereotipos inaguantables. También se dedica al bien pero sus amores, conocidos, son dos: un gato blanco y gordo que parece un perro, y el jardín mismo. No busca conversación, más bien la rehuye, y sale por las mañanas en su automóvil a comprar los retoños que siembra por las tardes. Admiro su energía, empleada en la continuación de la obra de Dios, pero no siento curiosidad por hablar con ella. Sólo la casualidad nos ha reunido. No tengo interés en conocer su infancia, en el improbable caso de que me la relatara. En cambio he tejido una leyenda para Sister Julie. Pienso que de niña no fue feliz, y que creció en un hogar de Saybrook que la adoptó porque sus padres eran muy pobres. Pero el vínculo con el lugar del corazón no tiene nada que ver con lo que la gente llama “felicidad”, y ella estaba en el muelle porque tenía algo que decirme. Algo que enseñarme. Quizás ayudarme a ordenar mi jardín. A limpiarlo de los palos que arroja el viento desconsiderado. A perdonarme el amor por el lugar donde vive mi corazón.

En la oscuridad de las salas de cine

Mientras hablaba había observado a un joven de la segunda fila que me miraba fijamente y seguía la conferencia con fervor. Cuando terminó el foro lo busqué en el público que se dispersaba pero alguien me retuvo y lo perdí. Me hubiese gustado conocerlo pero no estaba ya dentro de la sala y mis anfitriones me urgían para salir.

La noche siguiente estaba de nuevo allí, sentado esta vez en primera fila. Hoy no lo perderé, me dije. Hablé esa noche de mi novela “Los últimos espectadores del acorazado Potemkin” y Laura me sugirió que leyera un fragmento. Leí el correspondiente a la escena en la cual los protagonistas asisten a la proyección de la película del mismo nombre, sin lograr verla puesto que el proyector se quema y el film se destruye. Luego siguió una sesión de preguntas y el joven quiso saber por qué había escrito esa escena, es decir, por qué había decidido que se destruyera la película. No tenía ninguna respuesta convincente, en general me resulta muy difícil explicar ese tipo de cosas. No hay ninguna razón imprescindible por la cual una anécdota deba ser relatada en una novela. Obedece, creo, a la manera en la cual se van enredando los hilos en la mente de quien escribe. Pero su pregunta contenía algo más que curiosidad técnica, o amabilidad de asistente. Me pareció apreciar un tono de cierta ansiedad que sobrepasaba el interés que pueda despertar una lectura. Intenté, entonces, corresponderle y establecer un diálogo más cercano con quien parecía estar conmovido por algo que yo había escrito sin que acertara a comprenderlo.

Me fui por los caminos de la metáfora. El film de Eisenstein era emblemático de la Revolución Soviética; los personajes de la novela reconstruían la vida de un guerrillero de los años sesenta en Venezuela; eran los últimos espectadores de una era, de una visión del mundo; la película quemada representaba algo que no tenía ya vigencia, etc. Otra asistente irrumpió en la palabra y discutió lo que yo estaba exponiendo. Los acontecimientos del país demostraban que la era revolucionaria no había terminado y que sus principios seguían vigentes. La interrumpí a mi vez diciéndole que estaba de acuerdo y que me había equivocado de título. La novela no debía haberse llamado “los últimos espectadores” sino “los penúltimos”. Esto causó risa y disminuyó la tensión que había producido el tono algo bronco con el que se había producido el comentario. El joven, sin embargo, insistió. Esperó a que el rumor del público se apaciguara, y volvió a tomar la palabra. Me pareció ver un gesto de incomodidad

en Laura, temiendo quizá que el muchacho se apoderara de un protagonismo que a veces acomete a los asistentes de conferencias y otros eventos similares. Le dirigí una mirada cómplice.

El joven, quien se identificó como Gaudencio, insistió en saber por qué había escogido esa película, y sobre todo decidido quemarla. Se volvía repetitivo y presté atención a otra pregunta, que nos desvió favorablemente hacia el final. Terminado el foro, Gaudencio se acercó a la mesa y me preguntó si podía tomarme un café con él. Acepté.

El auditorio estaba dentro de un centro comercial y nos sentamos en un local que anunciaba especialidades griegas. Pedimos un té frío, yo, y una cerveza, él.

- Mi abuelo era el dueño del cine de Turmero, el Capitol. En la Plaza Bolívar.

Me quedé en silencio, esperando algo más, pero Gaudencio también permaneció callado.

- Así que ibas mucho al cine –se me ocurrió decirle.
- Todos los sábados, a matinée.
- Y por eso te interesó tanto el tema de la película de Eisenstein, supongo.
- No sólo por eso –ambos bebíamos despacio-. ¿Usted conoció el Capitol?

Le contesté que no.

- Pero Turmero lo conoce porque habló de que el personaje vivía allí. Pensé que a lo mejor conocía el cine.

Ocurrió un nuevo silencio.

- Mi abuelo pasó esa película muchas veces. La pasaba casi todas las semanas.

Me imaginé que se trataba de un viejo comunista y Gaudencio me leyó el pensamiento.

- Mi abuelo era del partido comunista. Estuvo alzado en eso del portañazo. ¿Sabe de eso?
- Bueno, ése es uno de los capítulos de la novela que estuve leyendo, precisamente.
- Disculpe, no la he leído. Pero ahora lo voy a hacer. ¿Cree que se consiga en Maracay?
- ¿Y qué era lo que tanto te llamaba la atención de la escena en que se quema la película?
- Mi abuelo la pasaba todas las semanas, como le dije. Hasta que un día se le quemó. De tanto pasarla, puede ser.
- ¿Y tú estabas ese día?

- No, ese día no estaba.

Vi a Laura junto a otras personas haciéndome señas y comprendí que debía irme.

- ¿Qué te decía tu admirador? –me preguntaron.

- Que su abuelo era el dueño del cine Capitol de Turmero.

Después de cenar fuimos a dar una vuelta por Valencia de noche y luego me llevaron al hotel. En la recepción me entregaron una nota de Gaudencio: “Gracias por su tiempo. Le prometo leer la novela, aunque no leo demasiado”.

En el Aeroexpreso Ejecutivo que me devolvió a casa seguía pensando en el encuentro. Me pregunté si Gaudencio no estaba en lo cierto al buscar razones ocultas, por ejemplo, por qué había ido él a un foro literario si no era alguien que “leía demasiado”. Por qué había yo escogido esa película, por qué quise quemarla durante su proyección en un cine de París. Pensé brevemente que si hubiese sabido que el abuelo de Gaudencio era el dueño del Cine Capitol de Turmero – que entiendo fue demolido-, podía sin duda haberlo incorporado como personaje secundario de la novela pero ya había transitado suficientemente por ese camino y lo daba por concluido. Me esperaba, sin embargo, en la otra orilla, en Aveiro.

Aquel último día del encuentro, Rosa Alice había preparado un programa muy especial. Por la mañana nos llevó a un recorrido por la costa del antiguo puerto en el que los pescadores continúan su tradicional faena en los *moliceiros*, suerte de góndolas que utilizan para la extracción de sal y la pesca artesanal. Nada me gusta más que una playa fuera de temporada, en el otoño que desvirtúa su papel principal: acoger temporadistas. El abandono del mar cuando no está lleno de niños que gritan y madres que los persiguen y de jóvenes que pasean constantemente por la arena, me resulta un paisaje privilegiado. De la escritura de “Retrato frente al mar”, situado en parte en la costa normanda, posiblemente sea esa emoción la que mejor conservo. Así nos trasladábamos envueltos en un viento inclemente hasta llegar a la orilla en la que algunos aventurados, liderados por Rosa Alice, experimentaban el Atlántico en el mes de octubre. Era gozoso ver aquel grupo de escritores hablando en diferentes lenguas –desde al turco al japonés, pasando por el árabe- y peleando con las dunas para avistar, finalmente, el mar. Algunos, fuerza es decirlo, con una mirada crítica hacia nuestra anfitriona. ¿Qué sentido tenía –se preguntaban- un paseo por una playa en un tiempo que nos obligaba a enfrentarla como un placer prohibido? Pero eso, pienso yo, era un comentario propio de quienes están hartos del gris y sólo podía ser regalo para quienes están hartos de la luz. El poeta español nos pensó como un conjunto fellinesco que avanzaba hacia un destino tan inútil como desconocido. Yo, finalmente, tenía como único propósito desembarazarme del muy buen mozo novelista francés que aprovechaba la ocasión para preguntarme una vez más si había vivido toda mi vida en Caracas -lo que creo es un dato de escaso interés para la suya-, y sobre todo de su esposa, una bella joven bereber obsesionada por

la cultura grecolatina y por saber si en Venezuela se podían encontrar *pequeñas* iglesias cristianas. Era fundamental en su imaginario el hecho de que fueran pequeñas. Habíamos ya compartido varias cenas en la admiración por Roma, que no necesariamente es mi mayor tendencia turística, y quería ahora sentirme sola con las olas tan altas que desafiaba el poeta japonés, pionero de una nueva técnica de recitación del Haiku, cuyo efecto, para mi incultura oriental, era absolutamente cómico.

Después del abundante almuerzo en una tasca, y antes del recital en la Capilla de Jesús que alberga el túmulo de la princesa Santa Juana, joya barroca de la ciudad de Aveiro, estábamos invitados a tomar café y oporto en la casa de Rosa Alice, o mejor dicho en la casa de sus padres. Esta parada en el largo recorrido de un día que había comenzado temprano subiéndonos al autobús que nos llevó a la Costa Nova, y que debía terminar en el mejor restaurante del lugar ya en las últimas horas de la noche, resultaba incomprensible para la poeta franco-canadiense. “¿Adónde vamos ahora?” me preguntó con voz irritada y como si yo fuese la responsable. A casa del papá de Rosa Alice, le contesté con mi modo más coloquial y como si visitar al padre de Rosa Alice fuese una de mis costumbres. “¿A *su* casa?” insistió como si le hubiese dicho que nos dirigíamos al lugar más insólito del planeta. Sí –afirme sin vacilaciones-, a *su* casa. “Pero, ¿qué debemos hacer allá?” Vamos a tomar café y un oporto; di así por terminada la explicación de lo que para la franco-canadiense era uno de los hechos más incomprensibles de su viaje. “Así es el multiculturalismo”, pensé, pero no quise ser antipática.

El señor Branco nos estaba esperando desde la mañana. Vivía en una casa de dimensiones estrechas y de muchos pisos cerca del Convento de Jesús. Nos recibió en la puerta junto a la señora Branco y fuimos invitados a bajar al sótano que había sido remodelado como sala de cine. Inmediatamente pensé en el abuelo de Gaudencio. Las sillas años cuarenta, una barra de bar, el anticuado proyector, las paredes tapizadas con las fotografías y diplomas de premios acumulados durante la larga vida del señor Branco hubiesen sido su mayor envidia. Había escrito doce novelas y era un cineasta aficionado que había merecido todos los premios imaginables para la localidad de Aveiro y otras ciudades de Portugal. El sótano, además de sala de cine, era un icono de la resistencia portuguesa a la dictadura de Salazar. Allí se habían reunido clandestinamente los revolucionarios para trazar estrategias, preparar manifiestos y discutir interminablemente en el humo de los cigarrillos negros. Fuimos servidos con café y oporto, y se dio inicio a la proyección del film; probablemente el máspreciado de los muchos que había realizado. Era un documental que recordaba mucho “Araya” de Margot Benacerraf y así se lo hice saber después a la poeta franco-canadiense, feminista a quien debía interesarle que

ese film ganó la Palma de Oro en Cannes, bastante tiempo atrás. Pero creo que el asombro que le despertaba aquella situación ensombrecía cualquier otra sorpresa.

Comenzó la proyección y ocurrió lo que es perfectamente normal en estos casos y seguramente lo hubiese sido para el abuelo de Gaudencio. Sólo había video pero no audio. La desolación del señor Branco, un hombre alto que a pesar de la edad conservaba su porte, me embargaba también. La señora Branco, mientras tanto, nos enseñó a las mujeres del grupo el pequeño estudio contiguo en el que los niños Branco hicieron sus tareas escolares bajo su vigilante mirada. No cabía duda de que esta proyección había sido anticipada por días, quizá meses, desde que Rosa Alice, poeta, editora, promotora de infinidad de acontecimientos literarios, había iniciado los preparativos del encuentro. Ahora, sentados en las sillas de cine años cuarenta, con los oportos en la mano, esperábamos el momento más importante de nuestra visita, y el audio se negaba a funcionar. Algunos tímidamente insistimos en que las imágenes eran tan bellas que podíamos olvidarnos del sonido pero eso era un argumento latinoamericano y nada portugués. Los portugueses son gente de oficio, de detalle, de tesón. ¿Sin sonido? La película sin banda sonora no era nada, dijo el señor Branco. Los hermanos de Rosa Alice intentaban solucionar el impasse técnico pero no daban con el problema. La señora Branco nos pasaba inmensas bandejas de *oves molles*, una especialidad pastelera de Aveiro que resulta parecida a las yemas de huevo. La poeta francocanadiense miraba impaciente su reloj como advirtiendo que el paso de la vida es implacable. El poeta japonés sonreía divertido ante lo inexplicable y el novelista francés se servía una nueva copa de oporto. Yo comprendí que el señor Branco me había regalado el desenlace para el cuento inconcluso del cine Capitol de Turmero que comenzó a escribirse cuando Laura me invitó a un foro en El Carabobeño, y así se lo comenté al poeta español, quien sonrió alzando levemente su bigote ante lo espurio del oficio narrativo, siempre saqueador.

Finalmente la solución aportada por Rosa Alice triunfó. Abandonamos la sala de cine y subimos un piso para acomodarnos convulsivamente en el salón familiar, repleto de cincuenta años de recuerdos familiares, en donde se pudo mostrar la película en formato video. No era lo mismo, desde luego que no, y para el señor Branco la decepción era hiriente, pero vimos su documental dedicado a los salineros de los *moliceiros*, que tanto nos recordaban a los salineros de Araya. Y tenía razón el señor Branco, la banda sonora era imprescindible. La señora Branco la vio como si no la hubiese visto nunca, o nunca pudiese terminar de sentir la amorosa admiración por su realizador.

“Aquí en esta sala de cine pasé mi infancia” dijo Rosa Alice cuando partimos y apuradamente cruzábamos la calle rumbo a la Capilla de Jesús. “Aquí mi papá proyectaba “El acorazado Potemkin”. Y yo comprendí que la verdadera razón de mi viaje al encuentro literario de Aveiro no había sido otra que

encontrar una respuesta para Gaudencio en aquella sala de cine clandestina en la que una niña educó su corazón revolucionario.

Buscando a Hirst

Prof. Anton Szekely
245 East Main Street
Clinton, CT

Prof. Paul Hirst
125 Charing Cross Road
London

Clinton, 30 de septiembre de 2000

Distinguido Profesor Hirst

Seguramente le sorprenderá recibir esta carta porque no tengo el gusto de conocerlo. En la biblioteca de Saybrook, una población cercana a donde me encuentro, encontré una publicación suya -“Freud en las ruinas de Pompeya”- en una revista editada en algún país latinoamericano. Leo bien el español aunque no lo hablo, y experimenté una gran alegría no sólo por su apreciable estilo literario sino porque revela a un verdadero conocedor. Para escribir un artículo así se requieren muchos años de investigación y no pude ni quise evitar la tentación de escribirle. Compartimos la solitaria especialidad de historiadores del psicoanálisis, materia en la que como bien sabe abundan los corsarios y advenedizos. Aquí en Connecticut, donde temporalmente resido desde que la necesidad me obligo a abandonar la Europa postcomunista, no tengo oportunidad de intercambiar opiniones con nadie. Los “expertos” de Nueva York son gente muy desdeñosa y despreciativa que creen saberlo todo y no sienten ninguna curiosidad por las investigaciones independientes. En realidad lo que más me estimuló a escribirle es que supongo que Ud. es también un investigador independiente. Estoy convencido de que es la única posición desde la cual desarrollar ideas de alguna importancia. El investigador académico se debe a su universidad y termina siendo un perro fiel. ¿Está de acuerdo?

Mis intereses han fluctuado mucho a lo largo del tiempo en que me he dedicado a este tema. Es una historia laberíntica la psicoanalítica, y resulta imposible establecer una corriente directa, unos hilos van llevando a otros. En una geografía de meandros la única vía es seguir el curso de los mismos sin temor a perderse ni a las calles ciegas. Los jóvenes tienen ideas muy diferentes al respecto. Consideran que es necesario apoderarse de un tema y escudriñarlo hasta que se tenga evidencia de que toda la documentación existente ha sido revisada. Métodos

“científicos”. Yo prefiero seguir el camino freudiano: convertir en interrogaciones los fracasos. Creo, sin conocerlo, que estará de acuerdo conmigo.

Su investigación acerca del vaso pompeyano cuya réplica compró Freud en uno de sus viajes a Italia es conmovedora. Es la clave, sin duda, de que ese viaje lo realizó con su cuñada Minna. Al estudiar detalladamente las curvas del peplo de la figura femenina, usted demuestra que son similares a la del vestido que usó Minna en el Bar Mitzvah de su hijo Ernst; si bien es cierto que jamás tuvo la gracia de una belleza helénica, demasiado aficionada a los postres vieneses, supongo. Por cierto, ¿cómo encontró esa foto? Es usted un verdadero sabueso. No aparece en ningún catálogo conocido. Yo poseo una colección que es también inédita. Es una parte de las últimas que tomó Engelman en el apartamento de la Berggasse 19, antes del exilio, y que luego entregó a Anna en Londres. Se dice que la necesidad obligó al fotógrafo a vender algunas, no puede culparse a un hombre en guerra. Tendré un gran placer en enseñarle estas fotografías pero comprenderá bien que no puedo correr el riesgo de enviarlas por correo.

Con mi admiración, lo saluda

Anton Szekely

.....

Prof. Paul Hirst
125 Charing Cross Road
London

Prof. Anton Szekely
245 East Main Street
Clinton, CT

London, Octubre 17, 2000

Estimado Profesor Szekely,

Ha sido para mí una gran alegría recibir su amable carta. Tiene usted toda la razón, el trabajo de investigador independiente es muy solitario, y poco reconocido, valga decirlo. Este articulo acerca del vaso pompeyano lo escribí hace varios años, y, ¿querrá usted creerlo?, no lograba publicarlo. Finalmente lo pude hacer en la pequeña revista que tan azarosamente llegó a sus manos y de cuyo prestigio editorial no estoy demasiado seguro, pero era ya una pesadumbre continuar con ese trabajo inédito. Me la recomendó un colega de Buenos Aires a quien había pedido ayuda en busca de editor. Ciertamente, el asunto Minna, a pesar de lo que diga Gay, es algo ya resueltamente identificado, pero el puritanismo anglosajón impediría que fuese publicado en sus grandes editoriales. Somos nosotros, europeos, los que podemos atrevernos a llamar a las cosas por su nombre. Al pan, pan, y al vino, vino, dicen esos bárbaros españoles. ¿Conoce usted a Schulze? Sus investigaciones acerca del caso de la pequeña mesera del Tyrol han resultado un escándalo. Sufrió incluso una demanda por parte de una universidad norteamericana que acreditaba ser la propietaria de los documentos investigados. Un acto de hostilidad, sin duda, hacia el pobre Joachim, un hombre muy modesto que vive refugiado en su aldea suiza.

Por supuesto que sería un enorme placer ver su colección de fotografías. Desgraciadamente un estúpido accidente me tiene reducido prácticamente a la inmovilidad y me es imposible viajar. ¡Qué maravilla si usted pudiera visitarme en Londres! Es aquí, por supuesto, donde se encuentran los más importantes documentos. No crea para nada en esa fábula según la cual Anna donó a la Biblioteca del Congreso la correspondencia con Fliess. Le aseguro de buena fuente que está aquí, vivita y coleando, en Hampstead. Pero esos perros guardianes del museo son intraspasables.

*En fin, amigo Anton, esto será el principio de nuestra, por ahora, epistolar amistad.
Con mi sincero aprecio,*

Paul Hirst

P.D. Su apellido, ¿es una casualidad o tiene relación con el discípulo de Freud?

.....

Prof. Anton Szekely
245 East Main Street
Clinton, CT

Prof. Paul Hirst
125 Charing Cross Road
London

Clinton, 1 de noviembre de 2000

Apreciado Paul,

Mientras le escribo cae una nevada sensacional sobre este pequeño pueblo ("pueblo" llaman a un conjunto de casas aisladas y partidas por una carretera surcada por un tráfico infernal). Leo y escribo en la soledad de mi retiro. Yo tengo también algunos problemas de salud, de vejez, más bien, y mi hija consiguió para mí esta residencia cercana a la ciudad donde vive. Emigró a los Estados Unidos hace bastante tiempo y se casó con un americano de origen griego. Tienen un próspero negocio de automóviles en New Haven, pero trabajan como verdaderos locos. Yo, viudo y enfermo, sería una carga imposible para ellos. Pero no quiero quejarme, y menos atribularlo con problemas que no le importan cuando usted mismo sufre sus dolencias. Hablemos de las cosas verdaderamente importantes.

El caso Schulze lo conocía. No a él personalmente, desde luego, sabe usted bien lo imposible que eran los viajes para nosotros los de la Europa comunista, pero supe del affaire a través de una colega alemana con la que mantuve correspondencia. Entiendo que quedó devastado. ¡Acusarlo de estafa o de fraude! Es inverosímil. He leído varios de sus trabajos y lo considero un investigador de primera talla. Pero, obviamente, sus conclusiones acerca de la mesera del Tyrol resultaron demasiado arriesgadas. Decir que cuando Ferenczi y Freud eran huéspedes del refugio alpino, Sandor intento seducir a Katherina, esa pobre criatura, analfabeta y casi débil mental, y que esa fue la luz que iluminó a F. para comprender que los síntomas de la joven se relacionaban con el incesto que el padre cometía con ella, era ir muy lejos. Con razón nunca quiso que Sandor se casara con Anna.

Pero permítame contarle acerca de mi trabajo en la actualidad. Mi interés en estos últimos tiempos se ha centrado en una investigación acerca de la baronesa Anna von Lieben. Los clínicos le han dado muy poca vigencia a Frau Caecilie M., y por ello pienso que es de interés para nosotros los historiadores. ¿Por qué dejar tan olvidado uno de los casos al que el propio Freud dio mayor importancia? He allí la primera clave. Con todos mis respetos por

Strachey (una coincidencia, no tiene nada que ver con James), pero seguir investigando el caso Dora es una pérdida de tiempo después de lo que escribió Hanna Decker. No, es necesario ir hacia lo desconocido. Tengo pruebas bastante fehacientes de que Frau Caecilie fue amante de Charcot. Con el consentimiento de Freud. Y que F. lo ocultó porque esa relación contribuyó al agravamiento de la enfermedad de aquella pobre mujer. Pero ya sabe usted cómo son los franceses, y Charcot en particular. Toujours la chose sexuelle, ¿no era así que decía el insigne maître? Pero F. fue siempre muy sumiso con Ch. Se comprende. Necesitaba su apoyo.

No puedo continuar con la carta por el momento. Me llaman para la cena y los horarios son absolutamente estrictos.

Me despido con el mayor afecto,

Anton

.....

Prof. Paul Hirst
125 Charing Cross Road
London

Prof. Anton Szekely
245 East Main Street
Clinton, CT

London, Noviembre 19, 2000

Querido Szekely,

Me habla de Charcot... Jean Martín Charcot... ¡qué engaño para el mundo! Tengo toda la evidencia de que Charcot fue un hombre fraudulento. Las investigaciones de Mme. Skolnikaya lo prueban suficientemente. Pero, ¿cuál fue el destino de la pobre Olga? Murió abandonada de todos, hasta de sus hijos, en París, donde subsistía gracias a la caridad de unas monjas. Yo vivía allí entonces, iba a visitarla algunas veces, le llevaba galletas o flores, cosas sin importancia pero que ella apreciaba enormemente. Le debo a Skolnikaya mucho de mi trabajo. Ella fue la que me guió hacia el vaso pompeyano, sin su olfato no hubiese conseguido nada.

Charcot, es hora de que la historia de la ciencia lo sepa, robó todas las anotaciones acerca de la histeria que había escrito un discípulo suyo muerto tempranamente en una crisis epiléptica. Esa es la gran clínica charcotiana: un robo que ejecutó aprovechándose de la precaria salud de otro y de la admiración y confianza que le profesaba aquel joven. Así sucede con frecuencia, amigo Szekely, los verdaderos genios pasan desapercibidos mientras que los vividores, los aprovechados, los “inteligentes”, logran hacerse con todo.

Me ha entristecido el recuerdo de Skolnikaya. No puedo seguir escribiendo. Hasta pronto.

Paul

.....

Prof. Paul Hirst
125 Charing Cross Road
London

Prof. Anton Szekely
245 East Main Street
Clinton, CT

London, Diciembre 4, 2000

Amigo Szekely,
No he recibido respuesta a mi anterior. Me pregunto si está usted cansado de nuestra correspondencia.
Lo saluda su enervado amigo,

Paul

.....

Prof. Anton Szekely
245 East Main Street
Clinton, CT

Prof. Paul Hirst
125 Charing Cross Road
London

Clinton, 18 de diciembre de 2000

Paul,

¿Cómo puede pensar que me cansa su correspondencia? Ocurre que mi hija y yerno se empeñaron en que pasara con ellos unos días de vacaciones. Tiempo insufrible y perdido para mi trabajo. Pero era Thanksgiving y ellos acostumbran a celebrar esta festividad, que como usted comprenderá no tiene mayor sentido para mí, un viejo húngaro. Estuvimos varios días en su cottage en Maine, un lugar helado y totalmente apartado de la civilización en el que no hay ni siquiera servicio postal. Para mayor desgracia, tuve una caída en la nieve dura que se apelotona a la entrada de la casa y al regreso me vi obligado a pasar varios días en absoluto reposo. Espero que mi hija haya comprendido que no son vacaciones adecuadas para un hombre de mi edad. De modo que es hoy cuando por fin puedo sentarme a contestarle.

¡Cuán arriesgadas pueden ser las mujeres! ¡Desacreditar a Jean Martín Charcot...! Sólo una valiente mujer polaca podría haber sido capaz. Conocí los primeros trabajos de esa insigne historiadora pero después le perdí la pista. Ignoro si tiene publicaciones posteriores a 1963, es la última fecha en que leí algo de ella. Creo recordar que era una investigación acerca de la princesa Bonaparte, un asunto algo turbio que comprometía la relación del marido con los nazis. En sus trabajos iniciales había enfatizado la importancia de los viajes de Freud, pero después pareció enfilar hacia otros rumbos y abandonó por completo el tema. Mi admiración por usted se acrecienta al saber que fue amigo íntimo de Olga Skolnikaya.

Se despide todavía algo debilitado,

Anton

.....

Prof. Anton Szekely
245 East Main Street
Clinton, CT

Prof. Paul Hirst
125 Charing Cross Road
London

Clinton, 27 de diciembre de 2000

Amigo Paul,

Con algo de retraso, y esperando que le llegue antes del año nuevo, mis mejores augurios para el porvenir. Somos viejos, Paul, pero aún nos queda mucho por aportar a nuestro mundo.

A veces me siento una carga pesada. Mi hija Marina y mi yerno deben pagar por esta senior citizen residence una cantidad que si la tradujera a zlots sería simplemente obscena, pero ellos me insisten en que no debo seguir viviendo hacia atrás. ¡Qué fácil decirlo! Una de las residentes ideó una manera de pagar menos trabajando para la institución. Al parecer sabe bastante de jardinería —su padre comerciaba rosas y su hijo es cirujano de árboles, de modo que va en la familia- y ofreció sus servicios. En forma tan eficiente que, la verdad, embelleció mucho el entorno, y se le ocurrió poner un anuncio en la prensa local. He aquí que a los 81 años consiguió que el propietario de un conjunto de cottages de alquiler, la contratara, y sin más, nos dejó. Eso fue este verano, no sé qué estará haciendo ahora durante el invierno que permite pocas florituras. Pero, ¿en qué ofrecerme yo?, un historiador de psicoanálisis y antiguo profesor de literatura húngara que sigue luchando con el idioma inglés. Podría servir de traductor pero por aquí nadie parece necesitar demasiado mi idioma. Me inscribí en una oficina de asuntos comunitarios y efectivamente una noche me llamaron de urgencia. Una pobre mujer, emigrada como yo, se había perdido y no lograba el camino a su casa ni portaba documentos. Alzheimer. La policía logró entender que hablaba húngaro y me avisaron. Vinieron a buscarme, conversé un largo rato luchando con sus incoherencias hasta que pude sacarle algunos datos que permitieron reintegrarla a su casa. Había tomado un tren en Boston y no lo recordaba. En fin, me dijeron que cuando la familia viniese a buscarla me pagarían mis servicios pero hubiese sido indigno, ¿no cree? También he intentado enseñarle algunas nociones a mis nietos pero mi hija opina que resultaría demasiado confuso para ellos. En realidad no se atreve a decirme que el húngaro no sirve para nada.

Así que lo único que me queda es aprovechar este frío intenso y la rudeza del paisaje, sin la dulzura de mis añorados cafés de Pest, y la soledad a la que me somete estar rodeado de personas con las que no tengo ningún interés en comunicarme, para continuar en lo que puedo mis investigaciones sobre Frau C. Repaso los documentos que logré traerme y elaboro mis hipótesis, pero, obviamente, me falta lo principal: algún documento fehaciente. Estoy a la espera

de una respuesta por parte de la Biblioteca del Congreso. No se imagina, Paul, la bomba que se dan estos señores. Obtener un permiso para consultar los documentos de la Colección Freud es más difícil que averiguar los secretos del Vaticano. Sobre todo en mi caso, una persona sin referencias ni firmas que me avalen. He enviado más de diez veces mi curriculum vitae; siempre parece faltar algún dato importante. La última vez me lo devolvieron porque no había escrito el Zip Code en mi dirección. Si estaba en el sobre, ¿no podían copiarlo ellos en la hoja interior?

Recuerdo hoy una pregunta que me hizo tiempo atrás y había dejado sin contestar. Sí, efectivamente, soy descendiente de Andrés Szekely, el discípulo de Freud. Era hermano de mi abuelo. Supondrá la reverencia que hubo en mi familia por este antepasado.

Lo dejo por hoy,

Una vez más, feliz año nuevo,

Anton

.....

Prof. Paul Hirst
125 Charing Cross Road
London

Prof. Anton Szekely
245 East Main Street
Clinton, CT

London, Enero, 18, 2001

Queridísimo Anton

Fue muy grata tu felicitación de año nuevo. ¿Podemos tutearnos, no es cierto? No me queda nadie en este mundo, por ello tu amistad ha sido un regalo invaluable. Fui alguna vez un hombre de familia. Cuando mi esposa me dejó - vivíamos entonces en Francia-, buyó a Buenos Aires con nuestra hija. Digo que buyó porque no concertó conmigo su partida. La emigración judía a Argentina era masiva en aquellos años y la comunidad se ocupaba de recibirlos. No supe más de ellas.

No te desanimes con esos presuntuosos yankees. Demostrar el cinismo de Charcot es más importante. Y lo temeroso de nuestro venerado F. también. Siempre la cosa judía persiguiéndolo. Como a todos.

Hasta pronto,

Paul

.....

17 febrero, 2001

Amigo, amigo Paul,

Sólo una nota apresurada para agradecerte tu última carta. Me das ánimo para continuar con la pobre Frau C. Hoy vienen las hermanas de la congregación Mercy a visitar a los residentes y no tengo tiempo de más. Se empeñan en hacer el bien y es necesario permitirselo.

Anton

.....

Prof. Paul Hirst
125 Charing Cross Road
London

Prof. Anton Szekely
245 East Main Street
Clinton, CT

London, Marzo 12, 2001

Queridísimo Anton,

Después de unas semanas de silencio, hoy tengo una gran alegría que deseo compartir contigo. Digo que es una alegría porque no encuentro una palabra suficientemente grande y hermosa para describir mi estado de ánimo. Estuve ayer, una vez más, en el Freud Museum. Suelo sentarme en un saloncito que abren para los investigadores y en el que es posible leer y escribir sin las interrupciones que producen los turistas. Llegó la hora de cierre y el vigilante me lo advirtió, pero en atención a que me desplazo con gran dificultad, no me urgió a salir y me concedió un cierto tiempo para recoger mis papeles. Mientras lo hacía escuché su conversación con el otro vigilante —son dos— diciéndole que tenía que irse de inmediato porque había recibido una llamada del hospital avisándole que su esposa estaba dando a luz. Sin duda olvidó advertirle de mi presencia. Me disponía a salir cuando apagaron las luces. Escuché el sonido de las cerraduras y por la ventana vi que el segundo vigilante estaba ya en la cancela del jardín. Créase o no, Anton, estaba encerrado en la casa de Freud.

Mi primer impulso fue usar el teléfono y llamar a la policía o a los bomberos, pero luego recapacité. La casa de Hampstead para mí solo. ¿Era esa una oportunidad, un destino que yo pudiese anular con una estúpida llamada a los bomberos? Si me encontraban nadie podría culparme de nada, por el contrario, sería la víctima, un anciano impedido que, por descuido de los vigilantes, había quedado condenado a pasar la noche allí. Busqué en la oscuridad las luces y logré encender una pequeña lámpara. Sentía temor de encenderlas todas porque seguramente los vecinos están acostumbrados a que la casa permanece apagada durante las noches y les llamaría la atención verla iluminada. Mi única posibilidad era que en alguna parte hubiese una linterna pero me era imposible buscarla en la oscuridad. Decidí esperar hasta que fuese lo suficientemente tarde como para que los vecinos durmiesen. Si alguien daba aviso a la policía, mi excusa seguía siendo la misma, había quedado encerrado y encendido las luces intentando buscar un teléfono. De todos modos tomé la precaución de hacerlo una a una, según las iba necesitando.

Subí al segundo piso, el que tienen acordonado de forma tal que reduce al visitante a la condición de voyeur. Pero, en el fondo, ¿no ha sido ésa la historia del psicoanálisis? Una pequeña historia sexual detrás de una gran narrativa sexual. Me di el gusto, Anton, de acostarme en el diván de Freud. De cerrar los ojos y quedarme echado en él, sin que nadie, ni el propio Freud, me advirtiera de que la hora había terminado. Oler los secretos de tantos aristócratas y ricos burgueses que allí dejaron sus miserias. ¿No es único ese placer? Experimentar la locura de Serguei Pankejeff allí mismo, donde la había depositado; husmear los secretos de Ida Bauer bajo la manta con la que cubría sus pies, y burlarme de las ratas del tonto de Ernest Lanzer. Esperar la entrada de Paula la sirvienta con una bandeja de té. Darle, si se me antojara, una patada a Jofi, el Chow del maestro. Todo eso para mí, Anton. Para un hombre que ha dedicado su vida a esa historia y que no ha recibido nada a cambio.

Permanecí un buen rato, no puedo precisar cuánto, pero hasta que me dio la gana. Y la colección de objetos de arte. Réplicas; Freud no era un hombre rico, se conformaba con las réplicas. Y yo con acariciarlas. Pasé con delicia mis manos por aquellos objetos atesorados en viajes y anticuarios de segunda mano. En el fondo, una colección mediocre, de gusto pequeño burgués, pero el museo la cela como si se tratara de joyas de la antigüedad. Hubiera podido romperlas a mi antojo.

Luego pasé a la sala donde está el monitor en el que puede verse el video de Anna. Soy poco diestro con estas nuevas tecnologías pero logré ponerlo en marcha. Lo he visto muchas veces, demasiadas, casi podría describirlo de memoria, pero ahora había una diferencia sustancial: Anna hablaba para mí. Me mostraba su casa, su perro, su sirvienta, sus padres, sus recuerdos, a mí, Paul Hirst. Un muchacho que nació en Prybor. ¿Te había comentado eso alguna vez? Sí, el mismo pueblo en que nació Freud. ¿Qué es Prybor hoy? Ha sido Checoslovaquia, Imperio Austrohúngaro, Imperio Soviético. Uno de los más horribles pueblos en la más horrible de las regiones del norte de Checoslovaquia. Perdón, de la República Checa. Cerca de ese pueblo instalaron fábricas de armamentos nucleares. Es un ejemplo de la arquitectura estalinista. Un monumento a la fealdad. Pero, ¿qué importancia tiene todo esto ya? Es uno más de los testimonios del horror.

Yo estaba allí, Anton, en la última morada de Freud y Anna hablaba para mí. Comprenderás que mi única verdadera intención era llegar a la sala de los archivos. No estaba demasiado seguro de dónde se encontraba pero la casa no es demasiado grande y me dispuse a un recorrido metódico. Revisé uno a uno todas las salas de la planta alta, sin resultado. Luego hice lo mismo en la planta baja, y tampoco encontré nada. El sótano, elemental, querido Watson. La casa debía tener un sótano, pero, ¿por dónde era el acceso? Quizás estaba deliberadamente oculto. Mi búsqueda comenzó a hacerse agobiante arrastrando mi pierna enferma por aquellas salas húmedas y sin demasiada iluminación. Por fin tuve una revelación. Volví a poner en marcha el video de Anna. Lo hice llevado por una intuición. Esta vez sin poner atención a sus palabras, solamente con la mirada fija en los espacios de la casa. De pronto, la luz se hizo. Detuve el video y lo repuse una y otra vez. Sí, allí, en la escena en la que Anna muestra al perro, frente al jardín posterior se detallaba una pequeña puerta trasera. Evidentemente estaría cerrada, pensarás. Pero no fue así. La pequeña puerta, tan pequeña que tuve que agacharme

para pasar, estaba abierta. Conducía a lo que seguramente había sido el cellar, un espacio destinado a guardar enseres o comida, y de uso para los sirvientes. El pomo de la puerta obedeció a mis manos y entré en ella. Los gabinetes estaban cerrados pero sin demasiadas previsiones de seguridad. Eran cerraduras sencillas que saltaron fácilmente.

¿Cómo puedo relatarte el resto de la noche? Estuve hasta el amanecer copiando a mano los datos que estaban allí, frente a mis ojos, como regalados por algún dios magnífico que quisiera compensarme de tantos sufrimientos y pérdidas. Toda mi vida ha sido este trabajo y esa noche en la casa de Freud fue su culminación. Una vez que escriba los resultados de este hallazgo, podré desaparecer con tranquilidad.

Termino aquí la carta, amigo Anton. Estoy agotado. Imaginarás lo que es una noche en vela a nuestra edad.

Te abraza,

Paul

.....

Clinton, Marzo 30, 2001

Paul:
Me sorprendía tu silencio pero ahora lo comprendo. Estoy anonadado con tus noticias. No duermo esperando saber cuáles fueron tus hallazgos.

Anton

.....

London, Abril 13, 2001

Anton,
Necesito un poco más de tiempo para poner en orden todas mis anotaciones. Te ruego paciencia.

Paul

.....

Clinton, 29 de abril, 2001

Paul,
¿Cuánto tiempo crees que puedo resistir la curiosidad? En nombre de nuestra amistad, te suplico me escribas así sea una breve nota. Hasta pronto,

Anton

.....

London, 17 mayo, 2001

Queridísimo Anton,
Tienes toda la razón en tus reclamos. No he tenido fuerzas para escribirte. Trabajo unas doce horas diarias, y como vivo solo, debo además prepararme algo de comida y llevar mi ropa a la lavandería automática, lo que me toma mucho tiempo.

Siempre tuyo,
Paul

Clinton, 18 de junio 2001

Paul,

No he recibido todavía carta tuya comentando tus hallazgos pero estoy tan emocionado con lo que ocurre que pasaré por alto mi impaciencia. Este próximo mes de julio cumpliré ochenta años. Mi hija quiere hacerme un regalo muy especial. Nada menos que un viaje a Europa. Desde aquí es bastante asequible, el pasaje a Londres se puede conseguir en unos 300 dólares. El plan es el siguiente: viajaríamos todos juntos, Marina, mi yerno, y mis dos nietos, Shirley y Tony. Una vez en Londres ellos alquilarán un automóvil para recorrer Escocia. Yo, por supuesto, permanecería en la ciudad. Tendríamos aproximadamente una semana para disfrutar de la conversación a nuestras anchas, podrías ver las fotos de mi colección, y discutir todos tus hallazgos. Es un homenaje de la vida que no esperaba.

Contéstame cuanto antes.

Anton

.....

Clinton, 7 de julio 2001

Paul,

No he recibido respuesta a mi carta en la que te anunciaba mi próximo viaje a Londres. Ya es un hecho.

Estoy repasando las fotografías. Las llevaré a mano, aunque es una carpeta pesada pero jamás correría el riesgo de que viajen en las maletas. Una de ellas, Paul, es un daguerrotipo de Frau C. dedicado a F. Aparece esta gran dama con su perro y vestida de gala, románticamente apoyada sobre un capitel que reposa en un trípode. Esta es una obra de arte. Pero la más preciada, la joya de la colección, la retrata en los días en París, y por si hubiese alguna duda de que fue ella la paciente con quien F. viajó a Francia, podemos verlos a los tres: Sí, a ellos tres: F. , Ch. y Frau C. en un restaurante de lujo (que supongo pagó ella). Estas son las más importantes desde el punto de vista de la investigación, pero obviamente hay otras muchas de interés. Fotos de Anna cuando viajó a Ámsterdam, de su retiro en Hochroterd con Dorothy Burlingham, varias de los nietos, y una, muy querida para mí, en la que F. pasea con mi tío Szekeley frente al río en Budapest.

Hoy es 7 de julio. Saldremos en 15 días. Me gustaría que pudieses contestarme antes pero si no, tendrás la sorpresa de verme frente a la puerta de tu casa.

Abrazos,

Anton

.....

London, Julio, 7, 2001

Apreciado Anton,

En efecto, he recibido tu carta del 18 de junio pero me ha sido absolutamente imposible contestarte antes. La dolencia de mis piernas ha aumentado considerablemente al punto de que debo trasladarme de Londres a una casa de reposo en las afueras. La asistente social del distrito visitó mi apartamento y consideró que el grado de desaseo en que se encuentra, la ausencia de comestibles, y otros detalles sórdidos que te aborro, son méritos suficientes para admitirme como huésped de una residencia de ancianos por un cierto tiempo, o en forma definitiva si fuese necesario. No sé dónde me alojarán. Cuando se recibe limosna no se está en capacidad de exigir o preguntar. Es muy triste que tu viaje coincida con este empeoramiento de mi condición, pero haré lo imposible para estar aquí al menos un día.

Te saluda,

Paul

.....

Prof. Anton Szekely
245 East Main Street
Clinton, CT

Sr. Paul Hirst
125 Charing Cross Road
London

Clinton, 2 de febrero de 2002

Sr. Hirst,

Ignoro si se encuentra todavía en esta dirección pero es la única que tengo. Leo en la misma revista en la que por primera vez supe de usted una nueva publicación. "Las relaciones entre Freud y Charcot. A propósito del caso Frau Caecilie M."

Es interesante comprobar que la baronesa Anna von Lieben efectivamente fue amante de Charcot, como lo suponía, y creo se lo había comunicado en algún momento de nuestra correspondencia. Haber encontrado una carta de F. confirmando la especie a Fliess, es, sin duda, convincente. Un dato así no lo hubiera podido lograr yo jamás, desde mi retiro aquí en los Estados Unidos. Pero todas mis investigaciones habían apuntado hacia ese hecho, usando la deducción y también mi trabajo de archivo de muchos años en la Biblioteca de Budapest y en el archivo de Berlín. En fin, la suerte, la casualidad, o lo que fuera, lo ha conducido a usted a ser el propietario de ese dato. No podrá, por supuesto, revelar sus fuentes. Lo acusarían de haber sustraído documentos del Freud Museum y enfrentaría graves problemas. Eso lo sabe usted mejor que yo. Recuerdo al pobre Schulze y siento lástima por él. Se dijo que un colega lo había traicionado y que la demanda por parte de la universidad norteamericana no había sido tan inocente. ¿Cómo pudieron ellos saber en qué estaba trabajando si todavía no había publicado su trabajo acerca de la pequeña mesera del Tyrol? Misterios. Como también es misterioso que Skolnikaya abandonara inconclusas sus publicaciones, justamente cuando adelantaba una investigación acerca de los viajes a Italia.

Lo que sin duda ha resultado excesivamente sorprendente es que aquella tarde en Londres en que nos vimos por primera y última vez, usted me pidiera que le dejara las fotografías por una noche para tener el placer de contemplarlas a solas. A pesar de sus dolencias, fue usted bastante rápido en lograr en menos de 24 horas unas reproducciones más que aceptables.

Anton Szekely

.....

Prof. Anton Szekely
245 East Main Street
Clinton, CT

Sra. Ana Teresa Torres
Caracas, Venezuela

Clinton, 2 de febrero de 2002

Estimada Señora,

Quiero advertirle del gran error en que ha incurrido al publicar el artículo “Las relaciones entre Freud y Charcot. A propósito del caso Frau Caecilie M.”, aparecido en el último volumen. Contiene datos absolutamente inciertos y denigrantes para la memoria de Freud. Existe una Asociación Internacional de Historia del Psicoanálisis a la que pertenece la mayor parte de los investigadores reconocidos y legitimados por la Asociación Psicoanalítica Internacional, y antes de haber publicado un trabajo de Paul Hirst, debería usted haberse informado mejor. Hirst es un conocido plagiarista y me propuse demostrarlo y denunciarlo públicamente entregándole unas fotos apócrifas que, como bien supuse, utilizó fraudulentamente. Por otra parte tengo testimonios escritos que prueban el hurto de documentos sagrados para pergeñar una falsa historia, que es la que usted, con probable ingenuidad, ha publicado. Esta es la oportunidad que muchos hemos estado esperando desde hace años: desenmascarar a Hirst.

Dejo a su conciencia lo que debe hacer pero si quiere aceptar un consejo, le digo que lo procedente es denunciarlo de inmediato a la Asociación que le menciono y cuya dirección le adjunto. De otro modo, lo haré yo. Es por el bien de su revista que debería tomar cartas en el asunto.

Con mis respetos amicales,

Anton Szekely

.....

From: anaklein@hotmail.com
To: tropicos@yahoo.com
May 23, 2002. 10: 23 am
Subject: buscando a Hirst

*Apreciada Ana Teresa Torres,
Le escribo porque he leído recientemente en la revista Trópicos un artículo acerca del caso Frau Caecilie M, del profesor Paul Hirst. Tengo mucho interés en comunicarme con el autor. Quisiera saber si tienen sus datos o su correo electrónico.
Agradeciéndole su atención, la felicito por su interesante revista. Vivo en Buenos Aires y me gusta leer lo que se escribe en otros países latinoamericanos.
Ana Klein*

.....
From: tropicos@yahoo.com
To: anaklein@hotmail.com
May 23, 2002. 4.47 pm
Subject: RV: buscando a Hirst

*Hola Ana,
Lamento no poderte ayudar. Lo único que puedo decirte es que Paul Hirst nos envió su artículo en inglés desde Londres, nos gustó y decidimos traducirlo y publicarlo. Pero no tengo otros datos ni su correo electrónico. Gracias por tu interés en Trópicos y muchos saludos,*

Ana Teresa

p.s. Por cierto, como anécdota curiosa, alguien me preguntó hace poco por una analista con tu mismo nombre, que había vivido aquí en Caracas.

.....

Prof. Anton Szekely
245 East Main Street
Clinton, CT

Caracas, 3 de junio de 2002

Estimado Profesor Szekely

Le ruego disculpe el retraso de mi respuesta. Su carta me ha impresionado mucho y no tengo palabras para agradecerle su preocupación. Sin embargo, no me siento inclinada a denunciar el caso ante nadie porque el artículo de Paul Hirst fue publicado como un ejercicio de ficción psicoanalítica –nota que puede usted leer a pie de página-, y en ese sentido la verdad de los hechos no requiere ser justificada.

Atentamente,

Ana Teresa Torres
Directora de Trópicos

¿Dónde estás Ana Klein?

Ana Klein estaba sentada en su consultorio escuchando al joven de las 5.40 pm. Miró el reloj disimuladamente, nunca se sabe en qué momento la persona pudiera voltearse y sorprender al terapeuta en la impaciente situación de ver la hora. Sus sesiones tenían una duración establecida en 45 minutos y todavía faltaban unos veinte, se le hacía larga la sesión. Miraba por la ventana y veía un cielo con evidente amenaza de frío y lluvia. Después del joven de las 5.40 venía la adolescente de las 6.30. Divertida, algo insufrible. Luego la mujer de las 7.20. Demasiado melancólica y aburrida. A las 8.10, el hombre de negocios. Intenso y viril. Y por último, a las 9 en punto, la estudiante de psicoterapia. Demandante y mediocre. Total, no importaba si llovía o si hacía demasiado frío; a las 9.45 sería tarde para salir. No tanto demasiado tarde, habría lugares abiertos y gente en la calle. Podría, pensándolo bien, acercarse hasta el café en el que acostumbraban a reunirse varios colegas al final del día a comentar sus sinsabores, pero estaría demasiado cansada para regresar después sola mojándose sin ninguna necesidad. El joven de las 5.40 comenzó a despedirse. Solía tomar bastante tiempo porque sentía la extremada necesidad de relatar en los últimos minutos todo lo que no había sido capaz de decir en el resto de la sesión, pero Ana Klein lo dejaba hacer sin preocuparse. En general la adolescente de las 6.30 llegaba tarde. Pensó mientras tanto que a veces la estudiante de psicoterapia solía llevar algunos pasteles para compartir mientras discutían el caso, y ese pensamiento la alegró. Entonces ella podría sacar una botella de vino y recalentar unas empanadas de modo que el asunto cena quedaba resuelto. A las 9.45 ponerse a cocinar sería aburrido, casi excesivamente fatigante.

Volvió a mirar el reloj. Hoy la adolescente perdería la sesión completa. Sus padres eran gente de dinero, no le darían mayor importancia a ese tiempo malgastado. Pero aun así tomó la decisión de que esta vez les advertiría de que su hija frecuentemente perdía su tiempo sin reposición. No quería perturbar su ética. Tocarón el timbre y abrió la puerta desganadamente. A muchos colegas les enfurecía que los pacientes llegaran tarde. A ella no. La muchacha entró apresuradamente y pasó los 15 minutos que le restaban pidiendo excusas y dando increíbles explicaciones del retardo. Ana Klein no las escuchaba porque eran siempre las mismas con variantes: en el colegio había surgido una reunión inesperada o en la calle los colectivos pasaban demasiado llenos. Recordó que cuando trabajaba en Caracas los pacientes excusaban sus retrasos por la lluvia. Decían: “cayó un palo de agua por allá”. Nunca en Buenos Aires había escuchado que la gente dejara de hacer las cosas que tenía que hacer por la lluvia, pero tampoco antes había vivido en el trópico e ignoraba la fuerza del agua. En

poco tiempo Ana Klein también comprendió que la lluvia es una causa importante de la impuntualidad.

Se preparó para escuchar a la mujer de las 7.20. Era la viuda de un milico. Muchas veces había sentido la tentación de decirle: “termine de hacer su duelo de mierda por la mierda de su marido” pero era demasiado obvio que no podía darse ese gusto. Sentía nostalgia por Caracas pero no podía dejar de sentir odio por la interrupción que los milicos habían producido en su vida. Cualquiera podría comprenderlo, hasta la mujer de las 7.20, si ella le explicara en qué consiste interrumpir la vida. De hecho, ella la había interrumpido de nuevo cuando volvió a Buenos Aires, pero esa es la característica de las interrupciones de la vida. Una vez interrumpida, siempre interrumpida. Regresó a la mujer de las 7.20. Estaba hablando ahora de que su única hija había emigrado a Brasil por un asunto de los negocios de su yerno. “Esto ha sido como una suerte de interrupción en la familia”, dijo, y Ana Klein pensó que las palabras tienen demasiados significados.

Revisó el calentador que estaba debajo de una mesa cercana al diván y comprobó que no funcionaba bien. Seguramente el hombre de las 8.10 vendría de nuevo con la recriminación de que el consultorio estaba frío. “Frío como usted con Laura”. Era una venganza sencilla, e inobjetable porque el hombre se quejaba constantemente de que lo único que sentía por su amante era un incoercible deseo de penetrarla. Más o menos lo que también había ocurrido con las amantes anteriores y consecuentemente con la esposa. Era el paciente de mayores honorarios y no faltaba jamás a una sesión ni llegaba tarde un minuto. Le escuchó el minucioso recuento de la última noche con Laura que tomaba casi toda la sesión porque contenía todos los detalles del coito, precoito y postcoito. Le pareció que se había producido una leve mejoría; no quiso, sin embargo, insistir en ello porque se trataba de una persona con mucha ansiedad ante las mejorías. “Pareciera que ayer con Laura hizo menos frío”, dijo ella; “ahora siento el consultorio más caliente”, dijo él. Ana Klein le dio la razón y le comunicó que la hora había terminado.

Ansiosamente la estudiante irrumpió en el consultorio. “¿Cansada?”, le preguntó. Era una muchacha muy comprensiva. “No tuve tiempo de pararme en la confitería”, dijo sonrosada todavía por el frío de la noche. Comenzaron a discutir el caso. La muchacha leía apresuradamente cuartilla tras cuartilla y ella escuchaba con tranquilidad. Le hizo sentir que había trabajado muy bien las sesiones. No las había trabajado mal, pero tampoco tan bien. Solamente que ya eran las 9.25 y no quería dejarla con un mal sabor. Finalmente la estudiante se fue y revisó la nevera en la que no había nada comestible. Se enroscó la bufanda y se pasó el abrigo, salió a la calle y entró en el bar de la esquina. Pidió lo de siempre: un bocadillo y un vaso de vino. Pasaba todavía mucha gente por delante del bar. Un hombre entró de la mano de una chica más joven. Se sentaron en una mesita

frente a ella. Se miraban a los ojos y se tocaban las manos, tal cual como hacen los enamorados. Quizá lo estén, pensó. Se quedó detallando su rostro, al punto que la chica se dio cuenta y pensó mal. Le devolvió la mirada con desafío. Pero no podía dejar de mirarlo. Era tan parecido que sólo podía ser él. De pronto la chica se levantó y se dirigió al baño. Ella se levantó también y se acercó a la mesa. “Tú no vivías en Caracas?” El se sorprendió y contestó que sí, que sus padres habían estado exilados, cuando los milicos. “¿Y no estabas en análisis?” “Claro, como buen hijo de argentinos. Era el único chico de mi clase que lo llevaban tres veces por semana al psicoanalista”. “Me refiero cuando grande”. “Cuando grande no, gracias al psicoanálisis infantil me liberé de mis padres”, dijo con una sonrisa. Parecía con ganas de seguir la conversación pero en eso la novia regresó del baño y salieron del bar. Quizá tengan una bronca por mi culpa, pensó, pero el parecido era asombroso. Aunque es verdad que había transcurrido demasiado tiempo.

Cuando Ana y Ernesto Klein llegaron a Caracas se instalaron en casa de unos amigos en Colinas de Bello Monte y luego se mudaron a un apartamento en San Bernardino, en la plaza La Estrella. Era un apartamento de dos habitaciones y Ana usaba una de ellas como consultorio. No era demasiado cómodo que las personas atravesaran su intimidad pero era, por el momento, la única manera de tener un consultorio. Cuando Ernesto se fue, la intimidad disminuyó. Es decir, desaparecieron los zapatos que a veces dejaba olvidados al lado del sofá, las tazas de café, y los libros desparramados sobre la mesa del comedor. Algunos pacientes notaron el cambio y otros no, pero en ningún caso Ana aludió al asunto. No había sabido más de él, alguien le comentó que había regresado a Argentina pero era igual que si se hubiese quedado en Venezuela o reemigrado a los Estados Unidos. No había ninguna razón para seguir sosteniendo el hilo de sus vidas. Mucha gente le había preguntado por qué seguía conservando el apellido de casada y siempre contestaba lo mismo: “un nombre es igual que otro”. Y por otra parte, le gustaba la resonancia psicoanalítica de su apellido, y ya muchos profesionales la conocían de esa manera. Cambiarse el nombre por el de casada o volvérselo a quitar cuando se deja de estarlo, era como dejar los zapatos en la sala, una manera de anunciarle al mundo los vaivenes de la intimidad. Ernesto no tenía que ponerse ni quitarse nada por el hecho de dormir o no con ella.

Nunca le había terminado de gustar Caracas. Era una ciudad sin aceras para caminar, había una sola calle con cafés, y en ella demasiados argentinos buscando prensa sureña en el quiosco de uno de ellos y atizando la nostalgia nocturna. Pero también era una ciudad próspera, no le había resultado difícil construir una clientela aunque fuese extranjera ni hacer amigos. Le resultaban un tanto elevados de tono en su manera de hablar, y siempre chismeaba con sus amigas de Buenos Aires acerca del nuevoriquismo de los venezolanos y de cómo malgastaban la plata de cualquier manera. Recordaban entonces sus infancias en Banfield, el frío de los inviernos, los largos trenes que debían tomar para ir a la

Facultad, y la escasez con que administraban sus pequeños ingresos de estudiantes. Los relatos cobraban una suerte de carácter heroico desde la distancia y su repetición era una manera de consolidar sus identidades. Al fin y al cabo tampoco había nacido en Buenos Aires, y sin embargo, ése era el lugar donde vivía su corazón, su pertenencia, su verdadera ciudad. Otros amigos, en la debacle, habían salido para México, Canadá, Estados Unidos, y desde luego, Europa. Los venidos a Venezuela parecían exilados de segunda mano, los que habían elegido el país menos estimulante, de menor nivel cultural, sólo famoso por su petróleo. Pero Ana sabía que la gente sale a donde puede. Su madre consiguió una visa para Argentina en 1944 y “esa visa era más valiosa que el oro”; le escuchó decir esa frase todos los días de la vida, en su español demasiado enredado de *yiddish*.

Durante los años setenta conocí a muchos terapeutas sureños, no recuerdo entre ellos a Ana Klein. Puede ser que la encontrara en algún seminario de psicoterapia o que alguien me la presentara brevemente, pero no creo. No hubiera olvidado el nombre. Se había acercado a mí como si me hubiese estado buscando en medio del gentío que paseaba por la Feria del Libro y por fin me había encontrado. Salía de una mesa de poesía y yo daba vueltas esperando a que comenzara el encuentro en el que debía participar. Me hablo efusivamente, nervioso.

-¿Te llamas Ana

-Sí

-¿Eres psicoanalista?

- Sí.

- ¿Y tenías el consultorio en San Bernardino?

- Sí.

- ¿En la Plaza La Estrella?

Tuve que contestarle que no.

- Pero eres Ana Klein.

Hubiese querido contestarle que sí.

- Ana Klein era mi analista. Se fue a Buenos Aires y me dejó...me dejó con un doctor... Pero yo sigo pensando en ella. No sé si habrá regresado.

- Creo que no la conozco.

- Se parecía mucho a ti. Por eso pensé... Le gustaba mucho la poesía. Yo entonces quería ser escritor.

- No soy Ana Klein, pero me alegro de haberte conocido –le dije.

Se quedó mirándome desde lejos hasta que se fue perdiendo entre la gente que daba vueltas sin ton ni son. Cuando entré en la sala de conferencias volteé pero ya no lo vi más.

Pienso ahora que si le hubiese dicho que sí a todas sus preguntas - y total, qué diferencia hay entre un consultorio en la Plaza La Estrella o en la Avenida Agustín Codazzi-, el diálogo hubiese seguido otros derroteros. Si me había tomado por ella con tal convicción, era porque no podía diferenciar bien su imagen y yo hubiera podido convencerlo de que era Ana Klein, su Ana, la Ana que vivía en su corazón, y simular un reencuentro. Decirle que nunca me había ido, o que sí me había ido pero la nostalgia por Caracas me había regresado. Y adjudicar al paso del tiempo las incongruencias de mi relato, las lagunas de mi memoria y el sentido de lo que había sido nuestra relación. ¿Y cuál había sido, en verdad? De haber aceptado el simulacro, hubiese conocido los misterios de la misma, si es que los había. Hubiera sabido si nos habíamos amado, o si yo había escenificado una antigua relación para él, o si nada, en realidad, había sucedido más allá del enamoramiento de un joven por una mujer madura y extranjera. Pero no soy capaz de ese tipo de juegos, y preferí dejarlo en la tristeza de no haber encontrado a su verdadera Ana Klein.

En cuanto a ella, nunca sabrá de este encuentro, y le hubiera dado una gran alegría saberlo cuando esté en su consultorio de Buenos Aires esperando al hombre de negocios de las 8.10, a la viuda del milico de las 7.20, y seguramente la adolescente de las 6.30 haya dejado de malgastar la plata de las sesiones, y la estudiante de psicoterapia haya tocado el timbre con una cajita de pastas en la mano para decirle que por la situación económica no podrá continuar con la supervisión. Pero Ana Klein es una psicoanalista con experiencia y no se angustiara por las interrupciones.

